

**I. RESUMEN HISTÓRICO
DEL ANTIGUO REINO DE NAVARRA**

Por Hermilio de Olóriz,
Cronista de Navarra
é individuo correspondiente
de la Real Academia de la Historia.

PAMPLONA
Imprenta Provincial,
á cargo de V. Cantera.
1887

Á la Excma. Diputación Foral y Provincial de Navarra.
En testimonio de gratitud y respeto.

HERMILIO DE OLÓRIZ.

ADVERTENCIA

Reducir á la brevedad de un compendio la accidentada historia del Reino de Navarra y amenizar su lectura presentando, con unidad y congruencia, al par que en reducido espacio, la dilatada serie de importantes acontecimientos ocurridos á un pueblo antiguo, guerrero por necesidad y valeroso por naturaleza, es obra difícil, más cercana de la censura que del encomio.

Así lo comprendí desde el primer instante; pero sobreponiéndose el amor patrio á mi justo recelo infundióme alientos para dar cima á la empresa. Aquí, pues, te ofrezco pueblo navarro, el relato de tu vida, digna de ser cantada por el genio; aquí tendrás ocasión de ver el indomable valor de tu raza y sus días de gloria y de amargura. En la oscuridad de los tiempos verás dibujarse apenas la silueta de Basconia, cuyos vagos contornos se pierden en la noche de las edades; luego á la luz de la Historia la admirarás radiante, postrando con inusitado brío el encono de denodados invasores, llevando sus aguerridas huestes á lejanos confines, y dando ser á reinos poderosos y decisiva ayuda á las triunfadoras armas cristianas.

Verás también convertido su territorio en teatro de sangrientos dramas y leyendas conmovedoras, y si á par de virtudes dignas de encomio, advirtieres sucesos lamentables y pasiones bastardas que al fin la aniquilaban, no cierres los ojos ante lo menguado de aquellos tiempos; considera que más aprovecha analizar con sereno espíritu las causas del decaimiento de la patria para evitar su completa ruina, que desatender de intento para evitar su completa ruina, que desatender de intento las enseñanzas de la Historia.

HERMILIO DE OLÓRIZ.

Pamplona, 1887.

PRELIMINARES

Sabios escritores opinan que los primeros habitantes de España fueron los euskaldunas ó euskaros, cuyo origen se pierde en los remotos siglos. Ignórase en qué tiempo vino á ocupar las marinas del Cantábrico y las selvas del Pirineo esa raza que se presenta ante el historiador sin mezcla ni contacto con otras, de semejante á ellas en hábitos y carácter, y poseedora de un lenguaje puro, lógico, numeroso y rico por demás en formas y poesía.

La destructora mano del tiempo pudo borrar hasta las huellas y vestigios de la civilización euskalduna, mas no destruir la raza euskara que aparece dividida en tribus, resto acaso de naciones un día poderosas.

El estudio de la tribu bascona, una de las que componían la familia euskara, es el objeto de este brevísimo extracto dedicado á narrar los acontecimientos principales de la monarquía navarra, dando á conocer el carácter de esta altiva nación de los bascones, llamada, durante el predominio de sus primeros soberanos, Reino de Pamplona.

A este fin, importa, antes de entrar en materia, hacer notorio el apego á las tradiciones, mostrado por Basconia en todas las etapas de su vida histórica. Merced á su exclusivismo mantuvo siempre vivo el amor patrio, sostuvo incólume su libertad, puras sus costumbres, é inalterado su lenguaje; y tan hermosos privilegios enardecido su valor la hicieron domar repetidas veces el embate de vigorosos enemigos.

Los bríos desplegados en tales luchas rayan en lo más alto del heroísmo, y todavía emociona el relato de las hazañas de Osma y Calahorra, de aquellas ciudades euskaldunas que, émulas de Sagunto y de Numancia, supieron entregarse á la muerte antes que sucumbir ante los enemigos de su independencia.

Habíase promovido en la altiva Iberia la tremenda guerra de Sertorio. Amigos y aliados suyos los bascones luchaban por él contra los soldados de Pompeyo y Metello, á quienes era hostil la mudable fortuna. Muere Sertorio en Huesca asesinado por su teniente, el ambicioso romano Marco Perpena: con la pérdida del insigne caudillo desfallece el aliento de los españoles, y en vano trata de fortalecerlos el ejemplo de los bascones, tenaces en la prosecución de la campaña. Osma, sitiada por el ejército de Pompeyo, hace prodigios de energía; pero la victoria no corona siempre al más valeroso: colocados sus moradores entre la muerte y el deshonor sucumben pasados á cuchillo por apreciar más su fama que la vida, y mientras Osma daba de su amor patrio tan alto ejemplo, Ca-

Año 71
antes de
Jesucristo

lahorra, cercada también por la hueste inmensa de Quinto Cecilio Metello, legado del cónsul Afranio, mantiene orgullosa la bandera sertoriana. Mas siempre el peligro acrecentó el denuedo euskaro: hasta las medrosas doncellas esgrimieron las armas; los mozos hacían de sus pechos robusto muro, los ancianos alentaban á todos con sus animosos consejos, luchábase con ardor nunca interrumpido. Cae un lienzo de muralla al impulso de los arietes sitiadores; ante el inminente riesgo de la ciudad, ya despoblada de guerreros, los ancianos y las mujeres se precipitan á cerrar con sus cuerpos el ancho portillo, y persistiendo en la brecha, blanco de todas las iras, despreciando la lluvia de enormes piedras arrojada por las vigorosas catapultas y el hierro agudo de las saetas, caen envueltos en oleadas de sangre, pero siendo escudo de los diezmados bascones y obstáculo insuperable de la altiva Roma.

Escritores latinos refieren esta hazaña, y no regateando su admiración, enaltecen la energía de aquellos héroes que, torturados por el hambre, pero anhelosos de prolongar la resistencia, se alimentaban con los cadáveres de sus hermanos muertos en la lucha: sacrificio á la par horrendo y admirable.

Al cabo la ciudad falta de defensores queda á merced del enemigo que la reduce á escombros: convirtiéndose en ceniza la materia; pero el recuerdo del heroísmo euskalduna sobrevive á los siglos, consignado en las páginas de la historia, más duraderas que los mármoles y los bronces.

Algún autor afirma haber sido hallado dentro de la ciudad un epitafio escrito en lengua latina que, traducido al romance, dice lo siguiente: «Aquí se han sacrificado numerosas huestes á los manes de Quinto Sertorio y á la Tierra, madre de todos los mortales. Después de la pérdida de su jefe la vida les era insufrible carga, y supieron hallar la muerte, objeto de sus anhelos, combatiendo entre sí. Descendientes, adiós».

Con la destrucción de Calahorra terminó la guerra, sin que el ejército romano hubiera tratado de someter á Basconia, que en este mismo siglo luchó dos veces contra el emperador Julio César y otras dos contra Octavio Augusto, al que irritaba ver durante doscientos años contrastado todo el enojo de Roma por los habitantes de un país mísero y reducido, cuando las Galias y España, en su mayor parte, la habían aceptado por dueño. Pero en la primera guerra, el emperador Octavio halló obstáculos invencibles, tanto en el vigor de sus enemigos como en la fragosidad y accidentes del terreno. Retirado á la costa de Tarragona volvió á Cantabria con mayor ejército y habiéndola reducido partió á Roma llevando una cohorte de calagurritanos para guardia de su persona: honor y confianza dignos del alto aprecio que merecían al Emperador la lealtad y el arrojo de los bascones.

* * *

El acontecimiento más grande que presenciaron los siglos, la Pasión y Muerte del Salvador del mundo, tuvo lugar; y la divina palabra, difundida por los ámbitos de la tierra, halló presto acogida en el corazón de los bascones, porque ellos sentían ab-eterno la unidad de Dios y le adoraban en su Jaungoikoa.

Durante el primer siglo de la Iglesia es memorable la predicación del Evangelio realizada en Pamplona por San Saturnino ó San Cernin y por su discípulo Honesto; así mismo la existencia del Glorioso Apóstol San Fermín, hijo de Firmo, Senador, ó como le nombran las Actas, «Príncipe del Senado de Pamplona», y también la del famoso Marco Fabio Quintiliano, maestro de la elocuencia, autor de las admirables Instituciones Oratorias. En el siglo tercero el martirio de los santos Emeterio y Celedón, nacidos en Calahorra de los bascones, ya reedificada, y en la cuarta centuria el gran poeta Aurelio Prudencio, hijo también de aquella ciudad, que cantó en inspirados versos el heroísmo de los mártires.

Mientras esos héroes y este cantor del cristianismo se dedicaban á la conversión de los gentiles, enalteciendo la profunda fé de los que morían en crueles suplicios invocando el nombre de Jesucristo, Basconia sostuvo diferentes guerras, ya en pro de Galba, sublevado contra el emperador Claudio Nerón, ya combatiendo á los bárbaros en Alemania, donde, tal vez, salvó al ejército de Roma.

Fué esta época muy agitada para Basconia. Mientras las mujeres tenían á su cargo las atenciones del hogar y las trabajosas faenas de la agricultura, los hombres sólo atendían al ejercicio rudo de las armas. Esta agitación creció todavía con la irrupción de los pueblos del Norte que desde el siglo tercero amenazaba el mediodía de Europa; y si por efecto de su desmoralización el imperio romano sintió enflaquecidas sus fuerzas, antes robustas, y aniquilada aquella ruda energía de sus soldados, también las provincias españolas, sujetas al imperio y contaminadas por sus vicios, sentían desfallecer en la molicie sus virtudes. Así los alanos, suevos, vándalos y silingos se apoderaron rápidamente de Galicia, Lusitania y así después los godos ocuparon el resto de España; sólo el país euskalduna permaneció incólume, que, refractario á extrañas influencias y poco amigo de los afeminados deleites del Bajo Imperio, en el que jamás reconoció señorío, conservaba inquebrantables su independencia y su lenguaje, como símbolo firme de sus puras costumbres, de su carácter viril y de su altivez nunca domada.

Por este feliz apartamiento, signo característico de la vida euskara, los bascones no inclinaron su cerviz ante el yugo de los invasores: así lo acredita la ausencia de nuestros Obispos á los Concilios toledanos; así lo demuestra la frase «domó á los bascones», tantas veces repetida en la historia de los monarcas godos, y así lo prueba, en fin, nuestro fuero, que si contiene alguna ley semejante á las del Código Visigodo, como es natural dada la cercanía de ambos pueblos, no ostenta las hondas huellas que de otra suerte hubiera dejado en las leyes y costumbres de los bascones.

Año 55
de Cristo

409

ORIGEN DEL FUERO Y DE LA MONARQUÍA

Llegó el año de 714 y con él la invasión de los árabes. La España goda, tan licenciosa y débil como la España romana, vió hacerse girones el manto de sus reyes bajo el casco de los corceles enemigos; y hundidos en las turbias ondas del Guadalete hombres, instituciones, leyes, usos y costumbres, todo cambió bajo el poder de los sarracenos. Basconia, aunque no dominada, sintió también la influencia de aquel cambio y sustituyó su antiguo nombre por el de Navarra, formado, al decir de algunos escritores, de dos voces euskaras, *nava*, que significa llanura rodeada de montes, y *erri* pueblo, vocablos que unidos equivalen á «pueblo de la llanura rodeada de montes», como en efecto es Navarra.

La invasión africana produjo una nueva lucha. Los árabes avanzaban sin que nada ni nadie detuviera su fiero impulso; ante la unidad robusta del invasor el gobierno federativo de los bascones resultaba impotente, y ya fuera por esta ineficacia, ya porque el reparto de los despojos, alcanzados en los continuos hechos de armas, originara escisiones profundas y acaloradas controversias, determinaron elegir un Jefe, un Rey, que juntando en estrecho haz las diseminadas fuerzas del pueblo bascón, las dirigiera á su defensa propia y al mejor servicio de sus olvidados intereses.

Celebróse al efecto una junta solemne, á la que debieron concurrir cuantos por sus hechos y por sus servicios eran columnas firmísimas de la patria, y las principales cláusulas establecidas en aquella junta en que había de cambiarse el sistema de gobierno, secular en Basconia, fueron, que el Rey no podría empeorar sino mejorar los fueros, que no podía tampoco distribuir bienes y honores más que entre los naturales del Reino, exceptuados cinco empleos dejados á la libre provisión del Soberano y que á éste no le sería permitido declarar la guerra, admitir treguas, ó establecer paces con Príncipe alguno, ni tampoco decretar leyes, reunir cortes, ejercer la potestad judicial, ó realizar otro hecho importante, sin intervención de doce de los ricos-hombres, ó de igual número de los más ancianos sabios de la tierra euskara.

Debería además el Rey tener sello para sus decretos y Alférez que en la guerra llevara el estandarte real, y, por último, poseería la facultad de acuñar moneda, debiendo ser toda ella de la misma aleación.

He aquí los principales artículos establecidos antes de la elección de Soberano, quien tras haber prestado juramento de guardarlos sin quebranto alguno, se ceñiría la espada en signo de gerarquía suprema, y puesto en pie sobre un escudo del que trabarían los ricos-hombres, sería elevado por ellos, clamando

Real, Real, Real. El Rey, entonces, arrojaría su moneda al pueblo, y tras esta pública aclamación los ricos-hombres le besarían la mano.

D. GARCÍA JIMÉNEZ

716 Dictadas, entre otras menos importantes, las leyes susodichas, los navarros ó bascones eligieron por Rey á D. García Jiménez, señor de Abárzuza y Améscoa, cuyo acto memorable tuvo lugar hacia el año de 716 y quizá en el valle de la Borunda.

Quedan pocas noticias referentes á la existencia del primer Rey euskaro; pero aunque exiguas, bastantes á probar que en él se daban las manos la prudencia y la energía. Capitán experto, fortificó el país levantando varios castillos en el Roncal y tierras colindantes, y robusteciendo así las defensas puestas por la naturaleza en región tan escabrosa y accidentada, alzó un muro infranqueable a los mahometanos y abrió un puerto de refugio á los bascones en las borrascas de la guerra. Soldado valeroso, rechazó la invasión del caudillo árabe Abdelmelic, y éste, que al frente de numeroso ejército acudía vengar la derrota y muerte de
734 Abderrahmán de Córdoba, creyendo en su orgullo triunfar de aquellos bascones que habían reducido á polvo las huestes de Abderrahmán, cuando huyendo del bravo Carlos Martel, duque de Austrasia y de Eudón, duque de Aquitania, atravesaban el Pirineo, tuvo que tomar á Córdoba maltrecho y fugitivo, perdiendo el honor de sus armas y conservando á duras penas la vida. D. García, victorioso,
758 realizó varias correrías por la Bureba, y murió en el año de 758, ignorándose el lugar en donde fué sepultado.

D. ÍÑIGO GARCÍA

Sucedió á D. García Jiménez su hijo D. Íñigo García, quien estaba casado con D.^a Jimena, de la que tuvo por hijos D. Jimeno y don García, de los que se hablará más adelante.

Recibió el nuevo Rey por su fortaleza el sobrenombre de *Aritza*, roble, voz euskalduna que, alterada por la tradición ó por los historiadores, se ha convertido en el vocablo castellano *Arista*, palabra que no existe en la lengua de los bascones.

Acreditan su actividad varias poblaciones edificadas en terreno inaccesible al enemigo; la fortificación de diversos lugares, fronterizos con los árabes de Huesca y Zaragoza y con tierras de Álava y la Bureba, y el apoyo prestado á los habitantes de estas comarcas que, sometidos al yugo de los astures, empuñaron las armas tratando de rescatar su independencia.

778 Llegó la primavera del año 778, y continuando la campaña contra los musulmanes hallábase D. Íñigo, cuando el emperador Carlo-Magno, llamado

por Ibinalarabi (Suleiman ben Alarabi) y otros magnates sarracenos enemigos de Abderrahmán de Córdoba y contrarios al califato, penetró en España con objeto de favorecer á los desavenidos, y quebrantando las fuerzas del Imperio árabe, hacer su vecindad menos peligrosa. Digno de alabanza hubiera sido el Emperador por tal empresa, si su ambición no la hubiese rebasado; pero habiendo penetrado en España con dos ejércitos, uno que entró por Cataluña, y el otro á sus órdenes inmediatas por Navarra con rumbo á Zaragoza, en vez de dirigir sus armas contra los árabes apoderóse de la cristiana Pamplona. Dejándola bien guarnecida continuó su marcha, causando daños iguales á los cristianos y sarracenos; y mientras los primeros sacudiendo su estupor se disponían á combatirle, Abderrahmán juzgó prudente quedar á la expectativa en el territorio cordobés, en tanto que pasaba aquella borrasca y al ver colocados al rebelde Ibinalarabi y sus adeptos en los gobiernos de Zaragoza y Huesca, al amparo de los vencedores de la Lombardía.

A este tiempo rebeláronse contra Francia los sajones, y Carlo-Magno decidió tornar á ella por Roncesvalles. Púsose á la cabeza de sus dos ejércitos, emprendió la jornada, no sin derribar antes los muros de Pamplona; indignados los bascones buscaron en la naturaleza ayuda contra tan poderoso ejército, y cuando el Emperador con la vanguardia de su lúcida hueste atravesaba el desfiladero de Roncesvalles y la retaguardia subía al collado de Ibañeta, en la vecina montaña de Aztobiskar retumbó un estruendo formidable. Compactos grupos, tan valerosos como mal armados, se precipitaron como una avalancha sobre los atónitos guerreros francos, y logrando, con ruda embestida, rechazar la retaguardia hasta la espaciosa llanura que al pie de Roncesvalles se dilata, trabaron desigual y encarnizada pelea. Al propio tiempo, allá en la meseta del collado, otros grupos revolvíanse como leones, y pugnando por impeler hacia el barranco al centro del ejército, arrancan de cuajo las enormes peñas, ruedan las rocas con terribles ímpetus, precipítanse rápidas por las pendientes y al caer fragorosas, barren, trituran, destrozan y truecan en polvo hombres, caballos y armaduras. En vano la retaguardia lucha en el tendido espacio de la vega; en vano confía en su inmenso número; en vano esgrime sus templadas armas; los combatientes de Ibañeta, tras destrozar el grueso del ejército, descienden del collado, y unido el esfuerzo de los de la montaña con el vigor de los de la llanura, como entre dos inmensas olas trituran á su vez á la retaguardia: grande era su brío, pero al cabo inútil, y si formidable y ruda se mostró su saña, irresistible fué la tremenda furia de los euskaros.

Imposible es pintar aquel desastre. Eguinartho, cronista del Emperador, refiere que ni un solo hombre de la retaguardia escapó á la muerte. Allí pereció Roldán, General de la costa de Bretaña, ese héroe legendario por quien tanto sonó la lira de los trovadores y centelleó el genio del Ariosto. Con él sucumbie-

ron, Anselmo, mayordomo mayor de Carlo-Magno, su maestre-sala Egarto, y, en fin, la flor de los caballeros franceses. Inmenso fué también el botín escogido, pues Carlo-Magno había acumulado ricos despojos en su triunfal carrera; y si por grandes son de notar las consecuencias del triunfo más alta brilla aun la gloria de los bascones. Inferiores eran en número y en armas; mientras los francos iban defendidos por templadas vestes de duro acero, los bascones sin casco ni armadura, y quizá sin otros medios de combate que los que les prestara la abrupta naturaleza, destrozaron aquel aguerrido ejército, cuya bravura no había encontrado dique y cuyo heroísmo ha pasado á la posteridad, enaltecido por la tradición y la leyenda.

También importa consignar, contra lo dicho por algunos autores, que á la batalla no concurrieron fuerzas de León, Asturias ni Castilla; y por más que los poetas castellanos encomien el valor de su pueblo en este hecho de armas, y conviertan á Bernardo del Carpio en un personaje casi fabuloso, á la manera de los trovadores franceses, que han elevado el nombre de sus vencidos guerreros al pináculo del heroísmo, es lo cierto que sólo á los bascones es imputable tan grande hazaña.

Enaltecen su valor como vencedores de Carlo-Magno, diversas poesías: entre ellas merece especial mención un canto heroico, escrito en euskara, lleno de color, y enérgico y original cuanto sencillo y majestuoso, titulado «Aztobizkarko Kantua»; y recuerda la tremenda rota el nombre de Val-Carlos dado al pueblo y valle apellidados en el idioma nacional, Luzaide.

Tras las noticias militares del reinado de D. Íñigo se debe relatar el descubrimiento de Nuestra Señora de Ujué ó de Usoa, voz euskara que significa paloma, advocación dada á la santa imagen, porque siguiendo á una paloma cierto pastor y viéndola entrar en una cueva, donde continuó su persecución, halló dicha veneranda efigie que acaso estaría oculta desde la invasión africana. Con motivo del precioso hallazgo, el pueblo situado entonces á la falda de la sierra, alzó de nuevo sus viviendas en el lugar del descubrimiento y recibió el nombre de Usoa, vocablo hoy modificado por el uso.

D. FORTUÑO GARCÍA

783

Al rey D. Íñigo sucedió por elección su hermano D. Fortuño García, en cuyo reinado ocurrió aquella hazaña memorable que tanto ilustró el valle del Roncal.

Corría el año 785, y el rey moro de Córdoba, irritado contra Carlo-Magno, determinó emprender la conquista de su renombrado imperio. Avanzó, en efecto, hasta la ciudad de Tolosa, fiado en la ausencia del Emperador que por entonces se hallaba en Roma; pero derrotado por los francos decidió tornar á Córdoba

atravesando el Pirineo por el valle del Roncal, donde se entregó con sus soldados al más desenfrenado pillaje. Indignados los bascones juntáronse á las órdenes de su Rey, y puestos los roncaleses en la vanguardia, por ser los más ofendidos, trabóse tremenda lucha. El valor de los bascones bastaba apenas para contener los ímpetus de los aguerridos soldados de Abderrahmán, el éxito de la batalla mostrábase, tal vez, inseguro, y el valle de Olast, testigo de aquel encuentro terrible, iba á serlo también de la humillación de los navarros; pero las roncalesas que presenciaban aquel feroz combate, las roncalesas, en cuyos pechos hervía el santo amor de la patria, penetran de improviso entre las huestes sarracenas; su rudo é imprevisto ataque difunde el terror en la ya fatigada morisma, busca espantada su salvación en la fuga, y el fiero Abderrahmán que soñó en sojuzgar el imperio franco, cae en poder de los bascones y muere á manos de una roncalesa, furiosa de ver aún vivo al que había destrozado sus templos y sus hogares.

De este hecho tiene origen el escudo de armas de Roncal, y así mismo la ceremonia usada en dicho valle entre las recién casadas, de ceñirse una corona de plata los primeros días siguientes al matrimonio, en memoria de la matadora de Abderrahmán, y en el de aquellas que en Olast pelearon con valor supremo.

Éste fué el suceso más notable del reinado de D. Fortuño, en cuyo tiempo brilló tanto en el mundo de las letras y de la religión, aquel monge y abad del monasterio de San Zacarías, luego Obispo de Calahorra, el famoso Teodomiro, uno de los escritores más celebrados de su orden.

D. SANCHO I

Sucedió á D. Fortuño su hijo D. Sancho, primero de los de su nombre, sin que se sepa en qué año acaeció el fallecimiento de D. Fortuño, ni el advenimiento al trono del nuevo monarca, teniéndose por cierto únicamente que lo ocupaba ya en el de 804.

804

No perdonaba Carlo-Magno á los bascones su rota de Roncesvalles; pero el rey D. Sancho Fortúñez, merced á su prudencia, logró vivir con él en buena armonía. Esto no obstante, Ludovico Pfo, rey de Aquitania, que comandaba el territorio limítrofe con las fronteras españolas, quizá sin anuencia del Emperador su padre, penetró súbito en Navarra llegando hasta Pamplona, á la que sorprendió descuidada; pero como la proximidad del nevoso invierno amenazase aislarle de Francia, decidió tornar á sus estados; y temeroso de una derrota de tan funestos resultados como aquella de Roncesvalles, debió resolverse á pactar con los navarros. Dejéronle estos franco el paso de las montañas y aun le dieron rehenes, mediante, sin duda, el abandono de Pamplona.

Sólo este tratado puede, en nuestro sentir, explicar el temor de Ludovico Pfo, consignado por su propio cronista, y las seguridades alcanzadas; sólo así

puede comprenderse que los navarros siguieran el alcance de la hueste franca hasta los límites del Reino, sin inquietarla en lo más mínimo al internarse en las escabrosidades del Pirineo.

821 Llegado el año de 821 tuvo lugar la rota del invasor Abderramán, gobernador de Zaragoza, ocurrida en los campos de Ocharen, á la entrada de las Bardenas. Fué notable aquella acción de guerra por el valor que en ella desplegaron los esforzados roncaleses, quienes, luchando en la vanguardia, por haber vertido á raudales su sangre generosa, todavía disfrutaban en aquellos campos grandes inmunidades.

Con esta derrota se quebrantó en gran manera la furia musulmana, disminuyó la probabilidad de nuevas invasiones, y el Reino pudo respirar libre de enemigos; más no duró mucho aquel sosiego, porque habiendo ocupado el trono de Francia Ludovico Pío, por muerte de Carlo-Magno, su anhelo de sojuzgar la Basconia tomó nuevo incremento. Para realizarlo levantó numeroso ejército que puso á la orden de los caudillos Eblo y Aznar, de los cuales el último era originario de los bascones que pasaron á Aquitania. Invadieron ambos jefes con sus esforzadas tropas el descuidado Reino y se apoderaron de Pamplona; más la posesión de esta fuerte plaza no oscureció á su vista perspicaz las dificultades de la conquista del territorio basco; y juzgándola quizá imposible por sólo la fuerza de las armas, abandonaron la ciudad, no sin llevar á efecto cierto oscurísimo trabajo, encaminado, sin duda, á precipitar la ruina de Navarra. Decididos, pues, á tornar á Francia, para volver en ocasión y tiempo más propios, emprendieron la retirada; pero el rey D. Sancho, cuyas iras no podían sosearse hasta vengar los agravios inferidos al Reino, al verlos internados en la fragosidad de las montañas acometióslos con tan vigoroso ímpetu que desde el primer instante hizo suya la victoria. Armas, pertrechos, banderas, todo quedó en manos de los bascones, pocos enemigos sobrevivieron, y de los condes Eblo y Aznar, éste sólo pudo alcanzar la libertad obligándose á no guerrear contra Navarra, y aquel fué enviado como cautivo al rey moro de Córdoba.

826 Murió D. Sancho Fortúñez hacia el año de 826, dejando grato recuerdo de sus virtudes y la energía y rara fortuna con que supo defender el patrio territorio.

D. JIMENO ÍÑIGUEZ

826 Diez años gobernó el Reino D. Jimeno Íñiguez, durante los cuales disfrutó Navarra del más profundo sosiego, merced á las luchas civiles de los francos y á la guerra sostenida por estos con los árabes. Estas guerras, absorbiendo enteramente el espíritu belicoso de ambas naciones, contribuyeron al bienestar y paz de los navarros, y su ventura se consolidó con las virtudes del nobilísimo

D. Jimeno, varón de rara prudencia, liberal con los menesterosos, amigo de sus servidores y todavía más amigo de la justicia.

Dejó al morir dos hijos que le sucedieron en la corona, y su cuerpo fué sepultado en el monasterio de Leire.

D. ÍÑIGO JIMÉNEZ

Como al empuñar el cetro este monarca, hijo y sucesor de D. Jimeno, todavía eran muy vivas las disensiones de los francos, pudo descuidar la guarda del Pirineo y auxiliado de D. Ramiro de Asturias emprender una activa campaña contra los árabes, en la que ganó á Nágera y otras plazas. Señalóse en ella el alferez D. Íñigo de Lane, quien por Real merced obtuvo que el Rey le fabricara casa y torre fuerte, así como también la posesión de varias tierras y el uso de pendón y caldera, privilegio que indicaba la potestad de levantar gente de guerra á sus espensas mantenida. 839

Pertenecen al reinado de D. Íñigo el II, varias memorias religiosas, siendo las más notables la peregrinación del mártir San Eulogio, quien en carta dirigida desde los calabozos de Córdoba á Wilesindo, Obispo de Pamplona, recuerda la buena acogida que obtuvo en los conventos de Leire y Urdaspal, y menciona un importante monasterio de la advocación de San Zacarías, inmediato á Zubiri, donde existían cien monges presididos por el abad Odoario; el enriquecimiento de San Salvador de Leire con los sagrados restos de las Vírgenes y mártires Nunilona y Alodia, restos traídos de Huesca por el religiosísimo Auriato; y finalmente, la llegada de las reliquias de los Santos Acisclo y Zoilo, al cual debió su nombre el pueblo de San-Sol.

Pero no sólo fueron estos los sucesos importantes acaecidos en Navarra durante la monarquía de D. Íñigo: otros, de índole muy diversa, estuvieron á punto de agitarla, turbando el reposo que por largos años reinaba en la frontera del Pirineo.

El soberano de Francia Carlos II el Calvo, en su lucha con Pipino, usurpador de la Aquitania, desconfiando de la parcialidad de los navarros se dispuso á declararles la guerra; acontecimiento funesto para quienes habían menester de sus fuerzas contra el inmenso poderío de los musulmanes. Estimólo así el Rey navarro y logrando por medio de un enviado disipar los recelos del monarca francés, desvaneciéronse al fin aquellas nubes tormentosas que ya se cernían en el horizonte de la patria.

Murió el buen rey D. Íñigo en Lumbier, después de haber vivido en perpetua lucha con los árabes. No abundan sus campañas en sucesos renombrados, pero tampoco están exentas de gloria, que no es pequeña la de sostener tan dilatada campaña sin pérdida de una población ni de un solo palmo de terreno. Dejó 858

D. Íñigo á su fallecimiento una hija llamada D.^a Íñiga que fué mujer de califa Abdala, y un hijo, D. García Íñiguez, el cual le sucedió en la corona tras largos años de cautiverio.

D. GARCÍA JIMÉNEZ

859

Poco después de elevado al trono por elección D. García Jiménez, hermano de D. Íñigo el II, fué invadido el territorio navarro por el califa Mahomad; y aquel imprevisto y desgraciado suceso acrisoló la buena memoria del Rey muerto, cuya prudencia hubiera evitado y cuyas dotes militares hubiesen contenido una invasión que no pudo detener D. García. Tuvo éste el desconsuelo de ver que eran pasto de las iras de los musulmanes los pueblos de la Rioja y los de la llanura, las riberas del Arga y aun las mejores fortalezas de la comarca. En poder de los infieles cayeron también los infortunados hijos de aquel rey desdichado; y al verlos prisioneros y humillados en la ciudad de Córdoba, nadie hubiera creído hallar en aquellos tristes cautivos los sucesores de los que en Olast y en Ocharen tremolaron triunfantes la enseña de los navarros.

En resarcimiento de tan gran desventura, si la naturaleza del daño lo permitiera, quiso la fortuna volver á nuestras armas su ahora amortiguado brillo. Rebélase contra Mahomad un poderoso jefe llamado Muza, quien, ya por engaño, ya por fuerza, logra arrebatar al imperio las ciudades de Tudela, Huesca, Toledo y Zaragoza; invade luego la Galia Narbonense, y ante el progreso de sus armas el rey Carlos II juzgándose perdido, en vez de acudir á detener su paso con el agudo hierro de sus lanzas, encomienda al oro corruptor lo que vedaba el hierro valeroso. Retrocede el afortunado caudillo cargado de riquezas, y vuelve á España ambicioso de mayores triunfos. Ordena, como dominador, que Albel-da robustezca sus fortificaciones, para convertirla en plaza de armas y desde ella guerrear á los cristianos; estos se sobresaltan comprendiendo la extensión y proximidad del peligro; únense los reyes de Navarra y Asturias; queriendo evitar el mal en su origen, ponen cerco á la fortaleza; el asedio es cada día más apretado, ya peligra la libertad de los guerreros árabes, ya su ánimo flaquea... Muza está ausente, pero adivinando el riesgo de la plaza convoca á sus legiones más aguerridas y aparece con ellas en el monte Laturce, dispuesto á lanzarse de él como una avalancha. A su vista, los cristianos al mando de D. García Jiménez se despliegan, avanzan y retan al infiel á campal batalla; precipítanse al fin unos contra otros, chocan, se revuelven y despedazan con ardiente furia, y presto aquellos recios muros, erigidos para humillación de astures y navarros, contemplan la mengua de sus dominadores, viendo al soberbio Muza abandonar el campo fugitivo, para morir, tal vez, sin magestad de rey ni alientos de soldado.

Ocho años después de esta gloriosa jornada, celebrada por la tradición y por la Historia con el nombre de batalla de Clavijo y á que se siguió la toma de Albelda, falleció el rey D. García Jiménez, sucediéndole en el trono su sobrino D. García Íñiguez, hijo del rey D. Íñigo Jiménez. 867

D. GARCÍA ÍÑIGUEZ

Al principio de su reinado D. García Íñiguez recupera de los árabes numerosos pueblos de la tierra llana, perdidos en la invasión del califa Mahomad; luego, unido al rey D. Alonso de Asturias, combate contra los musulmanes de Córdoba y Toledo que enrojecieron con su sangre los campos de Polvoraria; y después de haber derrotado en compañía del aventurero Hafsum á los walíes de Huesca y Zaragoza en la llanura de Tudela, muere junto á Aibar á manos del impetuoso Abdala y sus formidables guerreros. 886

D. FORTUÑO II EL MONGE

Sucedió á D. García Íñiguez su hijo D. Fortuño Garcés, apellidado el Monge, varón más dado á las prácticas religiosas que á las de la milicia, y poco á propósito, por lo tanto, para gobernar un reino belicoso. Comprendiéndolo así, y tal vez afligido con la prematura muerte de su esposa D.^a Aurea y con la de sus hijos los infantes Íñigo, Lope y Aznar, decidió trocar el cetro por la Cruz; y prefiriendo al bullicio del mundo la paz y el recogimiento monacales, profesó en el convento de Leire, donde alcanzó la edad de 126 años, según afirma el historiador Arzobispo D. Rodrigo, dejando la corona a su hermano Sancho García. 905

SANCHO GARCÍA II

Este esforzado monarca, hijo predilecto de la guerra, tuvo de su lado la fortuna, tanto en las empresas políticas como en las militares, consiguiendo en todas relevante y popular fama. 905

No bien tuvo empuñado el cetro marchó con ejército á las Gascuñas, donde contaba numerosos parciales desde el fallecimiento de su señor natural el duque Aznar Sánchez. Apoderóse en breve de aquellos estados, y cedida á su hijo segundo D. García el Corbo la Gascuña Ulterior, púsose en marcha aceleradamente con rumbo á Pamplona, que sitiada por los árabes estaba en inminente riesgo.

Seguido de sus bravos montañeses traspuso el Pirineo, á la sazón cubierto por nevada espesa, que abría á sus pies hondo abismo en los ventisqueros. Despreciando el peligro, llega á las inmediaciones de Pamplona oculto entre las sombras de la noche, y aguarda impaciente que la luz del alba comience á ilu- 907

minar el campo enemigo: asáltale entonces con inusitada furia, y á su valeroso empuje todo cede y todo se desbarata. En vano esgrimen los caudillos árabes sus corvas cimitarras; en vano anhelan ordenar sus descompuestas haces; en vano apostrofan á sus soldados, por el terror vencidos; nada se resiste al ímpetu navarro, cúbrese la ancha vega de turbantes deshechos, ruedan llenos de sangre los broqueles, alfómbrase de cadáveres la desolada campiña, y el formidable ejército musulmán busca su salvación en ignominiosa fuga.

Lograda tan insigne como completa victoria, quiso el valiente rey probar al enemigo que no sólo tenía aliento para contrastar sus invasiones, sino para buscarle en los territorios que dominaba. A este fin, y con las armas todavía ensangrentadas por la anterior contienda, encamínase al fuerte castillo de Monjardín, nido de águilas alzado en la cumbre de escarpado monte; poco tarda en asaltarle y hacerle suyo; y una vez dominada aquella firme atalaya de la morisma, extiende su poderío hasta las márgenes del Ebro, conquistando numerosos lugares y feraces vegas. Contempláronle siempre triunfador, Mendavia, Lodosa, Cárcar, San Adrián, Andosilla, Milagro y la vetusta Castro-Bilibio; rindiéronle vasallage las comarcas de Logroño, Alcanadre, Ausejo, Calahorra, Alfaro, Tudela, Tarazona, Ágreda, y no detuvo su paso hasta que tocó en las tierras fronterizas de la inmortal Numancia.

Después de alcanzadas estas victorias, rendido á la pesadumbre de los años y agobiado por las enfermedades, volvió á su palacio de Pamplona, dejando con el mando del territorio conquistado en la región del Ebro á su primogénito D. García.

Púsole corte en Nágera, pero el nuevo Soberano, menos perito ó más desgraciado, hubo en breve de abandonarla siendo inútil que le ayudara el leonés D. Ordoño II. Ambos tuvieron que ceder ante el vigoroso impulso de Abderrahmán de Córdoba, siendo testigos de su contraria suerte los campos que se estienden entre Muez y Salinas de Oro, los cuales por la copia de juncos que producen son llamados Val-de-junquera.

En grave aprieto hubiera puesto al Reino la derrota del ejército coligado, si el vencedor, ya dueño de importantes plazas, hubiese intentado mayor empresa; pero torciendo el rumbo hacia el condado de Aragón, dependiente de Navarra, penetró en Francia llevando sus armas hasta la ciudad de Tolosa. Apercebido D. Sancho de aquel desastre, aunque anciano y achacoso, volvió á trocar el solio por el corcel guerrero, corrió á clavar su estandarte en las cercanías de Huesca, y dió ocasión á D. García para recuperar los pueblos de la Rioja.

Desquitóse D. García de la contrariedad pasada, tomó á Viguera el 11 de Noviembre, día de San Martín, y D. Sancho, en memoria de su triunfo, erigió con esta advocación el monasterio de Albelda, de religiosos benitos, entre cuyos aba-

des debían presto florecer los Salvios y Vigilas, que llenaron el mundo con la santidad de sus acciones ó con la hermosura incomparable de sus tiernos escritos.

Cuatro años después de esta campaña murió el anciano Rey, dejando un digno heredero de sus virtudes en su hijo el príncipe D. García. 926

D. GARCÍA SÁNCHEZ IV

El poderío moro menos dañoso á Navarra en esta época que en anteriores reinados, permitió á D. García entregarse á los negocios interiores del Reino, y á actos de piedad cuya memoria se conserva entre otros monasterios, en el de San Millán, al que donó el pueblo de Asa y el de Logroño, que entonces empezaba á florecer. Pero aunque Navarra disfrutaba de reposo, no quiso conservarlo con egoísta empeño; antes bien, coaligóse con el rey de León y con el conde Fernán González de Castilla, á fin de prestarles su ayuda para combatir el envalentonado empuje de los árabes.

Deshiciéronlos primeramente junto á Osma; y el soberbio Abderrahmán, que después de la victoria de Valdejunquera no había vuelto á hacer armas contra los cristianos; el valeroso Califa, que al penetrar en Castilla hasta las cercanías de aquella ciudad quedó vencido, pero no quedó escarmentado, lleno de furor por su inesperada derrota hizo publicar en el español y africano imperio la guerra santa.

Por efecto de aquella *Gagía* ó llamamiento, reunió 50.000 caballos y 150.000 infantes, y con tan poderoso ejército rompió por las tierras de entre Salamanca y Zamora, y juntándosele el pérfido Abenaya de Zaragoza penetró haciendo grandes estragos hasta Simancas. Junto á esta ciudad fué alcanzado por los soberanos de Navarra, León y Castilla, apercibidos al combate. Trábase la batalla con ardiente furia, y se siguió con vivo encarnizamiento. La inmensa multitud de los enemigos dificultaba la victoria; mas el ejército cristiano, desplegando el más inaudito valor, asistido de la fé que le mostraba al Apóstol Santiago peleando en un caballo blanco por la santa causa que defendía, hizo en los infieles tan tremendo estrago, que quedaron muertos 80.000 y cautivo el mismo Abenaya. 939

En vano Abderrahmán, viendo la mengua de sus armas, puso mano al alfange, y agujoneando su corcel metióse en lo más rudo de la pelea: no pudo contener su bizarría el pánico de sus guerreros, y hubo de huir al fuerte de Alhondiga mal herido. Tampoco logró sostenerse en él, y apelando al fin á la más vergonzosa fuga, dejó á los cristianos dueños de aquella fortaleza en que había buscado su refugio.

Con esta batalla, llamada de Simancas por nuestros historiadores y del Barranco por los árabes, terminó aquella guerra cuyos principios amenazaron

ser funestos á toda la cristiandad, siguiéndose en Navarra ocho años de profundo sosiego, tras los cuales surgieron nuevas turbaciones que pusieron las armas fratricidas en las manos de aquellos estados nacientes, que sólo debieron esgrimirlas contra el común enemigo.

Había ocupado el trono leonés D. Ordoño III por muerte de su padre D. Ramiro y en concepto de hijo mayor y del primer matrimonio. Esto no obstante, contrariado D. Sancho, hijo también de aquel monarca y de su segunda muger la infanta navarra D.^a Florentina, impetró el auxilio de nuestro rey D. García Sánchez y del conde Fernán González; y asistido por ambos intentó destronar á D. Ordoño.

Movíale al pretendiente la ambición, al monarca navarro las atenciones del parentesco, y al señor de Castilla su anhelo de quebrantar las fuerzas de aquel Reino y de hacer odioso al infante á Sancho, para facilitar el entronizamiento de D. Ordoño el Malo, de quien esperaba lograr la absoluta independencia del condado, hasta entonces sometido á los leoneses.

Mientras el conde Fernán González mantuvo secreto su designio, ayudóle con su poder el Rey navarro, y D. Ordoño vióse estrechado en la ciudad de León, firme baluarte de sus armas; pero penetrado al fin D. García de las intenciones del Conde, y no creyendo oportuno favorecerlas, deshizo la liga, levantó el campo y retrocedió á Navarra, que fué lo mismo que descercar León y dar el triunfo D. Ordoño.

955 Muerto éste, el infante D. Sancho se ciñó la corona; mas apenas gustados los placeres del mando estalló la conjuración fomentada por don Ordoño el Malo y por el conde Fernán González. No tuvo D. Sancho fuerzas para dominarla, y sin cetro ni hueste penetró en Navarra solicitando el amparo de su tío el rey D. García. Dióle este asilo y prometióle eficaz ayuda contra el usurpador, decidiendo, antes de pasar á vías de fuerza, dar espacio á que las vejaciones del monarca intruso produjeran sus naturales resultados.

En el entretanto, como D. Sancho estuviera inutilizado para el ejercicio de las armas causa de su extraordinaria obesidad por la cual le apellidaron el Craso, aconsejado del rey D. García partió á Córdoba, donde le curaron los sabios médicos de Abderrahmán, y donde se capté el aprecio del Califa.

960 Resolvió éste ayudarle con sus tropas cuando las hubiera menester, y llegado el momento penetró D. Sancho á la cabeza de los soldados árabes en León, cuyo pueblo disgustado del Rey intruso, le preparaba entusiasta acogida. Al mismo tiempo el Rey navarro entró por los campos de Castilla en son de guerra: levantó entonces bandera el conde Fernán González; seguido de su ejército apareció junto Cirueña y tuvo lugar una lucha terrible, cuyos resultados fueron la prisión del Conde, la de sus hijos y el vencimiento de sus guerreros.

Alterando la verdad de este suceso, los cronistas y poetas castellanos han escrito diversas narraciones y poesías en que dicen haber sido presos traidoramente el Conde y sus hijos; pero la leyenda, rica ó pobre de galas, no pasa de ser una ficción, más ó menos bella, que tiene que ceder ante la seriedad de la Historia.

No se hizo esperar la reposición de D. Sancho en el trono leonés, y logrados estos intentos retiróse el rey de Navarra á Pamplona donde falleció el año de 970, siendo depositados sus restos junto á los de su padre en el castillo de Monjardín.

D. SANCHO III, ABARCA

Dejó D. García la corona á su primogénito D. Sancho, honrando al propio tiempo al infante D. Ramiro con la dignidad vitalicia de rey de Viguera, pero dependiente del monarca navarro. 970

Era éste de edad ya madura cuando subió al trono; había gobernado en vida de su padre la provincia de Aragón, y le apellidaron Abarca, por el calzado que usaba frecuentemente en la guerra al andar por lugares escabrosos.

Los primeros años de su gobierno los dedicó á recorrer su Reino, estudiando y poniendo en práctica las medidas conducentes á mejorar la existencia de los naturales, lo que le acreditó de celoso del bien público, á la par que le daban fama de varón religioso las donaciones otorgadas á diversos monasterios. Entre ellas se cita la de un soberbio relicario en forma de cruz, hecho con oro y finísima pedrería, obra importante por su inmenso valor y arte maravilloso, fabricada para la capilla de Monjardín, donde estaban las regias sepulturas de algunos de sus ascendientes.

El reinado de D. Sancho Abarca fue en extremo agitado. Durante el mismo brilló en el imperio de Córdoba aquel árabe tan funesto á León y Castilla, aquel azote de la cristiandad, el terrible Almanzor, cuyo ejército en alas de la fortuna avanzaba con ímpetu incontrastable, y cuyas banderas se enrojecieron tantas veces en sangre de cristianos. Una vez sólo tornaron humilladas, cuando las regían el moro Orduan y el traidor conde D. Vela, y comandaban las armas enemigas nuestro rey D. Sancho y el conde castellano Garci Fernández; pero aparte de esta victoria todo fué daño y mancilla para los defensores de la Cruz. León, Castilla y Barcelona padecieron terribles humillaciones, y el rey D. Sancho salvó sus estados, también invadidos por los infieles de Huesca y Zaragoza que obedecían á Almanzor, á costa de supremos esfuerzos. Merced á ellos, tras debilitar en continuas refriegas las huestes invasoras, que retrocedieron sin gloria ni despojos y mermadas por considerables pérdidas, pudo extender sus conquistas y llevar á cabo la fortificación de las fronteras, donde todavía recuerdan 977

su nombre augusto las ruinas de un castillo alzado á tres leguas de Tudela, en la entonces selva frondosa y hoy árido yermo de las Reales Bardenas.

994 Murió el rey D. Sancho el año 994, dejando dos hijos, D. García y D. Gonzalo, éste gobernador de Aragón y aquél heredero del cetro.

D. GARCÍA V, EL TEMBLOSO

Con este sobrenombre es designado el rey D. García V, quien al entrar en batalla se estremecía fuertemente, sin que por esto menguaran sus ardientes bríos: accidente propio de su excitable naturaleza.

Entró á reinar el año de 994, y su primor acto fué hacer una donación importante al monasterio de San Juan de la Peña, con el objeto de impetrar el favor del Cielo en los peligros que rodeaban á Navarra. Hallábase este Reino amenazado en su frontera, desde Zaragoza á Huesca, por haber puesto en armas el temido Almanzor aquellos estados árabes, á fin de impedir que el rey de León, con quien estaba en guerra, fuera socorrido por D. García; pero vió sus propósitos desvanecidos, pues los estragos consumados por aquél, en Castilla, León y Portugal, hicieron que los soldados cristianos se agruparan bajo una sola bandera. No quiso el rey D. García dejar de esgrimir las armas contra el árabe manteniendo el estandarte santo de la Cruz, y pronto el conde de Castilla, nuestro Rey y el de León y Galicia D. Bermudo, que enfermo de gota, hacía llevar en silla de manos por asistir en persona á la campaña, dirigieron en contra del ejército enemigo, á cuyo frente venía el orgulloso Almanzor. Avistáronse junto á
998 Calatañazor, entre Osma y Soria; formaron sus haces, decididos á sostener una lucha tenaz y desesperada; duró la pelea el día entero, y cuando la noche cubrió con sus sombras el ensangrentado campo, los infieles, dominados por el terror que impone al más valeroso la pérdida de 110.000 guerreros, huyeron despavoridos, y el hasta entonces invicto caudillo árabe, viendo apagarse la luz radiante de su gloria, cayó en tan ardiente desesperación que pereció víctima de ella en Valdecorreja, á los tres días del desastre.

Sólo un año le sobrevivieron los Reyes vencedores.

D. SANCHO IV, EL MAYOR

1000 A la muerte de D. García el Tembloso ocupó el trono navarro su hijo D. Sancho, príncipe de entendimiento y bríos, que á los cinco años de su reinado prefirió al esplendor de las regias vestiduras el recio ludir de los arreos milita-
1006 res. En breve las riberas del Gállego y del Cinca sintieron la pesadumbre de sus armas; ante su empuje, siempre victorioso, los invasores de Sobrarbe apelaron á la fuga; sometieron las gentes de Pallares y Ribagorza, y los aguerridos cordo-
1015 beses que invadieron Navarra fiados en su valor, retrocedieron despavoridos.

Falleció al poco tiempo el soberano de Castilla heredándole su hijo D. García, mancebo de ocho años, puesto bajo la tutoría del Rey navarro, cuya mujer era hermana del joven Conde; pero la mocedad de éste fué incentivo enérgico para avivar en D. Alonso la memoria del tiempo en que León dominó á Castilla. Imaginando pues, cuáles podrían ser los esplendores de su trono si lograra recuperar los antiguos dominios, huye el sueño de sus ojos, pierde el sosiego de sus días, se le aparece la ambición disfrazada con la máscara del patriotismo y propónele la guerra como necesaria al bien del Estado. Dominado por su influjo, sólo para mientes en la conveniencia de la empresa, mide sus fuerzas por sus bríos y entra en Castilla al frente de poderoso ejército; pero su enojo y su ambición son olas que en vano asaltan la enriscada peña; así al año de haber roto las hostilidades se vé forzado á implorar una paz vergonzosa, mientras á sus oídos llega incesante el quejumbroso clamoreo de las ciudades ganadas por D. Sancho.

1022

Depuestas las armas, toma el vencedor la vuelta de su Reino y ocúpase en la restauración de algunas iglesias y en la reforma de la disciplina religiosa. A este fin reúne concilios en Pamplona, á la par que atiende á los intereses generales en las cortes de Leire; y ventilados estos graves asuntos torna el pensamiento á los negocios de Castilla, en pro de cuya ventura concierta el matrimonio de D. García con la infanta leonesa, hija del rey D. Bermudo, quien había sucedido en la corona á su padre don Alonso, muerto en el cerco de Viseo.

Estipuladas en los contratos la elevación á Reino del condado de Castilla y la agregación voluntaria á esta corona de las tierras ganadas á D. Alonso V, partió el joven príncipe á León, donde moraba su prometida. Siguióle lucido séquito de caballeros; mas en aquella ciudad, en la que entrara alhagado por las más dulces impresiones, encontró la muerte. Diéronsele á traición los malvados hijos del conde D. Vela, quienes, siguiendo las odiosas tradiciones de aquel desnaturalizado magnate de Castilla que había llevado su infamia hasta combatir á los cristianos bajo la bandera de Almanzor, no tan sólo cometieron el bárbaro crimen de asesinar á su ilustre dueño, sino que trataron de apoderarse del castillo de Monzón, contiguo á Palencia. Hubiéranlo conseguido á no mediar el oportuno socorro de D. Sancho; mas éste desbarató la hueste cercadora, y cogidos aquellos prisioneros, dispuso que fueran entregados á las llamas para escarmiento de traidores. Así se verificó, y sus cuerpos, hechos ceniza que aventaron los aires, no recibieron cristiana sepultura.

1028

La muerte de D. García puso en manos de D. Sancho el cetro de Castilla. Alzáronse á poco innumerables quejas contra el rey de León, á quien el pueblo achacaba la muerte de su Soberano; convencióse el Rey de que la acusación era justa, y determinado á tornar reparación con las armas, penetró en el Reino leonés, talando y rompiendo cuanto hallaba al paso. Así llegó á acorralar á

1029

1030 D. Bermudo en las abruptas sierras, después de haberle ganado las llanuras de Campos, León, Oviedo y Asturias, y las que se extienden hasta Portugal, orillas del Duero caudaloso.

En esta época constituían sus estados, Navarra, Castilla, gran parte de León y de Oviedo, Asturias, Sobrarbe, Ribagorza, Jaca y los lugares comprendidos entre Zamora y Barcelona; territorio no dominado por monarca alguno posterior á la invasión africana, y cuyos dilatados límites le dieron sobrenombre de *El Mayor*, así como también el dictado de *Rey de las Españas*.

1035 Dedicóse luego á la reforma de las iglesias y monasterios, materia tan atendida por D. Sancho, que no es fácil decidir si fué más activo en las empresas militares ó en procurar el esplendor de la religión cristiana. Ocupado en la restauración de la catedral y ciudad palentinas, arruinadas por la guerra, le sorprendió la muerte en Febrero del año de 1035. Sus restos, trasladados á León, descansan en la capilla de los Reyes: allí se veía su imagen trazada en mármol, vestida de las insignias reales, puestas en ambas manos la cruz y la espada y á los pies una inscripción en que era llamado *Rey de los Pirineos y de Tolosa*, imagen de la que todavía quedan vestigios.

Heredáronle sus hijos en la forma siguiente: obtuvo según fuero, el primogénito D. García, el reino de Pamplona, que comprendía las tierras de Navarra, Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y Nájera, con toda la Rioja hasta los montes de Oca, recibiendo además varios lugares sitios en Castilla la Vieja; continuó D. Fernando en posesión del reino de Castilla, dote aportado á su matrimonio con D.^a Sancha de León; D. Gonzalo heredó las comarcas de Sobrarbe y Ribagorza; los pueblos llamados jacetanos de su capital Jaca, que posteriormente se nombraron Aragón por el río que los fecunda, fueron adjudicados al ilegítimo D. Ramiro, si bien, recordando quizá la antigua dependencia de estos lugares al reino de Pamplona, dispuso D. Sancho que don Ramiro quedase en alguna obligación con don García.

Fué D. Sancho uno de los reyes preclaros de la edad media: activo, sagaz, justo, enérgico y piadoso, la fama hizo su nombre imperecedero; llamábanle Rey de las Españas y Rey de los Reyes españoles, y aun hubiese alcanzado mayor renombre si no hubiera dividido la corona en su testamento. Así anticipando la expulsión de los árabes, aparecería también en la Historia el reino de Navarra con la importancia merecida.

D. GARCÍA VI, EL DE NÁGERA

1037 Dos años después de elevado al solio D. García trocó el cetro por la espada, á cuyo empeño contribuyeron no poco en su corazón fraternal las instancias de D. Fernando, á quien el leonés combatía con furia encarnizada.

Unióse en Burgos el ejército navarro con el de Castilla; de allí ambos Reyes, acordado el plan conveniente para el mejor resultado de la expedición, fueron con sus tropas sobre Tamara, acamparon en sus cercanías retando al enemigo, y éste, orgulloso con los triunfos logrados, no dudó en lanzar sus fuerzas á la batalla poniendo todo el éxito de la guerra en el resultado de un combate.

Desde el primer encuentro se mostró indecisa la fortuna; todos luchaban como buenos, sin que menguara el brío en los soldados ni en los capitanes la esperanza; pero el carácter inquieto y la costumbre de lograr fáciles victorias exasperaron á D. Bermudo. Encendido en corage precipitóse en la vanguardia ansioso de dar muerte por su mano á los Reyes enemigos: éstos le vieron aparecer seguido de su escolta y revolviéndose como leones cayeron sobre él y postráronlo á lanzadas. Puso su muerte en huida á sus aguerridas tropas, y sus enemigos en alas de la victoria cruzaron presto los campos de León, de Asturias y Galicia.

Acabada la guerra nuestro Rey contrajo matrimonio con D.^a Estefanía, 1038
 hija de los condes de Barcelona; dedicóse luego á engrandecer los magníficos monasterios de Navarra, y consagrado al Reino, á la religión y á la familia vivía en feliz sosiego, cuando D. Ramiro, dueño de Sobrarbe y Ribagorza por muerte de don Gonzalo, unido á los reyes moros de Tudela, Huesca y Zaragoza, dió improvisamente sobre Tafalla poniéndola en tan inminente riesgo, que sólo pudieran contrarestarlo el acendrado amor á la patria y la energía indomable de sus moradores. Voló á socorrerles D. García. Envuelta en sombras se hallaba la campiña del Cidacos; fiado en las centinelas reposaba D. Ramiro, tal vez acariciaba 1043
 en sueños alhagadoras esperanzas, cuando rumor de acelerados pasos, tañido de clarines, ruido de armas y estruendoso vocerío le despiertan y sobrecogen. Oye junto á sí el grito de guerra de los navarros, salta del lecho, precipítase fuera de la tienda para ordenar su hueste, pero la tenebrosa oscuridad engrandeciendo el peligro, paraliza sus ardientes ímpetus. En tanto los airados tafalleses lánzanse á la pelea, avivan el furor de la revuelta lucha; ya el enemigo, cercado por todas partes, sucumbe sin batirse; corre la sangre, todo es confusión, todo es espanto, y en un potro sin freno ni montura huye el ambicioso aragonés, seguido de aquellos osados reyes moros que no supieron mandar como jefes ni combatir como soldados. Armas, joyas, víveres y banderas, las ricas tiendas de los reyes, todo cayó en manos de D. García, cuyo triunfo perpetúa una gran piedra colocada entre los caminos de Olite y Tafalla.

No aplacó esta victoria las justas iras del navarro, quien en perseguimiento de sus ofensores llegó hasta los confines de Sobrarbe y Ribagorza; mas pasados 1044
 los ímpetus de su indignación devolvió á D. Ramiro las tierras conquistadas, y admitiéndole en su gracia supo perdonarle con tanta magnanimidad como valor había tenido para vencerle.

1045

Ganó luego la formidable Calahorra, se apoderó de Tudela, aunque por breve tiempo, y después de haber hecho tributarios á los reyezuelos de Huesca y Zaragoza, cuidóse de perpetuar la memoria de su reinado erigiendo la suntuosa fábrica del monasterio nagerense, en aquel parage donde hallara cierto día en las profundidades de una cueva, tosco altar adornado con una imagen de la Santa Virgen. Había próximo á la veneranda efigie una terraza repleta de azucenas, de que tomó origen la orden de los caballeros de la Terraza, una de las primeras órdenes militares españolas, y junto á la terraza hallábase una esquila de bronce, en la que se leía una hermosa frase que pudiera aún hoy ser bandera de los navarros. Decía de este modo: «HONOR Á DIOS Y LIBERTAD Á LA PATRIA».

Para la consagración del monasterio de Nájera invitó D. García á todos los jefes cristianos de estados españoles, y dos años después de este acontecimiento tuvo lugar su trágica muerte, suceso lastimoso digno de estudio.

Afirman algunos historiadores que en cierta ocasión vino D. Fernando á Navarra con objeto de visitar á D. García á la sazón enfermo; que éste quiso prenderle inducido de proyectos ambiciosos, los cuales se frustraron por haberlos penetrado á tiempo el rey de Castilla; que después D. Fernando perdió la salud, y habiendo marchado á verle D. García, recordó aquél los sucesos pasados y temeroso de alguna traición le hizo arrestar poniéndolo á buen recaudo en el castillo de Cea, de donde se evadió sobornando á los guardas.

Esta relación, escrita quizá para justificar la batalla de Atapuerca, basa la prisión de D. García en imaginarios propósitos, lo que le da carácter legendario; añádele tintes fabulosos la coincidencia extraña, aunque posible, de la enfermedad de ambos Reyes; mas el relato se hace punto menos que inverosímil al recordar la magnanimidad característica en don García, quien, de sentir tal ambición, ni hubiera arriesgado su vida por defender el vacilante trono de D. Fernando contra el vigoroso D. Bermudo, antes hubiese convertido en beneficio propio el decaimiento de Castilla, ni menos hubiera devuelto á D. Ramiro la corona de Aragón, ganada en justa guerra.

1054

Excitado nuestro Rey por la ingratitud y ofensas de aquel Soberano á quien un día salvara y engrandeciera, llamó á las gentes del Reino, y con reducidas fuerzas, porque los movimientos de la pasión no admiten raciocinio, salió al encuentro de los castellanos. Hallólos entre Agés y Atapuerca y en vano los santos Íñigo y Domingo trataron de aplacarle; en vano le envió D. Fernando mensajes de paz; en vano, en fin, su amantísimo ayo y consejero D. Fortuño Sánchez, juzgando por la desproporción numérica de los campos el fatal resultado que á D. García y á los navarros aguardaba, intentó disuadirle de la funesta lucha; nada escuchó D. García; concluyó el armisticio sin que mediara acuerdo, y el buen caballero D. Fortuño, cuando oyó tocar al arma, no queriendo sobrevivir á su

Rey ni presenciar su muerte, quitóse la armadura, espada en mano corrió á tomar puesto en la vanguardia, y allí sucumbió rodeado de cadáveres de enemigos.

En tanto D. García arrebatado por la cólera, abríase paso en las hileras castellanas: nada era fuerte ante su ciega ira, el espíritu de la venganza le impulsaba, y ante él todo cedía sin vida ó sin alientos. Ya estaba cerca de su odiado enemigo: viéronle sus ojos ó adivináronle sus deseos; clavó con ansia el duro acicate en los hijares de su caballo, avanzó rápido, y ya iba á saciar la furia que le impulsaba, cuando su enemigo personal Sancho Fortúñez que regía un grupo de ginetes, arrojóse contra él y de un bote de lanza lo derribó exánime.

Cayó moribundo el valeroso D. García en los brazos de San Íñigo, y desde entonces aquel parage recibió el nombre de «Fin del Rey.»

D. SANCHO V, EL NOBLE Y EL DE PEÑALÉN

Escortando el cadáver de su Rey retrocedió el ejército navarro hasta el pueblo de Agés, donde el hijo del difunto monarca, Sancho García, llamado el Noble por su carácter generoso y el de Peñalén por el lugar de su fallecimiento, á vista del enemigo recibió la corona teñida en sangre de su padre. Abandonaron también el campo de batalla D. Fernando y sus tropas, quedó libre de combatientes la llanura, y don Sancho partió con rumbo á Nágera para celebrar las exequias de su padre, tomando después el camino de Pamplona á fin de prestar el juramento ordenado por las leyes; mas apenas llegado á la capital del Reino, hubo de retroceder con su hueste para impedir el avance de los guerreros castellanos, que forzando la frontera iban enseñoreándose de algunos pueblos pertenecientes á Navarra.

Ignóranse detalles de la campaña; pero de acontecimientos posteriores se puede colegir que no fué decisivo su resultado, y dos años más tarde confederáronse contra Castilla los reyes de Aragón y de Navarra, pactando en el monasterio de Leire un tratado de alianza, en el que don Ramiro decía á D. Sancho: «no te dejaré á ti ni tu Reino, por ningún haber ni honor terrestre».

Faltó ocasión á los coligados para esgrimir las armas; falleció luego D. Ramiro, y tras su fallecimiento sobrevino el del rey de Castilla. Su sucesor y primogénito D. Sancho, tan luego como subió al trono alzó banderas contra Navarra. Penetró sin hallar obstáculos hasta el legendario campo de Mendavia, llamado el Campo de la Verdad, por ser el parage donde los nobles combatían; y allí Navarra y Aragón le hicieron frente. Arremetiéronse ambas huestes con ardiente enojo, y estaba indecisa la victoria, cuando una furiosa carga de los navarros puso en huida á los aterrados invasores.

Hízose notar por su valor en este hecho de armas la gente de Los-Arcos; y la recuperación de las tierras anteriormente ganadas por Castilla desde los

montes de Oca al Ebro, así como el dominio seguro de la Rioja y de la Bureba, avaloraron tan insigne triunfo.

1073 No fué ésta, empero, la última campaña sostenida por D. Sancho; otras hubo de mantener contra diversas gentes, pero quedaron reducidas á despojos y algaradas poco dignos de mencionarse. Vióse también precisado á medir sus armas contra el rey Almuqtadir de Zaragoza, que se negaba á satisfacer el tributo anual de los doce mil mancusos de oro, tributo rendido á Navarra como señal de vasallaje; y tres años después de este suceso, cuando debía ofrecer á sus pueblos los sazonados frutos de la paz, tuvo lugar un acontecimiento terrible que pudo herir de muerte la independencia del Estado.

1076 Entre Funes y Villafranca existía la escarpada roca de Peñalén, cercada de una selva espesísima que abundaban los jabalíes y los ciervos. Invitado por los infantes D. Ramón y D.^a Ermesenda, que habían preparado en aquel bosque una cacería, acudió solícito D. Sancho; y sus hermanos, uniendo la crueldad á la más negra alevosía, le arrojaron traidoramente al hondo precipicio llamado «Barranco del Fraile». Luego de cometido tan enorme crimen, temiendo la indignación popular, huyeron del Reino aquellos viles asesinos, amparándose el infante de los moros de Zaragoza, y su hermana de las gentes de Castilla, sin que jamás tornaran á Navarra.

Durante el reinado de D. Sancho floreció en Irache aquel abad insigne, aquel varón egregio por sus virtudes, el santo Veremundo, natural de Arellano ó de Villatuerta; y en la misma época comenzóse tratar de la sustitución del rito gótico por el romano, siendo digno de recuerdo que los libros más correctos de aquel oficio presentados á la corte de Roma por España, fueron los de los monasterios de Irache, Albelda y Santa Gema, todos pertenecientes á Navarra.

D. SANCHO RAMÍREZ, REY DE NAVARRA Y ARAGÓN

1076 Apenas muerto D. Sancho, los ejércitos de Aragón y Castilla invadieron Navarra, quien sumida aún en la turbación y espanto que hubo de causarla aquel horrendo regicidio, entregó el cetro al aragonés Sancho Ramírez, el cual afirmó en breve la independencia del Reino, contrarestando con ardientes bríos los vigorosos ímpetus de Castilla.

1081 Hizo luego á los pueblos numerosas mercedes para ganarles la voluntad; llevó después sus armas contra Huesca; tomó á Bolea, en cuya expugnación ganó ilustre nombradía un caballero navarro apellidado Torres; conquistó asimismo varios lugares dependientes de Ribagorza; y sin duda debieron distinguirse por su heroísmo los soldados de Artajona, Cascante, Cortes y Peralta, puesto que dió estos nombres á pueblos recientemente conquistados.

Pero el repartimiento de aquellas conquistas produjo graves disensiones entre navarros y aragoneses. A fin de obviar estas diferencias que pudieran ser

fatales al bien común, y con objeto también de suavizar la dureza de algunas leyes de enjuiciamiento, ordenó el rey don Sancho Ramírez que se juntasen cortes en Huarte. En ellas se armonizaron los intereses de ambos Reinos, fijándose los límites de sus fronteras, y la administración de justicia, antes rigurosa y deficiente, fué modificada, quedando por lo tanto mejoradas la condición de los naturales y la existencia del Estado. 1090

Próspera se manifestaba á D. Sancho Ramírez la fortuna; y aunque el engrandecimiento de sus dominios despertó los celos del castellano, llevándole hasta á unirse al rey moro de Zaragoza, ni D. Sancho paró mientes en el suceso, ni por él detuvo la construcción de la fortaleza del Castelar, ni abandonó tampoco el proyecto de cercar á Huesca, frente á cuyas mezquitas hizo presto lucir el hierro de sus armas y la vencedora cruz de su estandarte. Frustráronse sin embargo sus propósitos de rendirla, que mientras inspeccionaba los muros buscando lugar apropiado para acometerla, un arquero enemigo le disparó certera flecha; hirióle mortalmente, dejándole sólo las fuerzas para llegar por su pie al campamento, en donde, cumplidos los deberes de cristiano y después de haber hecho jurar á su heredero y primogénito de no levantar el cerco hasta tornar la ciudad, exhaló el último suspiro. 1093 1094

En el tiempo del rey D. Sancho Ramírez tuvo nombre en España de ser el mejor y más bravo caballero D. Martín Gómez, descendiente de la casa Real de Navarra; y produjo este Reino artistas renombrados como el famoso arquitecto Alvar García, cuyo recuerdo perpetúan los monumentos salmantinos y abulenses.

D. PEDRO SÁNCHEZ

Fiel á su juramento de proseguir el asedio de la ciudad hasta rendirla, durante dos años y medio permaneció D. Pedro ante Huesca estrechándola con inusitada energía; mas los defensores, numerosos, decididos y bien pertrechados, no sólo no se abatían, sino que tampoco desesperaban de quebrantar con su indomable decisión la tenacidad inflexible de los cristianos. Así las cosas, cuando ya comenzaba á decaer el brío de los sitiados, excitóles nuevamente á la resistencia la noticia de que una hueste formidable, compuesta de cien mil guerreros musulmanes y castellanos al mando del rey Almuzaten de Zaragoza, venía en su socorro.

Salió á su paso el cercador hasta la llanura de Alcoraz, trabóse en ella sangrienta lucha, allí murieron cuarenta mil soldados de la hueste coligada; allí fué cautivo el soberbio y valeroso jefe castellano D. García de Nágera; allí el navarro Fortún de Lizana ilustró su linage con lauro inmarcesible, y cubierto el campo de armas y de banderas, allí vió la ciudad de Huesca extinguirse la luz de su esperanza. 1096

- 1097 Rindióse al fin, y luego de haber entrado en ella partió el rey D. Pedro en
 socorro del Cid, que abandonado de su rey D. Alonso hallábase cercado en Va-
 1098 lencia por los musulmanes. Hízoles levantar el campo, y merced á su ánimo re-
 suelto rindió después las plazas de Calasanz y Barbastro; puso más tarde sitio á
 1101 Zaragoza promoviendo la primera cruzada española, cuyos campeones tomaron
 por divisa una cruz blanca sobre el hombro derecho; pero obligado á levantar el
 cerco retiró sus tropas, volvió á Navarra y murió en Estella el 28 de Setiembre
 del año 1104, á los 38 de su edad.
- 1104 Apellidábanle sus propios enemigos feliz, pío y vencedor máximo: no
 cabe mayor elogio de su vida.

D. ALONSO SÁNCHEZ, EL BATALLADOR

- D. Alonso, hermano del rey D. Pedro, sucedió á éste en la corona y con-
 1107 trajo matrimonio con D.^a Urraca, primogénita del emperador D. Alonso VI y
 viuda del conde D. Ramón de Borgoña, de quien tenía un hijo. Por virtud de este
 1108 enlace ocupó el Rey navarro el trono de Castilla al fallecimiento del Emperador,
 y la nobleza castellana que aborrecía el dominio extranjero, ocultó momentánea-
 mente su desagrado, decidida tal vez á manifestarlo con energía en el instante
 preciso y oportuno.

- Por su parte D.^a Urraca nada hizo para suavizar estas asperezas. Enamo-
 rada sucesivamente de los condes de Candespina y de Lara, dió tanto que decir
 con su incontinencia, que excitando la indignación de los más leales puso á D.
 Alonso en el trance de separarse de ella y de encerrarla en el Castelar, dando
 1114 así bandera á los que sólo aguardaban ocasión favorable para manifestar su
 rebeldía.

- Decidido el agraviado esposo á impedir todo linage de turbaciones, había
 previamente encomendado á navarros y aragoneses la custodia de importantes
 fortalezas. Merced á esta medida se pudo conjurar aquella tormenta; pero una
 vez repudiada D.^a Urraca por sus escandalosas liviandades, prendió con inten-
 1116 sidad la llama de la guerra en los enardecidos castellanos. Alzáronse pues; dió
 comienzo al fragor de fratricida lucha, y aunque el pendón rebelde cedía hecho
 girones á los ímpetus de D. Alonso, pronto tornaba á levantarse enhiesto, como
 árbol que se inclina al paso de la tromba. Tras la rota de una hueste aguerrida
 aparecía un ejército numeroso, y así, creciendo y renaciendo siempre, combatían
 el trono del Rey navarro, como olas de borrasca que incesantes se lanzan contra
 la orilla.

Muerto D. Gómez de Candespina, abandonada D.^a Urraca de sus parciales
 y proclamado Soberano su hijo D. Alonso, todavía duró la guerra largo tiempo.
 Comprendiendo por fin D. Alonso la dificultad de llevar á término su empresa,

y reconociendo sin duda el derecho que quizá asistía al nuevo Monarca, escuchó sus ruegos, cesó de combatirle y retiró sus tropas, después de haber pactado la devolución de las tierras usurpadas á Navarra desde el Ebro hasta Burgos.

Pero estos acontecimientos, aunque graves, no ocuparon toda la actividad y energía de don Alonso, ni le impidieron llevar al propio tiempo á cabo grandes empresas. Formó la importantísima compilación legislativa de Navarra llamada «Fuero General», y ganó señaladas victorias á los musulmanes. Conquistó á Egea y Tauste; derrotó y dió muerte al rey moro Almuzaten de Zaragoza en las cercanías de Valtierra; movió sus armas contra Tudela, entrando en ella por industria del experto y valeroso capitán Rotrón; recobró la imperial Toledo, y, en fin, rindió á la fuerte Zaragoza, ganada en primer término por los navarros que al amparo de recios manteletes acercáronse al muro, combatiéronlo hasta abrir en él ancho portillo, y penetrando por él, forzaron luego la puerta de Valencia. Para memoria de la hazaña, obtenida quizá por el ardimiento que produjo en la hueste navarra la creencia en la aparición del Arcángel San Miguel, bajo su advocación fué erigido un hermoso templo que todavía ilustra el valor de nuestros soldados.

A seguida de esta gran victoria y retirado ya su ejército de Castilla, prosiguió con nuevos bríos la campaña contra los musulmanes. Tomóles numerosas plazas y los rechazó hasta Fraga, Lérida y las cercanías de Tortosa; poco después ganó por armas á Rueda, Borja, Tarazona y Calatayud; más tarde á Castrogeriz en Castilla y en Francia á Bayona, donde se inmortalizaron los baztanenses; cayó luego como un rayo sobre Mequinenza; invadió los reinos de Valencia, Murcia y Granada; y como después de hollar las playas de Almería se retirase haciendo señaladas presas por la Andalucía baja, el rey moro de Córdoba le salió al paso; pero en su irresistible furia D. Alonso hizo pedazos cuanto intentaba detenerle, y cubierto de gloria, llevando inmenso número de cautivos, cargado de riquísimos despojos, tornó á sus estados en el rigor del nevoso invierno.

En la primavera siguiente puso cerco á Fraga, y como el asedio se presentara largo, pero no peligroso, licenció parte de las tropas. A este tiempo el rey moro de Murcia y Valencia, Abengamia, convocando á los enojados y maltrechos infieles de toda la Península y demandando socorro á los africanos, con fortísima hueste cayó sobre el campamento cercador. Por dos veces fué desbaratado; pero aumentaban á cada instante los guerreros moros y cada instante disminuían los campeones cristianos; D. Alonso, fiado con su propio esfuerzo y en el de sus armas vencedoras, no advertía los socorros que de España y de África llegaban diariamente al enemigo, y si los advertía los despreciaba. Un día, de improviso, amaneció el campo combatido por infinita muchedumbre mora. Pocos en número los cristianos y sobre pocos sorprendidos, mal podían contrarestar la furia del alud inmenso. Fué la batalla breve, pero terrible; y hasta el mismo Rey hubiera

recibido la muerte, si no lo hubiesen impedido con su arrojo diez invencibles caballeros, de quienes la Historia sólo consigna el nombre egregio de D. García Ramírez, sucesor de don Pedro en el trono navarro.

Este desastre del valeroso Rey cristiano, excitó el apagado valor de los sarracenos: atreviéronse á trasponer las fronteras; D. Alonso, sabiendo que en número considerable procedentes de la comarca de Monzón pasaban cargados de riquezas, siempre más que atrevido temerario, adelantóse á detenerlos al mando de sólo trescientas lanzas, y en aquella miserable escaramuza sucumbió sin gloria el vencedor de tantos ejércitos y el conquistador de tantas ciudades.

Así tuvo fin aquel varón insigne, de quien un antiguo historiador castellano dice: «Fué muy buen Rey, é muy leal, é mucho esforzado, é muy buen cristiano; é fizo muchas batallas contra los moros, é venciólos».

D. GARCÍA RAMÍREZ, EL RESTAURADOR

1134

Muerto sin dejar descendencia D. Alonso el Batallador y anulado su testamento en que, contra toda ley, disponiendo del Reino á su antojo hacía legación de él á los caballeros templarios, las Cortes de Aragón y Navarra congregadas en Borja con aquel fin, trataron de elegir Soberano; pero dividida en ellas la opinión y sobreexcitado el amor patrio, nada pudieron decidir en definitiva. Fué necesario disolver aquella junta para convocar los Estados separadamente en cada Reino; hízose así, y éstos determinaron la ruptura de la federación que durante cincuenta y ocho años había subsistido, acordando los aragoneses tomar por Rey al monge D. Ramiro, hermano del finado monarca, y los navarros al caballero D. García Ramírez, nieto del infante D. Ramiro, hermano de D. Sancho el Noble.

Experimentando luego los dañosos efectos de su separación y de haber entregado el cetro á quien no era apto para el gobierno de la milicia, vió la monarquía aragonesa hostilizada su frontera por aguerrida hueste; vió al emperador de Castilla, que avasallando extensas regiones penetraba triunfante en Zaragoza sin esgrimir la espada; vió, en fin, que D. Ramiro, en vez de alzar y mantener con robusta mano el estandarte de la patria, corría á ocultar su mengua en la espesura de inhabitado monte, ó en pueblos y en castillos libres del temeroso estruendo de la guerra.

1135

Quiso entonces Aragón renovar los rotos lazos con Navarra; reuniéronse á este fin los diputados de ambas Naciones y acordaron resignar en D. García el mando de todas las armas, nombrándole Rey de la nobleza, mientras don Ramiro se hacia cargo del gobierno político con las demás facultades anejas á la corona; pero fué este acuerdo de leve duración, ya por no estar en armonía con la naturaleza del poder semejantes disgregaciones, ya también, porque D. Ramiro no se atuvo á lo que era justo y conveniente.

Renovada la independencia de dichos Estados, propuso el Emperador á D. García trocar sus pueblos de Aragón por otros de la Rioja pertenecientes al Rey navarro. Accedió éste á su deseo; hízole entrega del territorio convenido; pero cuando D. García trató á su vez de tomar posesión de los nuevos dominios que cangeó con el castellano, éste los puso en manos del Monarca aragonés y de su yerno el conde de Barcelona, con quienes preparaba cautelosamente la conquista y repartimiento de Navarra.

Indignado D. García por la alevosa conducta del Emperador y comprendiendo sus ambiciosos proyectos, á pesar de la penuria del erario levantó numerosa hueste, decidido á luchar contra Castilla, Aragón y Cataluña. Rompió las hostilidades conquistando las plazas de Malón, Frescano y Bureta; invadió la Valdonsella, donde ganó diversas poblaciones; puso apretado sitio á la ciudad de Jaca; pero hubo de levantarlo á toda prisa para acudir á la defensa de Navarra, que ya penetraba en ella el Emperador á la cabeza de formidable ejército, y desplegando sus banderas frente á la noble Iruña, imaginaba humillar el indomable valor de sus habitantes. 1138

Frontero al campo castellano asentó el suyo D. García, bien ageno de temer por los denodados hijos de Pamplona; así, cuando supo que ya D. Ramón Berenguer con sus catalanes y aragoneses hollaba las cercanías de Tudela, en el silencio y oscuridad de la noche se dirigió apresuradamente al punto amenazado, llegando presto los campos de Gallur y Cortes. Desplegó allí sus tropas el invasor aceptando el combate; embistiéronse ambos ejércitos, y ambos luchaban con inaudita furia, cuando el rey don García, exaltando el valor de sus bravos guerreros, cayó sobre el contrario y decidió á su favor el éxito de la jornada.

Iba el Emperador á los alcances del rey navarro, mas sólo llegó á tiempo de contemplar su triunfo. Despechado por la derrota se internó en Castilla decidido á tomar en breve la revancha; volvió al frente de numerosa hueste y de los ejércitos coligados; mas en el instante de empezar la lucha, el proyectado enlace de don Sancho el Deseado, heredero de Castilla, y la infanta D.^a Blanca ó D.^a Sancha, trocó en galas y festejos el aparato triste de la guerra. 1140

Sin embargo, no firmó la paz el conde de Barcelona ni la admitió nunca sino en concepto de tregua. Combatió después diversas veces á Navarra sin resultado favorable, y humillado en Lumbier por la energía de sus moradores, arrojado de Navarra por D. García, vió por fin que el valeroso rey no sólo rechazaba triunfante la agresión amenazadora de la independencia de su Reino, sino que devastaba la comarca de Zaragoza rindiendo también á Tarazona, como después conquistó á Tauste y Los Fayos. 1142 1143

Con el enlace de D.^a Blanca y D. Sancho ganó el Emperador un auxiliar poderosísimo: así lo prueban sus conquistas de Córdoba, Baeza y Almería, y la

sangrienta rota de los almohades, quienes en su afán belicoso, amenazaban desplegar el estandarte de la guerra contra todos los estados españoles.

1150 Poco después el rey D. García Ramírez, yendo de caza, pereció en las cercanías de Estella á consecuencia de la caída de un caballo, siendo enterrado en la catedral de Pamplona.

D. SANCHO VII, EL SABIO

1150 En edad temprana ciñóse la corona el hijo de D. García Ramírez, llamado Sancho el Sabio; y los soberanos de Aragón y Castilla, prevalidos de su mocedad, juzgaron empresa fácil destruir el reino de Navarra. Dos veces lo invadieron al frente de aguerridas tropas; pero ya desposándose con la infanta de Castilla, ya escarmentando con las armas al enemigo, otras tantas enérgico y prudente lo salvó D. Sancho.

Murió al poco tiempo el Emperador, dejando en el trono de Castilla á su primogénito don Sancho el Deseado, y á D. Fernando las tierras llanas de León, la Extremadura y Andalucía; pero luego de haber empuñado el cetro ambos Soberanos, en vez de aunar sus fuerzas estrechando las relaciones políticas de sus estados con los fuertes vínculos del amor fraternal, movidos por la ambición se declararon despiadada guerra. No tomó parte en ella el rey de Navarra, y ante los temores de una invasión de la envalentonada morisma, unieronse con lazos amistosos Castilla, Aragón y Navarra, como ya lo estaban estos últimos Reinos por cesión hecha á D. Ramón Berenguer de la población de Tarazona. Así logró D. Sancho disfrutar de reposo por breve tiempo. Pronto el ingrato Conde, olvidando la merced que le debía, turbó la paz con la amenaza de nuevas y más injustificadas irrupciones. Consiguió D. Sancho que, antes de venir á las manos, quedase de nuevo establecida la paz; y como quiera que Castilla, muerto su Rey, hallábase envuelta en intestinas guerras siendo juguete de los ambiciosos que aspiraban al gobierno durante la minoridad y tutela de D. Alonso VIII, libre el navarro de la enemistad de Aragón y sin temor á Castilla, pudo recuperar gran parte del territorio usurpado á Navarra en los anteriores reinados, y dedicarse al mejoramiento de los fueros, obra meritoria á la que contribuyó con sus luces y su prudencia el insigne obispo D. Pedro de Artajona, llamado vulgarmente D. Pedro de París, por haber hecho sus estudios en aquella célebre Universidad.

1170

Al poco tiempo D. Alonso de Aragón, hijo del conde D. Ramón Berenguer, muerto el año de 1162, llevó sus pendones contra la ciudad de Albaracín, que poseía con señorío independiente D. Pedro Ruiz de Azagra, ilustre Capitán navarro, á quien la Historia admira lo mismo como político sagaz que como caudillo valeroso, y que estaba destinado á humillar con sólo sus fuerzas la pujanza del aragonés y la bravura del castellano.

Puesto cerco á la ciudad, corrió el rey don Sancho en su ayuda. Súpolo el aragonés, y abandonando la empresa volvió su ejército sobre Navarra; y mientras D. Sancho asolaba la comarca de Tarazona y tomaba á viva fuerza el castillo de Cajuelos, conquistaba aquel la villa de Arguedas después de destruir la de Milagro, heroica pero inútilmente defendida.

Esta lucha, mantenida entre Aragón y Navarra, proporcionaba al soberano de Castilla una ocasión favorable de engrandecer su territorio. Comprendiéndolo así, unióse con el primero, y levantando poderoso ejército redujo por hambre á Grañón en la Rioja, y después de penetrar en Navarra hasta Leguin, retrocedió á Castilla, al propio tiempo que el Monarca aragonés se encaminaba á Francia para ajustar sus diferencias con el conde de Tolosa.

No significaba aquella especie de tregua que ambos Reyes abandonaran sus propósitos conquistadores, antes bien, decididos á proseguir su empresa en circunstancias convenientes, volvieron dos años más tarde á dirigir sus ejércitos contra Navarra, concertando previamente la partición de aquella ilustre monarquía que, bajo el cetro de D. Sancho el Mayor, había fundado los Reinos que 1179
trataban de destruirla.

Para conjurar el riesgo, y comprendiendo su magnitud, cedió D. Sancho voluntariamente á Castilla los pueblos de la Rioja; mas exigiendo al rey D. Alonso la condición de mantenerse en paz con Navarra durante diez años; y como el tiempo es destructor de propósitos y cambiador de voluntades, pasados aquellos diez años de tregua hubo de unirse al propio rey de Aragón, con objeto de impedir la realización de los ambiciosos proyectos que nuevamente albergaba el soberano de Castilla.

Aquella alianza surtió sus naturales efectos, y merced ella y á la sagaz política de su Rey, vivió Navarra en reposo hasta que el sabio Monarca falleció en Pamplona el año de 1194, dejando por heredero á su hijo D. Sancho VIII, 1194
apellidado el Fuerte, el cual se hallaba combatiendo contra los francos.

Fué el finado Monarca varón de relevantes cualidades: distinguióle la prudencia más exquisita la par del más denodado esfuerzo; llevado de su ardiente celo por el bien público, fundó á Vitoria, construyó el Castellón de Sangüesa, aumentó considerablemente las poblaciones de Estella y Pamplona, y mejorando las leyes generales contribuyó á suavizar las costumbres, dió fueros á muchos lugares y tuvo gran cuidado en proteger los intereses de la Iglesia.

Dejó dos hijas casadas, la una con Ricardo, rey de Inglaterra, y la otra con Teobaldo, conde de Champagne; y en su tiempo se verificó la invención de la espalda de San Andrés, llevada por el peregrino obispo de Patrás á la ciudad de Estella, la cual tomó por Patrono al venerando mártir, cuyas reliquias fueron milagrosamente descubiertas en el cementerio de San Pedro de la Rúa.

D. SANCHO VIII, EL FUERTE

1194 Luego de su coronación, celebrada en Santa María de Pamplona con arre-
glo á fuero, el rey D. Sancho, llamado por D. Alonso de Castilla, partió á socor-
rerle contra la muchedumbre musulmana, que en número de 400.000 guerre-
1195 ros penetraba en Castilla con los ímpetus de un río desbordado; pero fiando D.
Alonso en sus propias fuerzas más de lo conveniente, ó juzgando que la tardanza
en acometer al enemigo preparaba la ruina de sus estados, sin aguardar el so-
corro que de Navarra así como de otras Naciones le venía, presentó la batalla á
los denodados almohades. Terrible fué la lucha, pero no dudoso el vencimiento;
que agobiado por la superioridad numérica tuvo que ceder el campo al enemigo,
dejando á la causa de la cristiandad triste recuerdo de la sangrienta jornada de
Alarcos.

Tuvo D. Sancho noticia de lo ocurrido y tornó agraviado su Reino. Re-
cordó entonces los mil daños causados á Navarra por Castilla, y esgrimiendo
la espada vencedora llevó el luto y la ruina á las comarcas de Soria y Almazán.
Acabada esta campaña y hallando más conveniente una compacta unión á las
luchas en que inútilmente se destrozaban, á ruego de leales súbditos, decidie-
1196 ron los soberanos de Aragón, Navarra y Castilla establecer entre sí estrecha y
consolidadora alianza, que armonizando los intereses de sus respectivas Nacio-
nes, les diera fuerzas para combatir á la morisma. Con este objeto se avistaron
entre Ágreda y Tarazona; pero ciegos por sus agravios particulares olvidaron el
peligro común, y como quiera que tampoco accediese el castellano á las justas
pretensiones del navarro, que para admitir cualquier pacto ponía por condición
se devolviese á su Reino el territorio que le había sido arrebatado en la Rioja por
los soberanos de Castilla, disolvióse la junta sin que produjera resultado alguno.

Por este tiempo la fama de D. Sancho trasponiendo las fronteras de Espa-
ña, volaba por apartadas regiones. Honda impresión hicieron su valor legendario
y su caballeresco porte en el alma sensible de la hija del africano Miramamolín
Abu Jacob. En la vehemencia de su cariño habíale amenazado con quitarse la
vida, si no lograba unirse á aquel esforzado caballero, y el Miramamolín que
idolatraba en su hija, vencido de sus ruegos, no sólo quiso complacerla acogién-
dolos benigno, sino que vino en dotarla con cuantos dominios poseía en España,
que eran la mitad de ella, y con cuantas riquezas apeteciera el rey D. Sancho, si
éste llevaba á efecto aquel anhelado matrimonio.

Envióle á este fin cortés mensaje; recibiólo atento el Monarca navarro,
y cautivado de aquel afecto que tan gran decisión mostraba, ó seducido por las
1198 deslumbradoras proposiciones de Abu Jacob, partió en compañía de algunos
caballeros con rumbo al África, donde arribó cuando ya el Emperador había
muerto.

Su hermano Brahen, gobernador del Estado durante la minoría de Mahomad, vió en D. Sancho un auxiliar valioso contra los rebeldes que desde largo tiempo traían hondamente perturbada la Nación, mas no halló en él un esposo conveniente para su enamorada sobrina. Así, le retuvo á su lado, excitándole con alhagadoras pero mentidas esperanzas; hízole salir á campaña contra los sediciosos, y cuando éstos, vencidos y escarmentados plegaron su estandarte y Mahomad tomó las riendas del Imperio, advirtiéndole el rey D. Sancho la triste realidad de su situación y que sus proyectos se desvanecían, embarcóse con rumbo á Navarra, donde durante su ausencia habían tenido lugar lamentables acontecimientos. 1199 1201

En poder de los castellanos y de los aragoneses habían caído Aibar, Burgui, San Sebastián y Miranda de Arga; y después de oponer tenaz resistencia, después de agotar todos los medios de combate, falta de recursos y sin esperanza de auxilio, Vitoria, la leal y fuerte Vitoria, previo el mandato de D. Sancho quien participara el apretado trance en que se veía, hubo de inclinar también su noble frente ante los aceros castellanos.

Lleno el corazón de angustia por tan terribles pruebas, pero sin que decayese un punto su ánimo esforzado, concertó D. Sancho al volver á su Reino una tregua que le permitiera rehacerse y luchar con las Naciones invasoras; y pasados cinco años, en los cuales Estella, por motivos ajenos al Rey navarro y promovidos por D. Diego López de Haro, se vió precisada á rechazar de sus muros á los guerreros de Castilla, que la pusieron apretado sitio, tuvo lugar un acontecimiento tan importante como glorioso.

La voz de los sacerdotes y el bronce de los templos cristianos convocaban á los fieles contra el poder creciente de la morisma que amenazaba invadir el territorio castellano. Ya el insigne arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, ya aquel hijo augusto de Puente la Reina, inmortal fundador de la catedral de Toledo, príncipe de los oradores de su siglo y primero de sus historiadores, desplegaba la bandera santa de la Cruz frente á los estandartes de Mahoma. A su voz el rey D. Sancho olvidó los agravios recientes de Castilla, y cumpliendo como cristiano y caballero acudió á socorrerla, decidido á dar su vida y á derramar la sangre de sus nobles súbditos por la de aquella misma Nación que había despedazado su Reino. 1212

Hallábanse las riberas del Tajo convertidas en campamento. Italia, Francia y Portugal mandaban á porfía denodados caudillos y numerosas huestes, que en las márgenes del caudaloso río lucían el brillo de sus armas. Tenían dentro de la ciudad su cuartel las gentes de Aragón y Castilla; todo respiraba entusiasmo; proveníanse hasta 60.000 carros para trasportar los bastimentos del ejército, y así la ciudad como la campiña hervían en soldados.

1212

El día 21 de Junio púsose en marcha aquel ejército formidable, el cual avanzaba arrollando cuantos obstáculos se encontraban en su camino; pero después de rendir las plazas de Malagón y Calatrava sobrevino un acontecimiento inesperado que llenó de pesadumbre á los guerreros españoles y de alegría á los sarracenos. Los 110.000 soldados venidos á la guerra santa de lejanos países, abrumados quizá por el rigor del clima ó habiendo terminado sus compromisos, casi en su totalidad abandonaron la Cruzada, dejando á las huestes de Aragón y Castilla sumidas en inquietud y desaliento.

Llegó á esta sazón con sus tropas el rey D. Sancho, y á su presencia renació en el campo cristiano la confianza; prosiguióse con nuevo ardor la campaña, y traspuesta la escabrosa pendiente de Sierra-Morena acamparon ante la inmensa muchedumbre mora.

Dos días permanecieron frente á frente las enemigas huestes sin decidirse á batallar; pero amaneció el tercer día, y el ejército cristiano, después de oír solemne misa y de recibir con fervorosa unción los Santos Sacramentos, lanzó á los aires el prolongado tañer de sus clarines.

Rompió el combate la vanguardia regida por el valeroso vizcaíno D. Lope Díaz de Haro; formaban el centro las tropas de Castilla, las de Aragón mantenían el ala izquierda y Navarra desplegabá sus haces en el flanco derecho. Rudo es el primer choque, tanto que produce en las primeras filas un movimiento de repliegue; los pendones de Madrid, Cuenca, Vélez y Gormaz huyen vencidos; retroceden, aunque luchando, los valientes de Díaz de Haro; Aragón titubea, y el rey de Castilla juzgando ya cercana su derrota, quiere entrarse en lo más recio de la pelea y morir combatiendo como soldado. Contínele á duras penas el arzobispo D. Rodrigo, y en aquel instante supremo en que sólo un paso atrás era la ruina de la cristiandad entera, el rey D. Sancho arrebatado de ira, arrojase con los suyos sobre la envalentonada morisma. En su atroz embestida rompe, destroza y desbarata fiero al enemigo; todo cede y se postra ante su vencedora espada; reanímense y cobran aliento los que ya huían como vencidos, acometen con nuevo vigor á los sarracenos, y D. Sancho, comprendiendo que el éxito de la batalla pendía del asalto de la espesa valla que entretegida con cadenas y defendida por 10.000 guerreros valerosos formaba muro impenetrable que cercaba la tienda del Miramamolín, pone todo su esfuerzo en llegar hasta ella y destruirla. Casi solo avanza, pues la muerte ha hecho en los suyos tremendo extrago. Cercado por todas partes, defendido no más por una docena de los suyos, más cerca está de morir que de coronarse victorioso; pero de un salto de su corcel traspone la valla, los que le rodean siguen su ejemplo, D. García Romeu al frente de sus catalanes llega á su vez; caen hechas trizas aquellas cadenas que simbolizaban la esclavitud de los cristianos y el espantado Mahomad apela á la fuga arrastrando tras sí aquel ejército invencible, vida y orgullo del africano Imperio.

Grande fué la hazaña y de valiosos resultados la victoria: cien mil guerros moros quedaron muertos en el campo, sesenta mil fueron hechos cautivos y Europa se vió libre para siempre de las irrupciones del África. Perpetuando la memoria de tan extraordinario acontecimiento, trazó Navarra en su escudo aquellas cadenas rotas por el valor de su Monarca y de sus nobles hijos; con idéntico objeto Baztán, Villava y el Burgo de San Cernin tomaron también sus ilustres armas, pero este triunfo vital para Castilla no reportó especial beneficio á los navarros. Tornaron á su Reino cubiertos de gloria y llenos de riquezas; mas en la tierra de Guipúzcoa lo mismo que en los ensangrentados muros de Vitoria y en todo el país de Álava, ha poco pertenecientes Navarra, siguió enhiesta como en señal de reto la bandera de los castellanos.

De tan heroicos hechos sólo quedaron pues, á Navarra, el renombre y unos trozos de cadenas conservados en las catedrales de Pamplona y Tudela, en la colegiata de Roncesvalles y en el monasterio de Irache. Su glorioso trofeo publica á la par del arrojado, la falta de previsión de los navarros. Supieron éstos sacrificar sus vidas, mas no imponerse á los que les trataban como enemigos; y no sacando utilidad de su altivo esfuerzo dejaron como lección, que en la guerra y en la política hay que anteponer á lo generoso lo prudente.

Con la conquista de Úbeda terminó la campaña. Volvió el rey D. Sancho á su Nación, y durante los 21 años transcurridos hasta su muerte, el suceso más notable de los acaecidos en el Reino fué el prohijamiento mutuo de don Sancho de Navarra y D. Jaime de Aragón. Ambos Reyes se reconocieron por sucesores el uno del otro, desheredando aquél á su sobrino D. Teobaldo y éste á su hijo D. Alonso; pero arrepentido D. Jaime de semejante decisión quebrantó el pacto al año de haberlo establecido.

1231

Retirado á su castillo de Tudela y apartado de toda comunicación, pasó melancólico y triste los últimos años de su vida el rey D. Sancho. Tal vez le abrumase la ingratitud de sus favorecidos, tal vez coadyuvara á su decisión el recuerdo de aquella enamorada Princesa mora, que tanto influjo tuvo en su vida y en los destinos de su Reino. Murió el año de 1234 y fué enterrado en la colegiata de Roncesvalles.

1234

Gran Rey y gran caudillo, no sólo se mostró activo en las empresas militares sino también en fomentar los intereses del Estado. Él reedificó el magnífico puente de Tudela, elevó su grandiosa Catedral, la iglesia de Roncesvalles, cuyos restos evidencian su hermosura, y fundó la ciudad de Viana reuniendo en una sola población varias aldeas. Hubiérase agigantado su fama si impidiera que Álava y Guipúzcoa cayeran en manos de Castilla, quien disgregando de Navarra pueblos euskaros, adelantó la ruina de este Reino.

En tiempo de D. Sancho el Fuerte y el Encerrado, que mereció ambas denominaciones, el esforzado valle de Aézcoa obtuvo honrosos privilegios, y en

la misma época vivió aquel famoso trovador Guillermo de Tudela, que con vivos colores y nervioso estilo escribió el magnífico poema titulado: «La cruzada contra los Albigenses».

D. TEOBALDO I, EL GRANDE

1234 Muerto D. Sancho el Fuerte sin sucesión, juntáronse las Cortes con objeto de nombrar Soberano. Recayó la elección en el conde don Teobaldo de Champagne, el que después de coronado y ungido en Santa María de Pamplona, dedicóse á estudiar las necesidades del Reino. A este fin recorrió sus villas y lugares, y notando el decrecimiento de la población ocasionado por las últimas guerras, para remediar el daño hizo venir de Champagne y de Brie colonias de labradores.

Observó también la preponderancia de la nobleza, y enemigo del feudalismo, tuvo graves diferencias con los poderosos del Reino respecto á la interpretación de sus fueros y á la forma en que se probaban las hidalguías. Estos choques dieron por resultado cierta tirantez de relaciones que tal vez hubiesen tenido fatal desenlace, si después de conseguir el Monarca que los derechos de la nobleza quedasen determinados en leyes escritas, no cesara en sus innovaciones.

Renació entonces el sosiego, con él se robusteció la Monarquía y D. Teobaldo pudo prestar oídos á la voz del Pontífice Gregorio IX, quien no cesaba de excitar á la cristiandad para que llevase á cabo la conquista de los Santos Lugares.

1239 Aseguróse primeramente de que ni Aragón ni Castilla aprovecharían su ausencia como aprovecharon la del rey D. Sancho el Fuerte para despedazar á Navarra, y embarcóse en Marsella con los demás cruzados. No dió la expedición los resultados apetecidos, pero proporcionó á Navarra ocasiones de distinguirse, ya en el reñido paso del monte Tauro valerosamente defendido por el Soldán de Iconio cuya derrota se debió singularmente á los navarros, ya también en las llanuras de Palestina, donde sin la presencia de D. Teobaldo y de su disciplinada hueste hubiérase convertido el ejército cristiano en fugitiva muchedumbre.

1246 Vuelto á Navarra, el obispo D. Pedro Jiménez de Gazólaz suscitóle cuestiones graves, aunque al parecer totalmente ajenas á la Iglesia. Encrespados los ánimos llegó el Obispo á excomulgar al Rey y éste á pregonarle como traidor y enemigo de la paz pública. Dos años estuvo el Reino en entredicho y el Prelado huido del Reino. Al cabo de ellos restableciéronse la concordia y buena amistad que nunca se debieron romper, y el Rey arrepentido de su conducta fué á echarse á los pies del Sumo Pontífice pidiéndole perdón de lo que hubiese errado. Cuatro años después murió en su ciudad de Pamplona.

1253 Dejó el rey D. Teobaldo mejorada la condición de los pueblos realengos en los asuntos administrativos; legó á la posteridad un tomo de poesías llenas

de ternura, una colección de bellísimas melodías, y á su aureola de poeta y de artista pudo añadir la Fama la que le grangearon sus virtudes, por las cuales mereció el sobrenombre de «Grande». Floreció en su tiempo en el convento de Estella el celeberrimo dominico Fray Pedro Hispano, honor de las letras y luz de la filosofía.

D. TEOBALDO II

Catorce años contaba el príncipe D. Teobaldo cuando falleció el Rey su padre; y atendida la mocedad del nuevo Monarca las Cortes le pusieron bajo la tutela de la reina D.^a Margarita, encargándola al propio tiempo de la gobernación del Estado. 1253

En el ejercicio de su difícil misión probó esta ilustre dama ser tan sagaz como discreta; y si oyendo las quejas de sus súbditos y reparando los contrafueros cometidos en anteriores reinados captóse general afecto, estrechando por medio de una alianza los lazos políticos que entre Navarra y Aragón existían, frustró los proyectos conquistadores del rey D. Alonso de Castilla y dió paz y reposo á sus Estados.

Muerta la Reina, D. Teobaldo contrajo matrimonio con la infanta Isabel, hija del rey San Luis de Francia, engrandeció el reino de Navarra con la incorporación de varios Estados cuyos señores le rindieron vasallage; mejoró la vida económica de sus pueblos suprimiendo algunos tributos, y después de haber fundado el lugar de Espinal partió á Marsella al frente de los caballeros navarros más distinguidos y en compañía de su esposa, á fin de tomar parte en la conquista de la Tierra Santa. 1258

Embarcóse bajo la conducta del rey San Luis; pero la empresa de convertir al cristianismo el reino de Túnez presentada como fácil por el soberano de Sicilia, en quien sin duda podía más el propio interés que el de la cristiandad, hallando favorable acogida en los cruzados varió su rumbo y el objeto de la expedición emprendida. En vez de la vuelta de Asia tomaron el camino de Túnez, arribaron al África, dirigiéronse al valle en cuya abrasada arena alzáronse un día los muros de Cartago, y al poco tiempo de llegar ante las ruinas de aquel pueblo famoso, combatidos por asoladora peste vieron sus filas diezmadadas, muerto su principal caudillo y con él mil valientes caballeros; pero no fueron parte tan grandes males á quebrantar la energía de los cruzados; antes bien, despreciando los rigores del clima y el extrago de la epidemia, sintiéronse con bríos bastantes para salir al encuentro de la morisma y alcanzar glorioso triunfo, que el ancho llano y el undoso Estaing presenciaron teñidos en sangre musulmana. 1270

Aterrado el alárabe ante el valor de los cristianos, imploró su misericordia. Ofrecióles á cambio de la paz satisfacer el tributo que desde largo tiempo debía

al rey Carlos de Sicilia, pagarles los gastos ocasionados por la Cruzada y permitir en sus dominios la libre propaganda del Evangelio; y considerando los cruzados que en la situación en que se encontraban les convenía aceptar las proposiciones del enemigo, á pesar de surgir diversos pareceres acabaron por admitirlas.

Así terminó la campaña. Hízose al mar el ejército cristiano juzgando haber dado fin á sus penalidades; mas todavía se hallaba cerca de la costa cuando asaltó la flota tan desecha tormenta, que perdidas la destreza y serenidad de los pilotos fueron sepultados numerosos bateles en los abismos de las olas.

1270 Con ellos desaparecieron más de cuatro mil soldados, y como si fuera corto el número de víctimas causadas en los defensores de la Cruz por la enemiga naturaleza, tuvo lugar en Trápana de Sicilia el fallecimiento de nuestro malogrado Rey, al que siguió antes de arribar Marsella el de su afligida viuda.

Entre los caballeros navarros que formaban parte de la Cruzada, contábase uno digno de especial recuerdo: fué este ilustre caudillo el famosísimo Corbarán de Lehet, el amigo de Roger de Flor, el bravo senescal de les almogávares, por cuya muerte ocurrida en la batalla de Tiro se detuvo el ejército durante ocho días, suspendiendo la campaña para honrar su memoria.

D. ENRIQUE

1271 A D. Teobaldo II sucedió en el trono su hermano D. Enrique, que en ausencia de aquél gobernaba el Reino. Fué D. Enrique de condición áspera y desabrida. En su breve reinado se registran pocos asuntos dignos de memoria, siendo únicamente notable el empeño con que trató de robustecer la autoridad real menguando el poderío de los Nobles. A este objeto dedicó toda su actividad; logró que los poderosos caballeros D. Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante, y D. Gil de Rada, dueño de la importante fortaleza de su apellido, cedieran á la corona sus señoríos con ciertas restricciones; pero no le fué dado concluir su obra, porque le sorprendió la muerte á los cuatro años de reinado. Falleció en Pamplona, en cuya Catedral se le dió sepultura, y como su primogénito D. Teobaldo por un fatal accidente había perecido en Estella donde se criaba, heredóle su hija la princesa D.^a Juana, de edad de tres años.

1274

DOÑA JUANA

La infancia de la Reina vino á inspirar en los soberanos de Aragón y Castilla ambiciosos propósitos. Juzgando aquella ocasión favorable á sus intentos procuraron ambos Reyes obtener las simpatías de los navarros, y mientras tendían á los incautos artificiosas redes, D. Alonso X, el sabio legislador castellano cuyos actos contradecían á sus escritos, apercebíase á la guerra por si había ocasión de apoyar sus pretensiones con las armas.

Todo conspiraba en favor de los ambiciosos: la unión establecida entre los barrios de Pamplona por el gran rey D. Sancho el Fuerte, se hallaba rota; y como surgiera en ellos la más viva de las discordias, utilizóla para sus menguados fines el ambicioso prócer D. García Almoravid, ofendido del encumbramiento de don Pedro Sánchez de Monteagudo, nombrado gobernador del Reino; y dando rienda suelta á sus malas pasiones é influyendo poderosamente en la opinión, robusteció la parcialidad castellana, mientras D. Pedro fomentaba á su vez la facción aragonesa.

Temerosa la Reina viuda ante el porvenir incierto de su hija y no creyéndola segura en sus propios Estados, partió con ella á Francia demandando protección á su primo el rey D. Felipe, en quien halló generosa y noble acogida. Frustradas así las aspiraciones de D. Alonso y desconfiando de alcanzar el triunfo por medio de la intriga, aprestóse á invadir el territorio navarro. Envió á este fin poderoso ejército bajo la conducta del infante D. Fernando; cayó éste sobre Viana y estrechóla con riguroso cerco; mas sus habitantes decididos á morir primero que aceptar el yugo de Castilla, á pesar de los asedios con que la combatió tenaz el castellano, supieron mantener incólume su bandera.

1275

Por este tiempo la ciudad de la Navarrería que sostenía secretas relaciones con el rey don Alonso, fortificábase á toda prisa; y sus moradores desconociendo la autoridad del Gobernador, despreciaban sus prohibiciones de construir nuevos ingenios y algarradas. Tuvo noticia D.^a Blanca de estos tristes sucesos, y escuchando los clamores de algunos buenos navarros que fatigados de tanta lucha, de tan prolongada y estéril rivalidad, consideraban cuánto importaba en semejante situación tener al frente del Reino una persona que agena á los intereses de partido poseyera verdaderas dotes de mando, determinó sustituir á D. Pedro Sánchez con el enérgico y prudente caballero Eustaquio de Bellamarca. Hízolo así, después de desposar á su hija con Felipe el Hermoso, primogénito del rey de Francia, y de transferir á éste la tutela de la joven Reina: y dando un golpe mortal al bando aragonés con aquel enlace tan diverso del acordado en las Cortes de Olite, ganó un eficaz protector para su hija y un firme apoyo para Navarra.

Llegado al Reino el nuevo Gobernador y jurados los fueros, hízose enmudecer momentáneamente á las facciones; pero la atenta y subordinada á las sugerencias de Castilla, engrosada con nuevos adeptos y hasta con el mismo D. Pedro Sánchez de Monteagudo, atrevióse á poner en ejecución sus designios y pasó á vías de fuerza después de intimar al Gobernador á que se volviera á Francia. Fuéle preciso á Bellamarca encerrarse en Pamplona donde el Burgo de San Cernin y la Población de San Nicolás le defendían; tuvo enseguida principio una lucha despiadada; y como las fuerzas leales no bastaban á cortar aquel terrible incendio, el rey de Francia hubo de enviar refuerzos al gobernador de Navarra

y aprestó después formidable ejército, dispuesto á comandarlo por sí mismo en caso de que los acontecimientos hicieran necesaria su presencia.

1277 Vinieron los soldados franceses á las órdenes de Roberto, conde de Artois, y uniéronse á las tropas de la Reina; tras recios combates penetraron por asalto en la Navarrería que era el foco de la sedición, y si los rebeldes durante su dominio habían desplegado espantosa fiereza, increíble fue la tremenda saña de los vencedores.

A todo esto el ejército castellano que en socorro de los sediciosos trasponeía por segunda vez la montaña de Reniega, que ahora llamamos del Perdón, así como también las numerosas huestes que acampaban en las cercanías de Estella, sin medir sus armas con los francos retrocedieron á Castilla. Quedaron pues, desamparados sus parciales, y éstos, ante la incalificable conducta de sus aliados y el extrago de la Navarrería, enmudecieron para siempre.

1281 Pocos años después en el lugar del Campillo, entre Tarazona y Ágreda, avistáronse los reyes D. Pedro de Aragón y D. Alonso de Castilla con objeto de acordar la destrucción y repartimiento de Navarra; pero habiendo surgido entre Aragón y Francia graves cuestiones que terminaron en sangrientas luchas, Navarra invadió el territorio aragonés, y siempre victoriosa, tomó por asalto las poblaciones de Lerda, Ul, Filera y Salvatierra.

D. FELIPE Y D.^a JUANA

1284 Verificóse al fin el matrimonio de la reina D.^a Juana con el infante D. Felipe, quien por muerte del Rey su padre heredó la corona de Francia el año de 1280. Durante su gobierno prosiguió largo tiempo la guerra con Aragón, aunque reducida generalmente á sucesos de leve importancia; ocurrieron también algunos choques con Castilla y llegando á penetrar en su territorio los soldados navarros, trataron de imponerla por Rey el infante D. Alonso de la Cerda.

1297 Hecha á este tiempo la paz con Aragón y hallándose su rey D. Jaime II vivamente interesado por el Infante, excitó á D. Felipe á continuar en su defensa con la esperanza de recuperar la Rioja, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya; pero el rey D. Felipe, que ante tales ofertas había devuelto generosamente á D. Jaime las plazas conquistadas en la última guerra, distraído con otras empresas á que le llamaba su corona de Francia nada obtuvo en definitiva. Quedóse por tanto Navarra, sin las poblaciones tomadas á Aragón y sin las que anteriormente le arrebatara Castilla; resultado natural, aunque triste, de tener un Rey que no lo era exclusivamente de Navarra.

1305 A la muerte de la reina D.^a Juana ocupó el trono navarro su hijo Luis, apellidado Hutín, el amotinador ó el pendenciero, sobrenombre debido á las cuestiones que sostuvo y apagó en León de Francia durante la vida de su padre.

Tuvo seis hermanos: Felipe el Luengo, conde de Poitiers; Carlos el Calvo, conde de la Marca; Roberto, que murió de pocos años; Isabel, esposa de Eduardo II de Inglaterra; y Margarita y Blanca, que fallecieron en la niñez. Entre los sucesos memorables acaecidos en tiempo de los reyes D. Felipe y D.^a Juana, debe contarse el martirio dado en Urgel al beato Pedro de Cadreita, varón de excepcionales dotes, que en los estados de Aragón había ejercido con singular encomio el alto cargo de inquisidor general.

D. LUIS HUTÍN

Vino á Navarra el rey D. Luis después de transcurrir dos años, instado por las Cortes para recibir la corona con las formalidades que preceptúa el Fuero. Luego de su llegada, ya fuese impulsado por la inquina que se tenían los pueblos fronterizos, ó tal vez por algunos desmanes que llevaran á cabo los navarros, es lo cierto que la gente de Aragón puso cerco á Petilla, lugar de la merindad de Sangüesa. 1307

Pidió esta población, como cabeza de merindad, ayuda al rey D. Luis que estaba en Ultra-Puertos; mandóle el Soberano á D. Fortuño Almoravid, á la cabeza de la caballería de su guardia; uniéronse estas tropas á los valientes hijos de Sangüesa, y avistando al enemigo en los campos de Filera le derrotaron completamente, matándole más de 2.300 soldados y persiguiéndole hasta las cercanías de Sos y del castillo de Rueita. 1308

Logrado este triunfo, tornaron á la ciudad los vencedores juzgando escarmentado al enemigo; pero no bien se tuvo en Aragón noticia del suceso, juntóse aceleradamente gran muchedumbre de soldados que, penetrando en el valle de Aibar por el vado de San Adrián y corriendo luego los campos de Olite y Tafalla, talaron cuanto se hallaba en su camino.

Cargados de despojos contramarcharon, satisfechos de haber vengado aunque sin combatir el desastre de Filera, ó temerosos de dar con las tropas navarras. Asaltóles la noche en el camino, pernoctaron bajo la villa de Aibar, al romper el alba trataron de pasar el río, y ya formada en la opuesta orilla la vanguardia, cuando la gente de Sangüesa y con ella la de algunos pueblos limítrofes que emboscada permanencia frente al vado, arrojóse con ímpetu irresistible sobre los invasores poniéndolos en retirada. Al mismo tiempo los de Aibar precipitándose sobre la retaguardia la desordenaban y hacían retroceder hasta dentro del río. Luchaban con gran valor los aragoneses; mas los navarros estremando su furia, en breve espacio hicieron suyo el triunfo y el cuantioso botín que aquellos conducían. Percieron en la batalla cuatro mil y seiscientos de los primeros, y desde entonces Sangüesa, *la que nunca faltó*, luce en su escudo las cuatro barras rojas de Aragón, pero sobre campo de plata, con alusión á que la

victoria se obtuvo en su mayor parte en el agua; guarda asimismo en su archivo el estandarte que tomó en la batalla á los invasores, y su nombre y el de Aibar ocupan gloriosa página en la Historia.

- 1308 Luego de ocurrir estos sucesos, dejando bien guarnecida la frontera, el Monarca navarro partió á Francia á instancias de su padre el rey D. Felipe, y allí
1316 tuvo lugar su fallecimiento dos años después de haber ocurrido el de su padre. Dejó una hija de su primer matrimonio, llamada D.^a Juana, y á su segunda muger la reina D.^a Clemencia en el tercer mes de embarazo. Durante el reinado de D. Luis Hutín falleció en su convento de Jerez el prudente y sabio dominico pamplonés Fray Domingo de Rooledo, consejero intachable de los reyes de Castilla, dejando perdurable fama de sus virtudes.

D. JUAN, EL DE POCOS DÍAS

Con este sobrenombre es designado el hijo de los reyes D. Luis y D.^a Clemencia, que falleció á los ocho días de su nacimiento.

D. FELIPE II, EL LUENGO

- 1316 Muerto el hijo del rey D. Luis, su tío D. Felipe invocando la ley sálica á pesar de que esta no existía en Francia ni ha regido nunca en Navarra, ocupó el trono de ambas Naciones perteneciente á la princesa D.^a Juana. Toleró Navarra esta usurpación atendidos los pocos años de la Princesa y las graves perturbaciones sufridas durante la minoridad de sus Reyes; mas pronto las altas dotes de gobierno del nuevo Soberano contribuyeron á templar el descontento del Reino, cuya existencia bajo el cetro del rey D. Felipe se deslizó en apacible calma.
- 1321 Murió el Monarca navarro sin haber tenido prole y dejando establecido con la catedral de Pamplona un pacto encaminado á evitar en lo sucesivo las graves cuestiones que, por no hallarse puntualmente determinados los derechos de la corona y los de la Iglesia, solían suscitarse entre ambos poderes. Contribuyó eficazmente á esta avenencia el obispo D. Arnaldo Barbazano.

D. CARLOS I, EL CALVO

- 1321 A D. Felipe el Luengo sucedió en los tronos de Navarra y Francia su hermano Carlos el Calvo, y este repetido agravio inferido á la princesa D.^a Juana excitó el descontento de los navarros, quienes, obligados por las circunstancias, aunque hicieron semblante de reprimir su justo enojo, ni juraron por Rey á D. Carlos, ni permitieron su coronación.

Bajo el cetro de este Rey sólo tuvo lugar un acontecimiento digno de consignarse: fué este la rota dada por los guipuzcoanos á las tropas navarras en

los campos de Beotibar, hecho de armas cuyo relato exornado por la fábula pudo adquirir un día proporciones épicas, pero que depurado por la crítica vase reduciendo hasta convertirse en un hecho común, ni insignificante ni extraordinario.

Murió el rey D. Carlos el año 1328 y fué enterrado en la iglesia de San Dionisio de París.

D FELIPE III, EL NOBLE, Y D.^a JUANA

Muerto sin sucesión el rey D. Carlos, tuvieron lugar varias juntas y conferencias entre los pueblos y la nobleza, á fin de obrar unidos en el importante asunto de la elección de Soberano. Dolíanse todos de la perdida independencia, lamentábanse de los repetidos agravios sufridos con las usurpaciones de la corona, y decididos á defender sus leyes y costumbres protestaron enérgicamente de las pretensiones del rey de Francia, Felipe de Valois, quien se dirigía á Navarra proponiéndose que le reconocieran por Soberano. Juntas las Cortes, primero en Puente la Reina y después en Pamplona donde por la mucha concurrencia se congregaron al aire libre en la plaza llamada del Castillo, determinaron tomar por Reina á la hija de D. Luis Hutín, heredera legítima del trono. Participaron su irrevocable acuerdo al rey D. Felipe de Valois, pusieronlo también en conocimiento de la princesa D.^a Juana para que en compañía de Felipe de Evreux viniera á ceñirse la corona, y como quiera que éste y Eduardo de Inglaterra pretendían tener derecho al trono de Francia, para resolver el Valois estas diferencias que tan fatales podían serle, concertó con Felipe de Evreux que ambos cedieran de sus aspiraciones, á fin de regir pacíficamente sus Estados. 1328

Antes de la coronación de D.^a Juana y don Felipe de Evreux, las Cortes reunidas en Larrasoña acordaron que al prestar juramento establecieran y determinaran expresamente que, cuando el hijo de ambos cónyuges llegase á cumplir los 21 años, el rey D. Felipe depondría en su hijo la corona. Así lo hicieron, y una vez dueños del trono se dedicaron al gobierno interior del Reino y á la reforma de la legislación, redactando con voluntad de los Estados el célebre Código conocido por «Amejoramiento del rey D. Felipe». Recibieron la visita del infante D. Alonso de la Cerda, y éste, que sólo con interesadas miras había entrado en Navarra, no tuvo reparo en reconocer y dar por válidos los derechos de esta Nación á las tierras de la Rioja, Álava y Guipúzcoa, usurpadas por los reyes de Castilla. Tan explícita declaración hallaba complemento en la promesa de restituirlas, si llegaba á ocupar el trono castellano; promesas de pretendiente, que en aquella sazón significaban poco. Así lo comprendió el rey D. Felipe; no se curó pues de ellas ni quiso alzar banderas por D. Alonso, y pasados tres años ausentóse del Reino para ayudar generosamente al rey de Francia, combatido por Inglaterra. 1329 1331

1334 Surgió después de su partida sangrienta discordia entre Castilla y Navarra: sostuvieron la guerra en un principio los pueblos fronterizos; pero creciendo los odios á causa del matrimonio concertado entre los infantes de Navarra y Aragón D.^a Juana y D. Pedro, empeñaron en la contienda á muchos caballeros aragoneses. Hízose general la lucha. Turbado así profundamente el sosiego, tuvieron lugar multitud de combates en que la fortuna favoreció indistintamente á los dos encarnizados enemigos; mas no por eso logró Castilla al finalizar la guerra que fuesen suyos los lugares de Tudujén y Fitero por cuyos dominios combatía, y pudo Navarra vanagloriarse una vez más de que no era empresa fácil mermar la extensión de su poderío.

1343 Restablecida la buena armonía de ambas Naciones y hecha la paz entre Francia é Inglaterra, el rey D. Felipe, llevado de sus magnánimos sentimientos, partió á prestar apoyo al castellano D. Alonso XI, quien había puesto sitio á Algeciras; y después de haberse hecho notar en varios trances de armas falleció en Jerez, causando su muerte universal tristeza. Sus restos, traídos á Navarra, fueron enterrados en la catedral de Pamplona; y al fallecimiento de la Reina su esposa, que gobernó el Estado durante cinco años, ocupó el trono su hijo Carlos II.

D . CARLOS II, EL MALO

1349 No bien fué coronado este Monarca, ejerció severa justicia en algunos sediciosos que durante la regencia de D.^a Juana habíanse revelado pretesto de inobservancia de los fueros; hízolos degollar en el puente de Miluce, y de este acto le provino el sobrenombre con que le designa la historia.

1353 Vióse solicitado consecutivamente por los reyes de Aragón y Castilla para que les secundase en la guerra que uno contra otro proyectaban; pero no quiso tomar parte en ella, como tampoco le plugo aceptar el enlace que el Monarca aragonés le propusiera, antes bien partióse á París, donde contrajo matrimonio con la hija mayor del rey de Francia, Madama Isabela, imaginando recuperar por medio de este casamiento los condados de Champagne, Brie y Angouleme á que se juzgaba con derecho; mas como el rey D. Juan, influido sin duda por el Condestable francés que á la par era conde de Angouleme, desatendiera las pretensiones de D. Carlos, irritóse éste vivamente; y hallándose un día con su enemigo, suscitóse entre ambos tan agrio altercado, que enfurecido aquél hizo asesinar al Condestable.

Produjo este crimen tristes acontecimientos y hondas perturbaciones: el rey de Francia encarceló al Monarca navarro, túvole preso hasta que por mediación de elevados personajes dejólo en libertad; mas no bien D. Carlos fue dueño de sus acciones, trasladóse á Navarra y se puso en relación con los ingleses que eran encarnizados enemigos de Francia. Previendo como consecuencia de estos

tratos una guerra inevitable, decidió el rey de Francia tomar la ofensiva. Mandó al efecto sus tropas contra los pueblos de Normandía pertenecientes á Navarra, 1354
 acorriólos nuestro Rey al frente de 10.000 guerreros, y el rey D. Juan cediendo ante el empuje de las tropas navarras y viendo próximas á expirar sus treguas con Inglaterra, hizo la paz con D. Carlos. Fué aquella avenencia más que real, aparente; y pronto de su fuerza escasa se vieron los resultados.

Había pasado el rey de Navarra á París con apariencia amistosa y mostrando deseo de estrechar los vínculos que nunca debieron romperse entre ambos Soberanos. Hallábase la Francia necesitada de reunir grandes caudales para atender á los dispendios de la cercana lucha con los ingleses, y como quiera que su exhausto erario hubiese obligado al rey D. Juan á imponer tributos verdaderamente onerosos, el pueblo francés murmuraba abiertamente de su Rey, diciendo, que no le dañaría más el de Inglaterra con sus armas que el suyo propio con sus decretos. 1355

El intrigante espíritu de D. Carlos vió en aquella crisis, ocasión propicia de dañar al rey D. Juan en beneficio propio: tomó pues, la voz del pueblo, hizo su defensa, opúsose á la exacción de los tributos y adquiriendo generales simpatías, disminuyó el prestigio de su adversario. Ocurrió por este tiempo que el Delfín, disgustado del gobierno de su padre, huyó á Alemania, poniéndose al amparo de su tío el Emperador; y aunque su ausencia fué breve y tornó reconciliado con su padre, éste, que achacaba á maquinaciones del navarro el desamor de su hijo, juró ejecutar en su enemigo horrorosa venganza. Para llevarla á cabo se sirvió del mismo Delfín, mancebo inteligente, astuto y poco aprensivo; ganó éste la confianza del rey D. Carlos, invitóle á un espléndido banquete que en la ciudad de Ruan le preparaba, y como aquél aceptara la invitación y llegase acompañado de varios caballeros, el francés con no escaso golpe de soldados los apresó á todos, trocando el festín en sangriento cadalso. En él y á presencia del rey D. Juan perecieron los nobles del séquito de D. Carlos, y éste recorrió preso los calabozos de Louvre, de Gallar y de Alleux, sufriendo todos los horrores de la pérdida de la libertad y todas las amarguras de la pérdida de la corona.

Libertado al fin con valor y artificio por algunos leales servidores, y como quiera que el pueblo francés veía en él un defensor generoso, Amiens, París y Ruan recibieronle como á un mártir. Tomó París el distintivo de la gente navarra; hizo de D. Carlos más que su Rey su ídolo, y aunque por ser aquel pueblo voluble y tornadizo abandonó un instante su defensa, pronto volvió á él con ardiente entusiasmo; no satisfecho ya con aclamarle y obedecerle, quiso también que el Delfín mismo le obedeciera; impúsole á este fin materialmente, por mano del preboste de los mercaderes, el chaperón de los navarros; y cuando ofendido salió de París para tornar con formidable ejército, aprestóse la ciudad á defenderse de su legítimo Príncipe con igual ardor que si se tratara de su mayor enemigo. 1357

Cómo hubieran terminado aquellos sucesos si los cercados hubiesen tenido valor para afrontar el asedio, no es fácil de suponer: tal vez la corona de Francia hubiera sido del Rey navarro; pero el temor hízoles volver á la obediencia; y como toda pasión mezquina se traduce al fin en hechos criminales, el antiguo entusiasmo por el que llamaban mártir trocóse en ira descompasada: desconocida la autoridad de los jefes de la resistencia, fueron asaltadas y saqueadas las casas de los adeptos á D. Carlos; quien no pudo apelar á la fuga recibió la muerte, y no satisfechos aún, arrastraron por el ciego los cadáveres de aquéllos que el día anterior miraban como sus salvadores.

1358 Hartos de sangre, abrieron las puertas de la ciudad; entró el Delfín en ella bajo la promesa de general amnistía; pero olvidando sus ofertas hizo degollar los amigos del rey de Navarra que el pueblo había dejado con vida. Al tener éste conocimiento de tan inhumana conducta, retóle á singular pelea, mas no le plugo al Delfín aceptar el reto, y D. Carlos para tomar venganza de sus desmanes, le declaró la guerra decidido á llevarlo todo á sangre y fuego.

Provincias enteras gimieron bajo el peso de sus armas; rindiéronse muchas fortalezas, y no pocas fueron quemadas; pronto la Isla de Francia cedió también ante el poderío del Rey navarro; creció con el éxito su partido, y París mismo hallábase á punto de caer en sus manos. En semejantes circunstancias el rey D. Juan, prisionero de Inglaterra, firmó con esta Nación una paz humillante. Congregáronse los estados de Francia para entender en el asunto; fué su decisión rechazar por injuriosas las proposiciones del enemigo, y haciendo la paz con los navarros, proseguir combatiendo contra los ingleses. Vaciló D. Carlos acerca del partido que debía tomar; optó al fin por la paz y con inconcebible apresuramiento la propuso él mismo: fueron tan menguadas sus condiciones, que el infante don Felipe de Navarra, no queriendo admitirlas, retiróse á un lugar de Normandía guarnecido por tropas inglesas. Decía y con razón, que sin duda habían hechizado á su hermano.

1359 La decisión enérgica de Francia exasperó al rey de Inglaterra: sintiéndose herido en su orgullo contestó á la arrogancia del enemigo levantando un ejército de cien mil soldados; atravesó el Estrecho, marchó sobre París, y aunque por la falta de bastimentos hubo de encaminarse á las provincias del Loire, claro y cercano se veía su completo triunfo. Creyólo así también el rey de Navarra; quizá arrepentido de la vergonzosa paz que había ajustado con el Delfín, penetró á su vez en Francia tomando algunas plazas de Normandía, y hubiéranse sin duda realizado sus previsiones á no ocurrir un importante suceso que mudó la faz de la campaña.

1360 Hallábase el ejército inglés acampado en una dilatada llanura inmediata á Chartres, cuando se desencadenó tempestad furiosa. Tal era el ímpetu del hur-

cán, tan continuo y terrible el azotar de las grandes piedras que se desprendían de las nubes, que aterraron á las tropas del rey Eduardo. Él mismo, participando de la general consternación, creyéndose perdido en medio del choque de los irritados elementos, impetró del Cielo el fin de la tormenta; y por si era muestra de la indignación del Altísimo ante la guerra sangrienta que provocaba, hizo voto de ajustar la paz si su ferviente ruego era atendido. No bien terminó su plegaria comenzaron disiparse las nubes, pronto el sol brilló radiante, y Eduardo, exacto cumplidor de su promesa, se dispuso á concertar la paz con Francia. Así se verificó, incluyendo también en ella al rey de Navarra.

Depuso éste las armas llevado de la necesidad; pero resuelto á dañar cuanto le fuera posible al rey de Francia. Así, de regreso á Navarra no vaciló en unirse á D. Pedro de Castilla, firmando con él una alianza ofensiva y defensiva *contra todos los hombres del mundo*. Creía D. Carlos hallar en el castellano un enemigo irreconciliable del Rey francés y que había de prestar á Navarra tal ayuda, que la corona de Francia sería despojo de la acometida; pero en lugar de aquello que anhelaba tan vivamente encontróse envuelto en guerra con Aragón. Como no le era dado romper los lazos contraídos con el castellano, decidió secundarle vigorosamente: apoderóse de Sos y de Salvatierra, y recorrió victorioso las comarcas de Jaca y de Sobrarbe.

1362

Anhelaba D. Pedro de Aragón ver sus Estados libres de aquella desastrosa lucha y conociendo que su verdadero enemigo era el rey de Castilla, después de grandes vacilaciones aceptó cuantas condiciones le impuso, llegando hasta á convenir con él en dar muerte á su amigo el conde de Trastamara. A este fin atrájole á las conferencias celebradas en el castillo de Sos con el rey D. Carlos; en ellas ambos Soberanos ordenaron al valeroso navarro Gobernador de la fortaleza, D. Juan Ramírez de Arellano, que diera muerte á D. Enrique, mas el buen caballero negóse á cometer semejante crimen, y prefirió el enojo de sus Reyes á las acusaciones de su conciencia.

1363

Acabáronse pues las conferencias sin lograr resultado alguno, y como el Rey castellano volviera á la campaña con más vigor, el aragonés puso en juego todos los medios imaginables para captarse la amistad del navarro. Prometióle tropas y dinero en caso de guerra, ayudarle con todas sus fuerzas si las hubiese menester contra el rey de Francia, renunciar su derecho á varios lugares que D. Carlos le había ganado en la campaña, y tales y tantas fueron sus ofertas, aunque hechas con poco ánimo de cumplirlas, que el rey de Navarra no halló escrúpulo en aceptarlas. A su vez se obligó á combatir cuando fuese preciso á D. Pedro de Castilla y á su descendencia, continuando hasta el momento oportuno en aparente discordia y fingida guerra con el aragonés, á fin de no despertar con anticipación la suspicacia del castellano.

1364 Acaecieron entonces graves sucesos que obligaron D. Carlos á separar su atención del nuevo aliado. Fuéle preciso defender el condado de Evreus invadido por Francia: á este fin armó un ejército que á las órdenes del famoso Capital ó señor del Buch embarcóse en Fuenterrabía con rumbo á Cherebourg; Evreus fué libertado; las tropas del valiente aventurero Beltran Duguesclin tuvieron que retirarse; mas pronto engrosadas con nuevos combatientes, tomaron la ofensiva derrotando á los navarros en los campos de Cocherel, cuando éstos luchando con inusitada bravura hallábanse á punto de conseguir la victoria.

Envió entonces D. Carlos 1.500 soldados á las órdenes del infante D. Luis; en venganza de su anterior descalabro devastaron la Auvernia, y mientras las armas navarras combatían por el honor del Reino, D. Carlos ocupado en el arreglo de la Real Hacienda y en la creación del Tribunal de la Cámara de Comptos, no se apercibió de la tupida red en que el rey de Francia, secundado por el veleidoso aragonés, iba astutamente envolviéndole. Por fin descubrió los peligros que le cercaban; mas de tal entidad eran, que se vió precisado á tolerar que sus Estados de Normandía sufrieran dolorosa mutilación, y hubo menester de toda su habilidad y perspicacia para no perder la corona.

Por entonces la guerra fratricida que don Enrique de Trastamara sostenía contra su hermano D. Pedro de Castilla, estaba en su apogeo. Beltran Duguesclin con sus treinta mil aventureros unidos á las tropas del rey de Aragón, puso á D. Pedro en el trance de huir de Castilla y buscar refugio en Portugal: no hallándolo pasó á Galicia, embarcóse con rumbo á Bayona para avistarse con el príncipe de Gales; conferenció con él, prometiéndole á cambio de su apoyo cederle el Señorío de Vizcaya, y lograda su ayuda y la del rey D. Carlos al que amén de otras tierras ofreció devolverle las de Álava y Guipúzcoa, dedicóse á hacer los preparativos de la campaña.

Mientras los llevaba á efecto, el bastardo D. Enrique solicitaba á su vez la alianza del Rey navarro, y éste, como todos los Soberanos de aquel tiempo, más dado á empeñar buenas palabras que á acreditarse con buenas obras, quedó también en asistirle á pesar de su anterior compromiso con D. Pedro, pero determinado en el fondo á no prestar decidido apoyo á ninguno. Ayudó sin embargo al rey de Castilla con algunas lanzas mandadas por el alférez mayor Martín Enríquez de Lacarra, y dejóle paso libre por el Reino según lo determinaron en Bayona.

1367 Al frente de su ejército penetró el enojado Monarca por los campos de Rioja: iba ansioso de combatir cuando avistó al enemigo en los llanos de Alesón, junto á Nágera; acometiéndole con ruda fiereza y en breve hizo suya la victoria. Con ella ganó el trono; pero en vez de haberle hecho más cauto la experiencia, hízole más soberbio y más irritable; y si olvidando sus promesas perdió el favor de los

aliados, entregándose á crueles venganzas se concitó general aborrecimiento. Así, cuando D. Enrique seguido de formidable hueste invadió nuevamente Castilla, ya no encontró amigos ni servidores que le defendieran: desamparado de todos solicitó el auxilio de los infieles, y derrotado en campal batalla tuvo que acogerse á la torre de Montiel, tuvo que buscar su salvación atravesando el campamento enemigo, y en él, á manos de su propio hermano, recibió la muerte. Matóle éste en desigual pelea, y el aventurero Duguesclin decidiéndola alevoso, manchó con aquel acto su limpio honor y apagó el brillo intenso de sus laureles.

1369

Aprovechando el trastorno producido en Castilla por tales acontecimientos, el rey de Navarra apoderóse de Logroño, Vitoria, Salvatierra y Santa Cruz de Campezu. Quiso luego D. Enrique recuperar dichas poblaciones, mas sólo consiguió ganar las dos últimas; Vitoria y Logroño permanecieron fieles á D. Carlos hasta que resolvió el Pontífice Romano que debían obedecer al rey de Castilla.

En todo este tiempo las discordias entre Francia y Navarra parecían apaciguadas, mas sus relaciones sólo aparentemente eran cordiales. Afírmase por varios autores que D. Carlos intentó deshacerse de su enemigo perpetrando un crimen: quizá se haya admitido tal hipótesis para justificar la conducta del Monarca francés, que unido al castellano proyectaba la destrucción de Navarra. El hecho es que luego que aquel Soberano arrebató á D. Carlos todas sus posesiones de la Normandía excepto el puerto de Cherebourg, heroicamente defendido, las tropas de D. Enrique batían á los navarros en la emboscada de Logroño y rendían así mismo el castillo de Tiebas entregándole á las llamas, quemando en él el antiguo archivo nacional, destruyendo documentos dignos de perpetua vida y borrando así relaciones de hazañas y nombres de famosos caballeros cuyo recuerdo abrillantaría las páginas de nuestra historia.

1378

La rendición de Viana fué la última etapa de aquella desastrosa guerra. Hízose al cabo la paz con Castilla: por rehenes tuvo que entregar el rey D. Carlos á D. Enrique veinte fortalezas que debía éste retener durante diez años, y transcurridos ocho falleció el Monarca navarro víctima del curso natural de la dolencia que padecía, acerca de la cual y de su muerte se han escrito muchas relaciones desprovistas de fundamento.

1387

Para juzgar debidamente al rey Carlos II, preciso es estudiar las condiciones de su tiempo, los vicios y virtudes de sus contemporáneos, sus pasiones y sus caracteres. Quien lo contrario hiciere se expondría á incurrir en lamentables errores; quédese pues, para obras menos elementales el discurrir acerca de asunto tan complejo, y conste únicamente, sin defender en nada su memoria, que han contribuido á ennegrecerle, tanto los escritores franceses cuya tradicional inqui-

na no encontró jamás punto de reposo, como algunos autores españoles dados á relatar con sobrada ligereza los hechos de Navarra.

Durante la vida de este Rey y bajo la conducta del egregio infante D. Luis, duque de Durazo, tuvo lugar la formación de la *Gran Compañía Navarra*, que arribando á Oriente cuando empezaba á decaer el poderío de los almogávares, puso en graves aprietos y consternó á catalanes, albaneses, griegos, francos y turcos, y estableció un fuerte principado en la Morea. También merecen especial recuerdo dos varones eminentes: el cardenal Martín Zalba, á quien se compara dignamente con el famoso jurisconsulto Baldo, y el valentísimo Martín Abarca, norma de leales y espejo de caballeros, cuyo valor inaudito mereció ser loado hasta del rey D. Pedro de Castilla, su enemigo.

D. CARLOS III, EL NOBLE

1387 Este Monarca, hijo y sucesor de D. Carlos el Malo, empuñó por largos años el cetro. Su condición bondadosa hízole universalmente querido: adorábanle sus vasallos como á un padre, los Reyes como á un hermano, y todos hallaban en él virtudes dignas de encomio y sentimientos merecedores de cariño. En honor suyo evacuó el rey de Castilla antes del plazo convenido las fortalezas tenidas en rehenes, y entre las más vivas y generales muestras de adhesión y de simpatía, sólo su mujer, la reina D.^a Leonor, mostróse esquiva, ingrata y recelosa.

Su larga existencia consagróla entera al bien de su pueblo y al de la humanidad: supo abandonar la quietud de su Reino para evitar derramamientos de sangre en extraños países: Francia le debió la paz, turbada ya por civil discordia, Aragón y Castilla depusieron las armas por su influjo, y dentro de su Reino, dando á Pamplona el sabio privilegio de la Unión, supo hacer de tres barrios enemigos una sola ciudad y una sola familia.

Si no pudo recuperar el territorio francés perdido en el anterior reinado, culpa fué de las circunstancias, no falta suya, pues lo intentó dos veces: alcanzó sin embargo que se le diera el condado de Nemours con los títulos de duque y par de Francia. Casó á su hija la princesa doña Blanca, primeramente con el rey D. Martín de Sicilia, el cual murió sin dejar prole; y luego en segundas nupcias con el infante D. Juan de Aragón, para cuyo hijo instituyó el Principado de Viana.

1425 Murió D. Carlos el Noble el año de 1425; fué enterrado junto á su esposa D.^a Leonor en el coro de la catedral de Pamplona, donde se ven sus estatuas hechas primorosamente en alabastro por el escultor Per Andreo; y dejó á la posteridad su nombre escrito en los reales palacios de Olite y de Tafalla, maravillosas obras de arte que fueron arrasadas por la mano brutal de la ignorancia y de la guerra.

Florecieron en su tiempo el notable escritor y sabio prelado Fr. García de Eugui, el tesorero García López de Roncesvalles, historiador apreciable, y aquel famoso caballero navarro Ruy López de Abalos, que de mozo de espuelas llegó á Condestable de Castilla, y derribado del poder por D. Álvaro de Luna murió en Valencia, mostrando su carácter entero é inmutable lo mismo en la prosperidad que en la desgracia. Fueron sus nietos los renombrados marqueses del Basto y de Pescara.

D. JUAN Y D.^a BLANCA

A D. Carlos el Noble sucedió su hija doña Blanca, esposa del infante D. Juan de Aragón. Residía el Infante en la corte de Castilla aspirando á dominar el ánimo del Rey su primo, y como éste se encontrara sometido á la enérgica voluntad del condestable D. Álvaro de Luna, suscitóse entre ambos competidores ardiente enemistad, cuyas malas artes cuando esgrimía las armas de la intriga, sólo eran comparables al implacable encono con que se tradujo en sangrienta lucha. Mantenido ésta con varia suerte, mas sin que D. Juan obtuviera próspero y definitivo resultado, hubo de retirarse á Navarra dejando el campo á su enemigo. Tuvo lugar entonces su coronación con las formalidades de Fuero, y pronto unido con su hermano el rey D. Alonso de Aragón que no había firmado paces con D. Juan II de Castilla y con el infante D. Enrique que esperaba acaudillar numerosos enemigos del Condestable, determinó contra la voluntad expresa de Navarra invadir el territorio castellano. Así lo hizo: salió D. Álvaro al campo con el intento de detenerle; pero advirtiendo la inferioridad numérica de sus tropas, rehuyó la batalla y fuese retirando conforme avanzaban los enemigos. Decidióse al fin á resistir, temeroso de que su conducta infundiera valor á los descontentos, ó confiado en la ventaja de sus posiciones. Desplegaron sus haces ambos ejércitos entre Jadraque y Cogolludo; era el choque inminente; mas presentóse la reina de Aragón, plantó su tienda entre los enemigos campos, mostró decisión de ser arrollada antes que consentir en la lucha, su enérgica actitud contuvo á los beligerantes, y mediando entonces el cardenal D. Pedro de Fox logró que se diera por terminada la campaña. 1425 1429

Hecha la paz con el Condestable, los reyes de Aragón y Navarra tornaron á sus Estados; mas el de Castilla, que á la sazón hallábase guerreando á los moros de Andalucía, rechazó la avenencia, ordenó á su gente que hostilizara las fronteras de aquellos Reinos y sólo después de conquistar algunos lugares avínose á firmar treguas por cinco años.

Durante este tiempo auxilió nuestro Rey personalmente á su hermano D. Alonso, que había partido á Nápoles para mantener la guerra contra la casa de Anjou sobre posesión de aquel Estado. Hallóse por esta circunstancia en el me-

1435 morable cerco de Gaeta, allí cayó prisionero de los genoveses, y libertado por el generoso duque de Milán tornó á España recibiendo de D. Alonso los títulos de Lugar-teniente de los reinos de Aragón y Valencia. Apenas se había posesionado de estos gobiernos hizo la paz con Castilla; logró por este medio recuperar los pueblos perdidos en la anterior guerra; pero mal curado aún de su ambición incesante, en vez de atender al mejoramiento de su Reino y de los que por delegación regía, volvió sus manejos contra D. Álvaro de Luna.

De la nueva trama no se hicieron esperar los resultados. Crecieron en número y bríos los adversarios del Condestable, descubriéronse á la faz del día los que antes se recataban medrosos, y considerando entonces, tanto el rey de
1439 Navarra como el infante D. Enrique, que era llegado el momento de penetrar en Castilla, al frente de quinientos caballos pasaron la frontera. El profundo secreto en que habían mantenido sus intenciones, dió lugar á que á la vez fueran solicitados por los partidarios del Condestable y por los rebeldes á su privanza. Avisáronse primero con el rey D. Juan, luego mediaron entre éste y los descontentos; vino en fin el castellano en desterrar al Condestable, consintió en devolver al Infante y al Monarca navarro las posesiones que anteriormente en Castilla les confiscara, pero mudado su ánimo alejóse de ellos. Tan rudo desengaño no fué sin embargo parte á que cedieran en la demanda; y como con la obstinación del rey de Navarra hacia continuo y persistente contraste la versatilidad de carácter del rey de Castilla, ocurrieron multitud de incidentes en que la fortuna tan pronto favorecía á unos como los entregaba á inesperadas decepciones. Finalmente, después de haber estado el último poco menos que en poder de nuestro Monarca, volvió D. Álvaro de Luna á apoderarse de su ánimo, y su facción por influjo del obispo Barrientos creció rápidamente. No por esto se dió la de sus contrarios
1445 por vencida; apelóse á las armas, consiguió aquella el triunfo en los campos de Olmedo, y el rey de Navarra viendo eclipsada su fortuna, partióse á Zaragoza abandonando la lucha, pero decidido á fomentar sin tregua las discordias de los castellanos.

Mientras fuera de Navarra ocurrían estos acontecimientos, tenían lugar en ella el casamiento del príncipe de Viana y la muerte de la Reina, ocurrida en su visita al monasterio de Santa María de Nieva. Con arreglo á las capitulaciones matrimoniales dispuso D.^a Blanca que, después de su muerte, pudiera el príncipe de Viana titularse según su derecho rey de Navarra y duque de Nemours: rogábase sin embargo que para usar dichos títulos solicitara en muestra de respeto el asentimiento de su padre, y ordenó finalmente que, si el Príncipe moría sin descendencia, heredase el trono la infanta D.^a Blanca, y faltando ésta su hermana doña Leonor.

Subió D. Carlos á la gobernación del Estado nombrándose Lugar-teniente del Rey su padre; añadió á su escudo de armas un hueso, al que roían por sus ex-

tremos dos lebreles, con esta leyenda: «Utrinque roditur», en alusión á los reyes de Francia y de Castilla que estábanle mermando sus dominios; y el año de 1448 sufrió la desgracia de perder á su esposa sin haber tenido prole.

Después de este suceso firmóse entre Aragón y Castilla una tregua de siete meses: durante ella perdió el rey de Navarra la fortaleza de Maulison, conquistada por las tropas francesas: tras esta nueva desventura volviéronse á romper las hostilidades con Castilla, y aunque suspendidas breve tiempo para concertar la paz, hizo imposible toda avenencia la rebeldía cierta ó aparente del castellano D. Pedro Girón, que resistió con las armas la entrega del maestrazgo de Calatrava acordada en las capitulaciones. Penetraron entonces los castellanos en Navarra, donde tras conquistar á Buradón cercaron á Estella. Falto de tropas el príncipe de Viana ó amante de la paz, trató de evitar el choque: avistóse á este fin con los caudillos invasores, y no sólo consiguió con su elocuencia que el rey de Castilla, su hijo y el Condestable levantaran el cerco, sino que se retirasen convertidos en sus aliados. 1450 1451

Sabedor el Monarca navarro del suceso, irritóse vivamente contra su hijo, y atropellando en su furor las leyes de la justicia y las prácticas de la prudencia, envió á su nueva esposa la castellana D.^a Juana Enríquez para que compartiese con el príncipe D. Carlos el gobierno de la Nación; contrafuero irritante, que había de herir profundamente los sentimientos de Navarra y fué creador de los bandos agramontés y beaumontés, origen de tantas perturbaciones y causa final de la destrucción del Reino.

Desde el momento en que se supo la decisión de D. Juan, muchos súbditos leales trataron de impedir que se tradujera en hechos aquel agravio inferido á quien era el verdadero rey de Navarra. Llevado el Príncipe de su respeto filial, rehusaba oponerse á la voluntad de su padre; mas no pudo menos de notificarle la indignación del Reino, aunque suavizando la crudeza del cargo con frase respetuosa. Sólo obtuvo por respuesta despreciativo silencio; unióse á tal amargura el trato altanero de D.^a Juana, y como ni el Príncipe podía tolerar á su madrastra lo que á su padre consentía, ni aun permitiéndole él hubiéranlo sufrido sus parciales, engendróse fatalmente la llamarada de la guerra.

Protestaban los adictos á D. Carlos del inicuo despojo del cetro, consumado por D. Juan; acaudillábalos el condestable D. Luis de Beaumont, y el opuesto bando, compuesto de los agraciados por el usurpador, era regido por el mariscal del Reino D. Felipe de Navarra, enemigo del Condestable. A la voz de su legítimo Soberano, Olite, Aibar, Tafalla, Pamplona y otros lugares alzáronse contra el tirano; encerróse en Estella D.^a Juana Enríquez; cercóla el príncipe de Viana acompañado del rey de Castilla, quien más que por favorecerle por dañar á D. Juan vino á prestarle ayuda. Sabedor éste de cuanto ocurría, aunque falto de sosiego para levantar un ejército, acudió á socorrer á su esposa; mas 1451

una vez llegado á la vista del enemigo, como notara la inferioridad numérica de sus tropas, retrocedió á Zaragoza. Ante esta retirada dieron los sitiadores por terminada la campaña; levantaron el cerco, regresó á sus Estados el rey de Castilla; pero mal conocían á D. Juan quienes le juzgaban capaz de abandonar la empresa: pronto volvió con mayores fuerzas, avistóse junto á Aibar con las del príncipe de Viana, desplegó éste las suyas, y ya iba á dar comienzo la batalla, cuando algunos varones religiosos interponiendo sus buenos oficios entre ambos campos, lograron evitarla. Firmóse una avenencia; pero los ejércitos que formados frente á frente contemplábanse con reconcentrada ira, comenzaron por denostarse, siguieron por trabar parciales escaramuzas y por fin vinieron á las manos. Hubo instante en que los del Príncipe se tuvieron por vencedores; mas redoblando su empuje los de D. Juan no tardaron arrebatarles la victoria. Hizo el valiente Príncipe prodigios de valor, pero tuvo al fin que rendirse prisionero. Sin querer verle su vencedor ordenó fuese encerrado en el castillo de Tafalla; desde éste fué conducido al de Mallén y más tarde al de Monroy, donde gimió largo tiempo sin esperanza.

1455 Las Cortes de Aragón que veían en él una inocente víctima, impetraron de D. Juan la libertad de su hijo; los mensajeros enviados en nombre de la ciudad de Pamplona obligaron á los aragoneses á redoblar sus ruegos, y aunque tardó D. Juan en sucumbir á la templanza, avínose al fin á libertar á D. Carlos, pero quedando en rehenes varios importantes caballeros. La guerra civil continuó sin embargo: inútiles fueron los trabajos empleados por la reina de Aragón para reconciliar á los dos bandos enemigos; sólo pudo lograr transitoria tregua á la que siguió nueva y más encarnizada lucha.

1457 Habíase confederado el rey D. Juan con su yerno el conde de Fox prometiéndole dejarle á su muerte los dominios que pertenecían á don Carlos; al comenzar pues, la nueva guerra, crecieron sus proporciones y aumentó el encono que la animaba. Tornó á salir á campaña doña Juana Enríquez; Valtierra, Mérida, Santacara y Aibar fueron conquistados por el merino de Tudela D. Martín de Peralta; y Rada, vencida también por él mismo, se vió talada bárbaramente no quedando en pie ni aun sus fuertes muros. Terminó esta guerra, fatal para el príncipe de Viana, con una cruenta acción librada en las cercanías de Estella; derrotadas sus tropas tuvo que abandonar el Reino y pasar á Nápoles para pedir auxilio á su tío el rey D. Alonso. Dejó para que le sustituyera á su canciller el valeroso capitán D. Juan de Beaumont, y éste, aunque con gran trabajo, sostuvo su bandera. Llegó por fin el enviado del rey de Nápoles Rodrigo Vidal: intentó concertar una avenencia entre padre é hijo; mas nada pudo recabar de D. Juan, quien ya en las Cortes agramontesas reunidas en Estella había conseguido no sólo que fuese desheredado D. Carlos, sino también la infanta D.^a Blanca, nombrando por sucesora en la corona á la infanta D.^a Leonor, casada con el conde de

Fox, ambos implacables enemigos del de Viana. En tanto las Cortes beaumontesas reunidas en Pamplona aclamaban á éste por su Rey. Disgustóle tal decisión hasta el punto de mandar que fuese anulada; también ordenó que sus parciales depusieran las armas previendo el riesgo que corrían los caballeros que como garantía de su libertad seguían en poder de su padre; y para hacer todo linage de esfuerzos en pro de la paz, escribió al rey de Castilla rogándole no diese alientos ni favor á sus parciales. Tan hidalga conducta no logró imponerse al odio de D. Juan: necesario fué que el rey D. Alonso tornase enviar nuevos mediadores; pero éstos lograron sólo una tregua de seis meses, y no fué poco conseguir también que, exceptuados los rehenes puestos por el Príncipe, se diera libertad á los prisioneros de ambas partes.

Falleció en tal ocasión el rey D. Alonso, dejando por heredero del trono de Nápoles á su hijo natural D. Fernando, y del de Aragón á su hermano D. Juan, por muerte del cual habría de pasar la corona al príncipe de Viana; mas como quiera que muchas ciudades y no pocos magnates del primero de aquellos Reinos desdeñaran á D. Fernando por causa de su bastardía y manifestaran á D. Carlos su deseo de coronarle, el nobilísimo Príncipe, llevado de los sentimientos más delicados, se negó á sus ruegos: abandonando á Nápoles dirigióse á Sicilia, vivió como particular, entregado al cultivo de la literatura, sus prendas de carácter le conquistaron el amor de los sicilianos, y tales fueron sus manifestaciones que llegaron á excitar la suspicacia de su padre. 1458

De aquel amable sosiego le sacaron las sentidas instancias de sus parciales y los no extinguidos rencores del rey D. Juan. Posesionado éste del trono de Aragón había entregado el gobierno de Navarra á la condesa de Fox, como fatal premisa de la herencia que con perjuicio de D. Carlos pensaba darle. Desembarcó el desdichado Príncipe en la costa de Cataluña, trató desde allí de conferenciar con D. Juan, mas por orden de éste tuvo que pasar á Mallorca. Escribióle entonces un mensaje lleno de sumisión y respeto: solicitaba en él que se le diera seguridad personal; que las Cortes volvieran á jurarle por heredero del trono; que se le devolviese su principado exceptuadas las fortalezas; que el gobierno de Navarra fuese entregado á un caballero de Aragón ageno á las parcialidades; que á la infanta D.^a Leonor se le restituyeran sus bienes; que se amnistiara á sus parciales confirmándoseles en sus bienes y oficios; que la mitad de sus rentas que se le ofrecían en Navarra le fueran asignadas en otra parte, y por último, que se tratara de su casamiento con la infanta portuguesa D.^a Catalina: prometía al propio tiempo, por su parte, entregar todos los castillos de su obediencia. 1459

Éstas y otras proposiciones encaminadas á evitar nuevas discordias en el Reino, sólo merecieron en muy pequeña parte la aprobación de D. Juan: sin embargo el generoso Príncipe suscribió á la avenencia, aunque contrariaba con 1460

ello la voluntad de sus partidarios, que al abandonar la custodia de las fortalezas quedaban á merced de su enemigo; y llevado de su amor filial puso en manos del rey de Aragón á su hermana la infanta D.^a Blanca y á sus hijos naturales D.^a Ana y D. Felipe, sin advertir que de este modo los encarcelaba y perdía.

Luego de terminado el pacto, sin solicitar el consentimiento de D. Juan á la sazón ausente de Cataluña, embarcóse para Barcelona; pero no quiso entrar en la ciudad que le preparaba ostentoso recibimiento, ni permitió que en su obsequio hiciera muestras de regocijo. Envió luego á Navarra un mensajero con letras para su padre, en las que con lo nocivo del clima se disculpaba de haber dejado Mallorca sin su licencia. D. Juan, siempre receloso, é irritado contra los barceloneses porque sin su mandato habían pretendido recibir á D. Carlos como á heredero del trono, ordenó que desde allí en adelante le consideraran y trataran como á cualesquiera otro de sus hijos, y dejando á Navarra partió para Barcelona.

Iba en compañía de la Reina, y el príncipe D. Carlos salió á recibirle hasta Igualada. En el camino postróse á los pies de su padre, pidióle perdón, besó la mano á su madrastra, recibieronle ambos con aparentes muestras de afecto, y con ellos entró alborozado en la capital de Cataluña. De corta duración fué su alegría: pronto vió que aquel aparente afecto de su padre era una máscara encubridora de mezquinos intereses; que en su proyectado casamiento con la Infanta portuguesa sólo obedecía D. Juan al deseo de conquistar la voluntad del rey D. Alonso, para combatir á D. Enrique de Castilla; que jamás se verificaría aquel enlace, y que su padre seguía siendo por tanto el enemigo de su porvenir y de su reposo. En estas circunstancias recibió una secreta embajada enviada por el monarca de Castilla, quien le ofrecía su ayuda y la mano de la infanta doña Isabel su hermana. Rehuyó el Príncipe dar una respuesta definitiva; mas como quedase inclinado á admitir la proposición de D. Enrique y llegara á saber el almirante de Castilla, hermano de D.^a Juana Enríquez, cuanto había pasado entre el embajador y el Príncipe, deseoso de dañar á éste púsolo en conocimiento de D. Juan; añadió á su revelación que D. Carlos trabajaba activamente para excitar á sus partidarios, que al próximo alzamiento de los beaumonteses seguiría sin duda el de los catalanes, y ante tales nuevas llamó D. Juan á su hijo.

Dispúsose D. Carlos á acudir á aquel llamamiento; previniéronle algunos leales servidores de las contingencias á que se expondría presentándose ante su irritado padre, aconsejóle un médico del propio Rey que fuese cauto, no le dieran *algún bocado de mala digestión*; mas nada pudo detener al noble Príncipe, compareció ante D. Juan, y D. Juan, sin oírle siquiera, mandó encerrarle en el castillo de Miravet.

Honda impresión produjo su encarcelamiento: Cataluña reclamó enérgica la libertad del Príncipe, y en vista de la ineficacia de sus palabras, ayudada por Castilla, levantó poderosas facciones. Temeroso de ellas el rey D. Juan atravesó

fugitivo los campos de Lérida, pasó por Fraga, y al fin buscó amparo en su ciudad de Zaragoza. Ya en ella, recelando de la indignación que pudieran inspirar al pueblo los daños y desórdenes que le achacaba, puso en libertad al Príncipe. Al verle libre hicieronle los catalanes magníficos festejos en que dieron á conocer el amor que le profesaban. Todos los Estados regidos por D. Juan disfrutaron entonces de quietud, y sólo Navarra que á la noticia de la prisión del Príncipe había empuñado con terrible furia las armas fraticidas, continuó entregada á intestina guerra.

1461

La nueva de su libertad fué recibida por unos como muestra de debilidad en el ánimo del Rey su padre, por otros como incentivo para seguir una campaña que debiera de terminar colocándole en el trono, y de uno ú otro modo, enardecidos y resueltos á no cejar en manera alguna, imploraron los agramonteses la cooperación de Castilla; concediósele este Reino y envió numerosísimas tropas que, cayendo como una avalancha, se apoderaron de Laguardia, Los-Arcos y San Vicente. Dirigiéronse luego sobre Viana; opúsoles esta heroica ciudad inaudita resistencia; mas la superioridad del número triunfó de su lealtad, no sin probar que hay derrotas que más que al vencedor honran al vencido.

Al poco tiempo de la libertad del Príncipe notóse que su salud decaía visiblemente. Tan rápidos eran los progresos del extraño mal que le aquejaba, que harto hacían ver minaba su existencia mortal veneno. Sus adeptos, que imputaban á D.^a Juana Enríquez el envenenamiento del Príncipe, para arrebatarle el premio de su criminal conducta aconsejéronle que se casara con D.^a Brianda Vaca, legitimando con este matrimonio á su hijo natural D. Felipe; mas el Príncipe no quiso consentirlo y falleció después de declarar por heredera del trono á su hermana D.^a Blanca.

Fué enterrado en el monasterio de Poblet donde se le veneró como á Santo, y su muerte produjo honda sensación en el Reino. Dejó á la posteridad importantes obras: un tratado de los milagros acaecidos en San Miguel de Excelsis, una crónica de Navarra, la traducción de las éticas de Aristóteles y otros diversos trabajos; fue, en suma, orador, poeta, literato y filósofo eminente, y en el año de 1515 el arzobispo de Tarragona de orden de la Santa Sede encargóse de hacer la información de la vida, virtudes y milagros del príncipe de Viana. Florecieron en su corte afamados trovadores como los Vianas y los Valtierra, mientras otros, también navarros, como los Stúñigas, mariscales de Castilla, añadían esplendor a las armas y letras de aquel Reino.

A su muerte no sólo retuvo el rey de Castilla la población de Viana, sino que prosiguió la guerra intentando inútilmente conquistar Lerín y Mendigorriá.

1462

Viendo que le volvía la espalda la fortuna, después de sufrir varias derrotas se retiró á Logroño; pero determinado como estaba á proseguir su empresa en circunstancias convenientes, cuando la rebelión de Cataluña unida á la inex-

tinguible guerra de Navarra puso al rey don Juan en gravísimo trance, propúsole deponer sus diferencias en manos del rey de Francia, á quien había prevenido de antemano. Aceptó el Monarca aragonés la proposición del castellano; verificóse
 1463 la entrevista, y decidió en ella Luis XI que el rey de Castilla cesara de tomar parte en la campaña de Cataluña; que por los gastos hechos hasta entonces abonara el rey D. Juan cierta suma, y finalmente, que le entregara el dominio de la merindad de Estella.

Cuando los navarros vieron amenazada con aquella decisión inicua la existencia del Reino, supieron ahogar la voz de sus respectivas particularidades: agramonteses y beaumonteses decididos, si era preciso, á sacrificarse en la defensa de la patria, elevaron al rey de Francia una digna representación protestando de la validez de aquella sentencia transgresora del espíritu del Fuero; quejáronse calurosamente de la conducta de su Rey, que acataba tan denigrante acuerdo; manifestaron su pensamiento de mudar de Soberano nombrando otro que mejor amparase y defendiera el Reino; y vista la enérgica actitud y general excitación de los navarros, Luis XI y Juan II determinaron secretamente revocar su acuerdo. Valiéronse á este fin de tortuosas maquinaciones: D. Juan prestó apoyo á la resistencia que la merindad de Estella había de oponer á entregarse al rey de Castilla, hízole en cambio entender éste su irrevocable decisión de mantener la concordia, y logró así que los pueblos navarros aparecieran en ostensible rebeldía con su Monarca, sin que el castellano pudiera quejarse de falta de cumplimiento en lo resuelto por Francia.

Tomó posesión Castilla de la villa de Los-arcos sin encontrar resistencia alguna, y bajo la promesa de que le serían guardados sus fueros, usos y libertades; pero cuando trató D. Enrique IV de penetrar en la ciudad de Estella, halló
 1463 sus puertas cerradas y le fué preciso ponerla cerco. Encontrábanse dentro de sus muros multitud de gentes del Reino sin distinción de bandos y unidas por una sola voluntad y un sólo pensamiento: veíase allí con nombre de rebelde al caudillo agramontés Mosén Pierres de Peralta, y ante la compacta unión y enérgica defensa de los estelleses, el rey de Castilla tuvo que levantar el sitio y retroceder con sus tropas.

Llegaron por fin una avenencia los reyes D. Juan y D. Enrique; á ella se siguió la tregua, firmada entre aquel Monarca y la parcialidad beamontesa en Tarragona: era una de las principales condiciones estipuladas, la libertad de la princesa D.^a Blanca, legítima heredera de la corona; mas el rey de Aragón, siempre desleal y artero, so pretexto de casar á la Princesa con el duque de Berry ordenó que bajo la custodia de Mosén Pierres de Peralta traspusiera el Pirineo. Condújola éste al castillo de Ortez, allí fué entregada al cuidado del Captal del Buch, y en aquella triste fortaleza, después de dos años de horribles sufrimientos, sucumbió envenenada por los ambiciosos condes de Fox.

Vinieron éstos á Navarra como gobernadores del Reino, titulándose príncipes de Viana; y como en ellos la ambición era insaciable, aprovechando los trastornos de Cataluña y Castilla que debilitaban el poder de sus respectivos Soberanos, quisieron alzarse con la corona de Navarra. Para conseguir el amor de sus naturales pretendieron recuperar con las armas las tierras arrebatadas al Reino por Castilla. Invadió el Conde con sus tropas francesas los dominios de D. Enrique, ganó á Calahorra y cercó á Alfaró; mas luego, forzado á levantar el asedio y perdida aquella población, marchóse á Bearne avergonzado y temeroso. 1466

Altas consideraciones detuvieron la indignación del rey D. Juan ante aquellos hechos, y ellas le movieron á permitir, después de establecida una concordia, que D.^a Leonor siguiera en el gobierno de Navarra; acuerdo que resultó beneficioso, pues durante su mando el obispo D. Nicolás de Chávarri y D. Luis de Beaumont libertaron á Viana del yugo castellano. 1468

Después de este suceso tuvo lugar la muerte de la reina D.^a Juana Enríquez, madre de D. Fernando el Católico: falleció víctima de un cáncer, que á luego de haber muerto el príncipe de Viana, según se cree envenenado por ella, comenzó á roerle el pecho izquierdo; y es fama que se le oyó exclamar repetidas veces dirigiéndose á D. Fernando: ¡Oh hijo, y qué caro me cuestas!...

Fomentada por la ambición del conde de Fox y por el odio inextinguible de los beaumonteses al rey D. Juan, volvió á encenderse en Navarra la civil contienda. En breve plazo apoderóse D. Gastón de la mayor parte del Reino y puso cerco á Tudela: socorrióla á tiempo D. Juan abandonando un instante la guerra de Cataluña, debilitada por muerte de su principal caudillo el duque de Anjou; alentó su presencia á los agramonteses, y el príncipe don Gastón aconsejado de sus parciales juzgó conveniente prescindir de la fuerza por seguir el camino de la diplomacia. Volvieron entonces las cosas á su anterior estado, aunque no se pudiera concluir ni firmar las negociaciones por la repentina ausencia de D. Juan, que precisado por las circunstancias, hubo de trasladarse á Cataluña. Retiróse D. Gaston de Fox á su principado de Bearne, ocurrió entonces el fallecimiento de su hijo primogénito, muerto en un torneo en la población de Liburne, y en tanto que el desdichado padre dedicaba los días á llorar su desgracia, aconteció en Navarra un lamentable suceso que vino á exasperar los ánimos nunca serenos de las parcialidades. 1469

Irritado Mosén Pierres de Peralta contra su antiguo amigo el obispo D. Nicolás de Chávarri que á la sazón estaba en gran predicamento con la princesa D.^a Leonor, después de acaloradísimo debate sostenido con él en las Cortes reunidas en Olite para procurar el fin de los bandos, asesinóle á lanzadas cerca del convento de San Francisco de Tafalla, donde accidentalmente residía la Princesa. El gobernador del Obispado excomulgó á Mosén Pierres y éste se revolvió contra

1470 el Gobernador escribiéndole una carta amenazadora; ordenaron las Cortes á la Reina procediese contra el asesino, pero el Rey que se abocó la causa llevado de su amor al Condestable, dejó impune el delito.

1471 A las continuas quejas de los naturales ya no limitadas á pedir justicia contra Mosén Pierres, y á las repetidas instancias de los nuevos príncipes de Viana que sobre diversos asuntos exigían lo que sólo pudieran siendo Soberanos, decidió el rey D. Juan celebrar en Olite una entrevista secreta con D.^a Leonor, deseoso de extinguir los bandos y de terminar aquellos pactos no concluidos por su repentina ausencia. De los acuerdos tomados supo el Reino únicamente lo que convenía al Rey hacer público: fueron los más importantes, que todos reconocieran y obedeciesen al rey D. Juan; que durante su ausencia, los Príncipes, como gobernadores del Reino, velarían por el mantenimiento de sus fueros, y que ni aquel ni estos podrían jamás enagenar territorios pertenecientes á Navarra; que las Cortes jurarían mantenerse unidas para que el Rey y los Príncipes cumpliesen lo pactado, y finalmente, que se concedería general amnistía, dándose libertad á los prisioneros de ambas parcialidades. Quedaron exceptuadas de esta cláusula las cuestiones habidas entre el conde de Lerín D. Juan Beaumont y D. Carlos de Artieda con el mariscal del Reino D. Pedro de Navarra y el condestable de Navarra Mosén Pierres de Peralta, y se ordenó á éstos que en el término de doce días compareciesen, ante el Rey á pedir justicia, so pena de ser tenidos por rebeldes y contumaces.

Por ser de su Rey aviniéronse fácilmente los agramonteses con aquellas resoluciones; pero los beaumonteses juzgáronse postergados en el favor de la Princesa por quien tantas veces habían combatido, y creyendo que su ejecución había de ser causa de su ruina, pidieron tiempo para reflexionar antes de acatarlas.

Harto comprendió la Princesa que, aquella demora era buscar ocasión para prevenirse combatirlas; decidióse por tanto á conseguir con la fuerza lo que resistía á la astucia. Trabó secretas relaciones con los agramonteses de Pamplona y notificó al de Lerín su intento de visitar la ciudad en compañía del mariscal D. Pedro de Navarra. Respondió el Conde que fuese en hora buena; mas no como Gobernadora sino como Reina, suplicándole al propio tiempo que no llevará consigo al Mariscal, á fin de evitar contrariedades. Y como después de dada tal respuesta se dirigiese á Lerín dejando en Pamplona á su hermano D. Felipe, varió su plan D.^a Leonor, y el Mariscal decidió ganar la ciudad por un golpe de mano.

1471 Debía llegar de noche con su gente á la puerta de la Zapatería, abríale el regidor Ugarrá, y acudiendo entonces el grueso de sus parciales, en breve instante se enseñorearía de Pamplona. Puso en ejecución su proyecto, pero vendióle su

impaciencia: sintiendo el mozo de un horno que alguien trataba de forzar la expresada puerta, llamó la atención de su amo: como los tiempos eran de revueltas y la posesión de Pamplona codiciada, dió este hombre conocimiento á D. Felipe de Beaumont del rumor creciente que percibía. Puesto ya D. Felipe sobre aviso, y no cabiéndole duda de que se intentaba una sorpresa, mandó tocar al arma, y disponíase á rechazar la agresión al frente de sus soldados, á tiempo que favorecidos por el regidor Ugarrá entraban ya en la ciudad los agramonteses. Cayó sobre ellos D. Felipe con extraordinario denuedo, trabóse entre las sombras la pelea y fué tan sangrienta como breve. El Mariscal que en el primer instante había avanzado impetuoso, tuvo que replegarse á la «Casa de la Moneda», hoy escuela de San Francisco; pero fué inútil su esfuerzo desesperado. Cercáronle por todas partes los airados beaumonteses, y él y todos los suyos sucumbieron al filo de sus espadas. Lo atrevido de la sorpresa, la oscuridad de la noche, lo inseguro de la lucha entre sus tinieblas, acrecentaron el ardor de ambas facciones. Todo hombre que se hallaba al alcance del acero era tomado como enemigo, el ansia de matar los cegaba á todos, y así cuando la primera claridad del día vino á hacer patente el extrago, viéronse las calles rebosar en cadáveres sangrientos, que no sólo pertenecían á las dos huestes enemigas sino á ciudadanos de Pamplona, tal vez agramonteses, pero ajenos á los despiadados odios de la refriega.

Irritada D.^a Leonor con la noticia del descalabro sufrido en Pamplona por los agramonteses, hizo que fuesen declarados reos de lesa magestad el conde de Lerín, su hermano D. Felipe y otros beaumonteses, los que como tales fueron condenados á pena de muerte y confiscación de bienes. Al propio tiempo el conde de Fox, que se dirigía á Navarra con objeto de reprimir las turbulencias, enfermó repentinamente al traspasar el Pirineo y falleció en la colegiata de Roncesvalles. 1472

Honda impresión hizo su muerte en el ánimo de D.^a Leonor, pero no debilitó su energía: resuelta á combatir la rebelión por cuantos medios tuviera á su alcance, reunió cortes en Olite, organizó un ejército, admitió en su gracia á Mosén Pierres y con su eficaz auxilio pudo libertar á Mendigorria del apretado asedio que le pusiera el conde de Lerín, asedio en el que peleó con tal denuedo, que á no estar empleado en una lucha fratricida merecería los cantos de la fama.

Con creciente enojo se combatían las facciones cuando el rey de Castilla D. Fernando el Católico tomó á su cargo la empresa de reconciliarlas. Para lograrlo avistóse con los caudillos enemigos Mosén Pierres de Peralta y el conde de Lerín; obtuvo de ellos una tregua; pero fué la desgracia de Navarra que el castellano se apasionara de los beaumonteses como su padre el rey D. Juan lo estaba de la parcialidad contraria. Contando ambas con tan firmes apoyos hiciéronse más soberbias, y en lugar de apaciguarse el odio, se renovó la lucha. 1475

1476 Instados entonces por D.^a Leonor y por algunos naturales, agenos á las mezquindades de partido, juntáronse en Vitoria los reyes D. Juan y D. Fernando. Era el objeto de su entrevista la pacificación de Navarra; concurrió á las conferencias la princesa D.^a Leonor, mas nada se obtuvo en ellas; sólo fueron provechosas á don Fernando, quien bajo especiosas razones logró que se acordara cederle la merindad de Estella. Al tener noticia de esta resolución, uniéronse las parcialidades evitando con su actitud enérgica que se quebrantara la integridad del Reino; mas no pudieron impedir que pasaran á poder del ambicioso castellano los pueblos de Larraga, Miranda y Bernedo, entregados inícuamente por el rey D. Juan y por la Princesa.

Como las conferencias celebradas en Vitoria no habían producido los apetecidos resultados, volviéronse á reunir los dos Monarcas en la ermita de Nuestra Señora de Mismanos; acudieron asimismo Mosén Pierres de Peralta y el conde de Lerín y depusieron en aquellos sus diferencias. Difícil era sin embargo llegar en el acto á una concordia definitiva; juzgándolo así los reyes D. Juan y D. Fernando acordaron que se estableciera entre los dos bandos una tregua de ocho meses, espacio de tiempo suficiente para escojer el medio más oportuno de armonizar los encontrados intereses de las parcialidades; é ínterin llevaban á cabo la avenencia decidieron que fueran depositadas en manos del rey de Castilla varias plazas fuertes. Al propio tiempo recelando que la princesa D.^a Magdalena, que con su hijo el heredero del trono navarro residía en Pau, llevara á mal estos acuerdos, enviáronla un mensajero, que al participarla lo determinado, la persuadiera de los desvelos é interés con que procuraban la ventura de Navarra. Hábil y elocuente era el mensajero; mas no pudo ocultar á D.^a Magdalena los peligros que amenazaban á la Nación, puesta á merced de dos Soberanos tan ambiciosos como D. Juan y D. Fernando.

1477 Pasaron los meses de la tregua sin que dictaran sentencia alguna, y como ambos Monarcas tendían á perpetuar la división de los navarros con objeto de manejar el Reino á su albedrío, tan pérfida conducta dió pronto los apetecidos resultados. Rebeláronse el conde de Lerín y el merino de Estella; tomó el primero la villa de Eztúñiga y alzóse el segundo con Estella y su fortaleza; recobróla luego D.^a Leonor, é irritada ante aquel nuevo desacato, despojó al sedicioso Conde de todos sus Estados. Adquirióse con esto un enemigo irreconciliable y un nuevo escollo para llegar al remedio que requerían los males de Navarra; y cuando D. Juan trataba al parecer de conseguirlo hasta donde le fuera posible
1479 casando la Princesa con el conde de Medinaceli, falleció en Barcelona dejando funesta memoria de sus desaciertos y proverbial fama de sus prodigalidades. De él se solía decir que había estimado al Reino como propio y que lo había tratado como ageno.

DOÑA LEONOR

Después de tantas luchas como la princesa D.^a Leonor sostuvo para lograr ceñirse la corona, falleció á los quince días de ocupar el trono, siendo enterrada en el convento de San Francisco de Tafalla.

D. FRANCISCO FEBO

A D.^a Leonor sucedió su nieto D. Francisco, llamado Febo por su excepcional hermosura. Subió á reinar cuando las facciones llenaban de espanto el Reino, y la sexta merindad ó Baja Navarra era el único territorio que permanecía fiel al Soberano. Andaban en aquel tiempo la ambición y el odio vestidos con el disfraz del patriotismo: todos se tenían por leales al Rey; y eran tales el furor y encono de los bandos, que no conocían rémora ni freno, perdiéndose las voces de la patria, entre el fragor de los encarnizados choques. 1479

En vano la princesa D.^a Magdalena, madre y tutora del joven Monarca, acompañada de su cuñado el infante cardenal D. Pedro de Fox, á quien dió el cargo de Virey, quiso allanar las dificultades que se oponían al bien del Estado; todo fué inútil. La conquista de la población de Viana verificada por el mariscal D. Felipe, y su indigna entrega á las tropas de D. Fernando que tomaron posesión de ella en nombre del rey de Castilla, exaltó los ánimos de la facción beaumontesa. Arrojóse el de Lerín á recobrar la plaza y la hizo suya; apoderóse luego de Larraga, cayó sobre Miranda, guarnecida como las anteriores por tropas castellanas, y también esta población cedió á los fieros ímpetus del Conde, quien hizo ahogar á los principales capitanes.

Afanábase entre tanto la princesa D.^a Magdalena por apaciguar la contienda civil; ardua era su empresa pero lo consiguió en el instante mismo en que la lucha estaba en su apogeo. Bajo la base del casamiento del mariscal D. Felipe con una hija del conde de Lerín firmóse la concordia; mas D. Fernando el Católico, que había contribuido públicamente á esta avenencia, trabajaba en secreto por medio de sus capitanes en promover nuevas turbaciones. Quería exacerbar el encono de las parcialidades para conservar incólume su influencia, y pronto vió realizados sus propósitos. Lograron sus intrigas no sólo retraer al mariscal del proyectado enlace sino que hablara del Conde en términos altamente injuriosos. Irritado el caudillo beaumontés juró tomar cumplida venganza de aquella ofensa, y llevóla á efecto matando al Mariscal junto al monasterio de la Oliva. 1480

Indignados los agramonteses aprestáronse á vengar la muerte de su jefe; faltábales un caudillo que los guiase á la pelea; era el nuevo Mariscal muy joven y Mosén Pierres muy anciano. Aprovechando aquella demora envió la Princesa al infante cardenal D. Pedro de Fox y á su hermano D. Jaime, para que á todo trance impidieran el rompimiento de la tregua. Hicieron éstos cuanto cabía en 1481

lo posible; mas como resultaran ineficaces sus esfuerzos, pusieron los ojos en el rey D. Fernando, esperando el remedio del mismo promovedor de los daños. Reuniéronse por segunda vez las Cortes, ya que de las primeras juntas nada se había conseguido; acordaron aquellas la pronta venida del Monarca, y D. Fernando aplaudió la resolución sin reservas, juzgando, tal vez, que redundaría en descrédito del Soberano.

1482 Vino éste á Navarra, como Navarra lo quería; á su coronación concurrieron los jefes de las parcialidades; recorrió luego las principales poblaciones del Reino, y atrayéndose con acertadas medidas el amor de sus vasallos infundió á todos alhagüeñas esperanzas: fueron de corta duración, porque al poco tiempo
1483 murió envenenado. Recayeron las sospechas de este horrendo crimen en el conde de Lerín y en el rey D. Fernando de Castilla; nada se puede asegurar; pero ambos hubieran sido capaces de cometerlo si lo juzgaran conveniente á sus intereses.

DOÑA CATALINA

1483 Bajo la tutoría y gobierno de su madre doña Magdalena, á la edad de trece años ocupó el trono esta Princesa, hermana del malogrado Monarca. Enviados por aquella vinieron el Infante Cardenal y su hermano D. Jaime á recibir el juramento de las Cortes, que lo prestaron sin oposición alguna; y como el Cardenal de acuerdo con los beaumonteses concibiera el proyecto de casar á D.^a Catalina con el príncipe D. Juan primogénito de Castilla, D.^a Magdalena, opuesta á tal unión, le retiró los poderes que para gobernar el Reino en compañía D. Jaime le había dado.

A este tiempo D. Juan de Fox, señor de Narbona y tío de D.^a Catalina, invocando la ley sálica que nunca existió en Navarra, hizo pública su aspiración á ocupar el trono: al propio tiempo el rey D. Fernando enviaba sus embajadores á D.^a Magdalena solicitando para su hijo, niño de pocos meses, la mano de la Reina; y por si su pretensión era desatendida, llenaba de soldados la frontera, indicando cuáles y cuán irrevocables eran sus designios.

Consultó la Princesa al rey de Francia acerca de la conducta que debía seguir en tan difícil trance, y el consejo de Luis XI se redujo á excitarle á que se negara á las instancias de don Fernando.

Vista la crítica situación del Reino, cercado como estaba de poderosos enemigos, quiso doña Magdalena ganar tiempo, á cuyo fin no dió respuesta categórica al castellano, entreteniéndole con palabras de interpretación ambigua; pero las Cortes beaumontesas quejáronse á D.^a Magdalena de que se dilataban demasiado los desposorios de la Reina con el príncipe de Castilla; de que permanecía con la Reina fuera de Navarra; de que trataba de casarla con persona
1484

de inferior calidad, y añadiendo á la queja la amenaza hiciéronle presente que mientras sus observaciones no fuesen atendidas dejarían de obedecerla, y ni tendrían por su soberana á D.^a Catalina, ni acatarían otra voluntad que la del cardenal D. Pedro.

Al par que los beaumonteses tomaban estos acuerdos sediciosos para obligar á D.^a Magdalena á resolverse, Castilla introducía sus tropas en Navarra y por todos los medios imaginables procuraba captarse la amistad de pueblos y magnates. El capitán castellano D. Juan de Ribera se apoderó de Viana, y el conde de Lerín que siempre había mostrado ánimo de combatir porque el trono de Navarra no pasara á Príncipe extraño ni saliera de su legítimo heredero, llevado de resentimientos que en los parciales engendran las luchas de partido, abandonó su antigua bandera, mostróse defensor del extranjero y volvió sus armas contra la patria. El bando agramontés convirtiése por el contrario en defensor de la legitimidad, y la ciudad de Tudela mantenedora del partido beaumontés abrió sus puertas al enemigo pactando su separación de Navarra: ¡á tal punto conduce el extravío de las pasiones!

Se desvaneció aquella tormenta por la interesada y astuta mediación del rey D. Fernando, y la princesa D.^a Magdalena queriendo poner el cetro en manos vigorosas, se apresuró á casar á D.^a Catalina con D. Juan de Albret ó Labrit, hijo de Aman, que poseía grandes Estados en la Guyena y en el interior de Francia.

D. JUAN III Y D.^a CATALINA

Unía D. Juan á la hermosura del cuerpo la del alma; eran sus dotes de mando excepcionales, y hubiera sido excelente Monarca viviendo en otro tiempo y siendo otro el carácter que imprimió la época á los demás Reyes sus convecinos y aun á sus propios vasallos. 1486

Apenas empuñó el cetro se atrajo con sus liberalidades la voluntad de los beaumonteses; mandó á su padre por gobernador del Reino y por Lugar-teniente en ausencias de aquél al señor de Avenes. La generosa política del de Labrit proporcionó al Reino gran sosiego. Púsose en relación con Castilla, y obligándose con don Fernando á prestarle ayuda en la campaña del Rosellón, logró que se devolvieran á Navarra las poblaciones usurpadas desde la muerte del rey Febo, así como también que fuesen evacuadas las plazas guarnecidas por D. Fernando. 1488

Una vez obtenidos tan favorables resultados ausentóse el prudente Gobernador, embarcándose en la flota que zarpó de San Sebastián. A luego de su marcha el ingrato conde de Lerín nombrado Condestable por el rey D. Juan, quiso volver á sus antiguas maquinaciones; ante su dudosa actitud determinaron los Reyes gobernar la Nación por sí mismos, y dejando sus estados de Francia vinieron á Navarra. Todas las poblaciones le recibieron con muestras de excep-

cional cariño; mas cuando pretendieron entrar en Pamplona, Pamplona dominada por el Condestable les cerró las puertas, dando lugar á un conflicto cuyas consecuencias hubieran sido desastrosas á no avenirse el inquieto magnate á obedecerles.

1494 Verificóse entonces la coronación y al poco tiempo rebelóse nuevamente el Condestable; siguióse presto una tregua de veinte días y á la tregua la paz; no duró mucho, porque el ambicioso Conde tornó á quebrantarla; mas como llevase en la guerra la peor parte interpuso el castellano su influencia, logró salvarle, y
1496 por sus buenos oficios se dió por terminada la campaña. Quedaron en tercería bajo el poder de D. Fernando las tierras del Condestable; pero éste obtuvo en cambio el título de marqués de Huéscar, la posesión de dicha villa y cuatrocientos mil maravedís de renta anual, de los cuales doscientos mil eran de merced. Todos estos bienes le fueron otorgados por el rey de Castilla, quien desde aquel momento le tomó completamente á su servicio.

Los reyes de Navarra que se desvelaban por el bien de la Monarquía, lograron del castellano la restitución de los lugares de San Vicente y Bernedo, así como también los castillos de Toro y Herrera, amén de otros lugares que indebidamente retenía. Enviáronle luego dos mensajeros que procurasen recabar la devolución de varios Estados á que alegaban derecho por el contrato matrimonial del rey D. Juan II y de la reina D.^a Blanca; pero sus instancias sólo sirvieron *para despertar más á quien no dormía.*

Propuso entonces D. Fernando al conde de Lerín que le cediera sus feudos de Navarra por otros tres veces mayores en Castilla; negóse el Conde á la pretensión de D. Fernando, y como llegara la proposición á noticia de nuestros Reyes, entraron en vivo cuidado por la gravedad que entrañaba.

1500 Pasó D. Juan á conferenciar con D. Fernando: éste en vez de ceder hizo á D. Juan la misma proposición que al Conde: preparóse D. Juan á explorar el ánimo del de Lerín, por si dado su mudable carácter podía venir en ella; respondió que «no debía trocar almenas por plata», y esa patriótica frase fué el comienzo de la reconciliación entre D. Juan y el Condestable.

Volvió el primero á Navarra y á poco tiempo volvió también á su patria el
1501 Conde. Hubo entonces una era de paz que aprovecharon nuestros Monarcas para reformar el patrimonio real y corregir algunos vicios administrativos; mas muy en breve el funesto Conde reunió á sus parciales y volvió á turbar el sosiego. Suplicaron nuestros Reyes al de Castilla que no le diera favor en contra suya; pidiósele al propio tiempo la restitución de los lugares usurpados en el principado de Viana, así como también el dinero y las tierras que Aragón y Castilla retenían injustamente. Sólo en muy pequeña parte dió asenso D. Fernando á la solicitud,
1504 y á no ocurrir la muerte de D.^a Isabel la Católica que le puso en apretado trance

por las pretensiones del archiduque D. Felipe, no hubiese tardado en manifestar sus propósitos conquistadores.

Comenzaban á romperse las hostilidades entre los Monarcas y el de Lerín, cuando llegó á Navarra el célebre duque de Valentinois César Borja, cuñado de D. Juan. 1506

Recibióle éste afectuosamente, le nombró caudillo de sus tropas, y después de intentar en vano la conquista de Larraga, puso apretado cerco al castillo de Viana. Favorecido el Condestable por la oscuridad de tormentosa noche, aproximó sus tropas y socorrió con víveres la fortaleza. Apercibióse del movimiento el de Valentinois á la mañana siguiente, corrió en persecución de los enemigos, pero más valeroso que afortunado, recibió la muerte, siendo despojado de sus artísticas armas y riquísimas vestiduras. 1507

Por fin ganó D. Juan el castillo de Viana y la población de Larraga. Hallábase próximo el total vencimiento de los rebeldes cuando se recibió un extraño mensaje de Castilla: en él requeríase al Rey navarro para que no procediese contra el Conde por vías de fuerza. Manifestó D. Juan el asombro que tal mensaje le producía; añadió que sólo si el Conde volvía á la obediencia le perdonaría sus yerros; mas éste resistiéndose con su soberbia habitual á todo género de avenencias, siguió solicitando el auxilio del castellano, diciendo *que él le debía proteger, puesto que por él se perdía.*

Dilatadas fueron las negociaciones derivadas de aquel mensaje. En el ínterin apoderóse don Juan de todos los pueblos rebeldes, y el jefe beaumontés falto de auxilios pasó á Aragón, donde falleció al poco tiempo.

Para daño de Navarra dejó en su hijo don Luis sus tradiciones y su carácter: como se hallaba expatriado y sólo tendía á recuperar sus dominios, solicitó á su vez la protección de Castilla; la obtuvo, y por medio del embajador Pedro de Ontañón fueron expuestas á nuestro Rey sus pretensiones. Los capciosos razonamientos del Embajador introdujeron la desconfianza en el animo de D. Juan. Patente creyó ver la deslealtad de D. Fernando; advirtió así mismo que su conducta tendía más que al bien de D. Luis á tener en Navarra un poderoso adepto, y negóse resueltamente á todo género de acomodo. 1509

Viendo su plan frustrado, determinó el rey de Castilla invadir Navarra, remitiendo á las armas lo que no alcanzaba con la intriga. A este fin ordenó secretamente á su capitán don Juan de Ribera que ayudase á D. Luis en el recobro de sus Estados; determinó también que Guipúzcoa, Álava y Vizcaya se aprestaran á la lucha, y ordenó finalmente á Calahorra y Alfaro que alojaran á los soldados del Conde. Dispúsose Navarra á rechazar la agresión; ante su entereza varió de táctica el castellano, y recurriendo de nuevo á la doblez mandó á D. Luis que no hiciese guerra abierta, sino por vía de *maña, furto y trato.*

1510 Por este tiempo dirimió D. Fernando sus diferencias con su yerno el archiduque de Austria. Entró pues en plena posesión del reino de Castilla, y en su consecuencia, las esperanzas de paz se desvanecieron en Navarra. Agravó la situación crítica del rey D. Juan la proposición que le hizo el Monarca francés, protector del señor de Narbona, relativa á cesión de territorio; y quizá en esta ocasión hubiese peligrado la integridad del Reino, si asuntos de mayor importancia no distrajesen á Luis XII de aquella empresa, paralizando á la par la actividad funesta de D. Fernando.

1511 La sangrienta campaña de Italia mantenida por Francia y por Castilla, y en cuyas militares jornadas cubriéronse de gloria dos célebres navarros, Pedro de Bereterra, conde de Oliveto, y Gastón de Fox, tenidos por los mejores capitanes de su siglo, permitieron á Navarra un instante de sosiego no exento de hondas inquietudes. Respondiendo á ellas, las Cortes en Tudela reunidas prometieron á sus Soberanos ejecutar en defensa del Reino los mayores sacrificios, y ante aquella unión compacta y aquel entusiasmo decidido trató D. Fernando de adormecer la suspicacia de las víctimas que se disponía á inmolar. A este fin ocultó sus miras ambiciosas, dió indirectamente á Navarra todo género de seguridades, y procuró convencerla de que sus proyectos belicosos habían sido totalmente abandonados.

1512 Terminóse luego la guerra de Italia dando por resultado la total expulsión de los franceses. Luis XII, rodeado de enemigos y teniendo en contra suya hasta el Romano Pontífice que se disponía excomulgarle, solicitó la amistad de Navarra. Vaciló mucho D. Juan antes de aceptarla; pero influido por la necesidad de mantener en su obediencia el Señorío de Bearn que el parlamento de Tolosa había declarado feudo de la corona francesa, aceptó sus proposiciones. Hízose en su consecuencia el oportuno tratado; mas cuidó el rey de Navarra de manifestar en él que no se obligaba tomar parte en guerra que fuese en contra del Papa, ni en contra de D. Fernando.

Hallábase D. Juan en estos importantes asuntos, cuando el rey de Castilla mostrándose descontento de las seguridades que el último tratado de paz hecho con Navarra le ofrecía, so pretexto de ratificar la neutralidad de este Reino en la guerra que auxiliado por Inglaterra intentaba emprender contra Francia, exigió que se le entregaran algunas fortalezas. Indignadas las Cortes ante la nueva pretensión de Castilla, votaron el armamento de trescientos ginetes y cuatro mil infantes. ¡Previsión tardía!

Reunióse en Vitoria el ejército de D. Fernando. Formaba parte de él D. Luis de Beaumont, quien sostenía con sus parciales estrechas relaciones encaminadas, más que á la ruina de los agramonteses, á la de todo el Reino. Llegó la armada inglesa al puerto de Pasajes donde desembarcó cinco mil hombres, y el rey D. Juan, ante el manifiesto peligro de su situación, dió al castellano nuevas seguridades de la neutralidad de su Reino. Prevalido de ella pidió don Fernando

que al ejército de diez y seis mil combatientes que dirigía contra Bayona se le diera franco paso por Navarra. Fuéle concedido, y al punto se erigió en invasora aquella crecida hueste que comandaba el célebre general D. Fadrique de Toledo, duque de Alba. Púsose en cinco jornadas á la vista de Pamplona y acampó á dos leguas de la ciudad. Envióle ésta mensajeros para detenerle en esperanza de socorro; dióle aquel por respuesta, «que no era estilo dictar leyes los vencidos á los vencedores», y tomando pie de la alianza del rey D. Juan con el Monarca francés, excomulgado ya por Julio II á causa del conciliábulo de Pisa, hizo entender á los pamploneses por medio de una pretendida bula pontificia amañada por D. Fernando, que el rey D. Juan estaba excomulgado también «como fautor de los cismáticos franceses», y que por tanto la excomunión alcanzaría á cuantos le defendiesen.

Tan grande brecha hizo aquella reprobable farsa en la piedad de los pamploneses, que *con vivo dolor de sus corazones, pero temerosos de incurrir en las censuras de la Iglesia*, entregáronse al enemigo, previo el juramento de mantenerles sus fueros y libertades. El rey D. Juan, juzgándose perdido, se había encaminado á Lumbier donde se le unieron muchos caballeros resueltos á levantar un ejército; pero viendo que Francisco de Orleans, duque de Longeville, en lugar de incorporársele con sus tropas como lo había ordenado el rey de Francia, se ocupaba en impedir el desembarco de los ingleses en las costas francesas, no tuvo otro remedio que refugiarse en sus dominios de allende los Pirineos.

En tanto un nuevo ejército castellano comandado por el arzobispo de Zaragoza, hijo natural de D. Fernando, penetraba por la frontera de Aragón. Protegido el invasor por los beaumonteses y fortalecido su poder con la apócrifa bula antes citada, rindiósele en breve espacio todo el Reino, siendo la valerosa Tudela la última población que se redujo á obedecerle.

Mientras esta ciudad estaba en negociaciones con el rey de Castilla, enviaba éste al duque de Alba poderosos refuerzos para intentar la conquista de los Estados franceses pertenecientes al Monarca navarro, y siguiendo los procedimientos de su falaz política encomendaba al obispo de Zamora D. Antonio Acuña, titulado su Embajador, la misión de inquirir los proyectos que nuestros Soberanos abrigaban para recuperar el Reino; y fingiendo ser el objeto de todos sus hechos de conquista el dañar á su enemigo el rey de Francia, le ordenaba prometiese á nuestros destronados Reyes la devolución de la corona, si era preciso, con tal de apartarlos de la amistad de Luis XII; intriga que no prevaleció y que iba encaminada á sumirlos en el más completo aislamiento.

Cuando tuvo en su poder toda Navarra, olvidóse D. Fernando de su amistad con Inglaterra y de la guerra contra Francia, ofreciendo en cambio ayuda á su *excomulgado Rey* para la recuperación de Milán, con tal que le prometiese no tomar parte en los asuntos de Navarra. Negóse el Monarca francés á escuchar

sus proposiciones y determinó auxiliar al Rey navarro. Formáronse tres cuerpos de ejército á las órdenes de éste, del Delfín, conde de Angulema y del duque de Montpensier, compuestos de tropas francesas y de siete mil navarros que logró reunir la parcialidad agramontesa.

Las dos últimas huestes invadieron la provincia de Guipúzcoa, y la primera, trasponiendo el Pirineo por entre Roncal y Aézcoa, cayó sobre Burguete, plaza fuerte guarnecida por numerosas tropas. Ganóla D. Juan por asalto á costa de considerables pérdidas, y después de pasar á cuchillo á sus defensores, en vez de tomar los pasos de Roncesvalles para cortar la retirada al duque de Alba que se hallaba en San Juan Pie del Puerto, dejó libres aquellas gargantas por donde el Duque con sus soldados retrocedió á Pamplona, en cuya plaza concentró todas sus fuerzas receloso de un movimiento popular, mientras los caudillos beaumonteses conquistaban Monjardín, Estella y Bernedo.

Llegó el rey D. Juan ante Pamplona; mas no teniendo fuerzas para cercar toda la ciudad, combatió solamente la puerta de San Nicolás donde plantó su campamento. Logró abrir brecha en el muro y dió un asalto; mas fué rechazado después de sangrienta lucha, y sabedor de que llegaban nuevos ejércitos de Castilla, decidióse á levantar el asedio. Fué en esta sazón cuando noventa y cinco roncaleses destruyeron á seiscientos aragoneses enviados en socorro de Pamplona por el arzobispo de Zaragoza; mas viendo el Monarca navarro la inferioridad numérica de su hueste y que no se unían con la suya el conde de Angulema ni el duque de Montpensier, determinó volver á Francia atravesando los desfiladeros de Velate y Elizondo. En ellos la retaguardia del ejército, acometida por montañeses de Navarra y Guipúzcoa, perdió doce cañones que Guipúzcoa, por ejecutoria de la reina D.^a Juana ostenta en su escudo de armas.

1513 Vióse la sazón en grave conflicto el rey de Francia combatido por Inglaterra y por Castilla; propúsole D. Fernando una tregua en que se comprendieran los súbditos y estados de ambas Monarquías; aceptóla gustoso Luis XII, y el rey D. Juan imposibilitado de levantar tropas en Bearne y en Gascuña por ser feudos de Francia, quedó por el momento reducido á inacción completa.

Aunque D. Fernando había jurado los fueros de Navarra como Soberano suyo, y su juramento había sido ratificado en las Cortes de Pamplona por su virey D. Diego Fernández de Córdoba, siendo en su consecuencia admitido
1514 por el Reino como Monarca, titulóse depositario del Reino mientras conservó esperanzas de tener sucesión en D.^a Germana de Fox, con quien había casado
1515 en segundas nupcias. Solamente cuando se convenció de que no tendría prole incorporó el reino de Navarra á la corona de Castilla, y esto lo hizo forzado por las circunstancias y contrariando sus deseos de constituir una Monarquía independiente con los estados de Navarra y Aragón.

Murió al fin sufriendo horribles padecimientos á consecuencia de cierto brebaje tomado con objeto de lograr descendencia de su nueva esposa, y dejó por gobernador de Navarra, Castilla y Flandes al cardenal Jiménez de Cisneros. Entonces D. Juan que había logrado levantar una hueste, cercó la fortaleza de San Juan Pie del Puerto, mandando al propio tiempo al interior del Reino con seis mil soldados al mariscal D. Pedro de Navarra, caballero muy estimado y digno, pero inexperto en asuntos militares, el cual fué derrotado por Hernando de Villalba y sucumbió tras largos años de prisión en la fortaleza de Simancas, negándose á reconocer por rey á D. Fernando. 1516

En los cofres tomados al Mariscal halló Hernando de Villalba varias cartas del condestable D. Luis de Beaumont y otros señores navarros, en que afligidos por vivo aunque tardo arrepentimiento se lamentaban de que por culpa de sus inextinguibles odios y rencillas se encontrara casi reducida á provincia la antigua y noble corona de Navarra.

Ante la rota del Mariscal retiróse el Rey al Bearn donde falleció á poco tiempo. Abreviaron sus días las noticias infaustas de las desdichas de su Reino, que harto pronto comenzó á sentir los efectos de la pérdida de su independencia bajo el peso de las tiránicas medidas dictadas por el cardenal Jiménez de Cisneros.

Este varón en quien la energía dominaba al espíritu religioso, recelando que los navarros se alzasen y proclamaran á sus expatriados Soberanos ordenó demoler todas las fortalezas del Reino; quiso asimismo despoblarlo y cambiar el carácter de sus habitantes trasladándolos á Andalucía, no sin arrasar las poblaciones y convertir en eriales sus fructíferos campos. Sólo parte de estas órdenes tuvo cumplimiento; con todo, en menos de quince días pareció la Nación navarra muy otra de lo que antes fuera. Viéronse hechas escombros muchas villas, extensos y fértiles campos transformados en yermos y derrumbados con las fortalezas, edificios de maravillosa arquitectura como la iglesia de San Francisco de Olite.

No hubo en toda Navarra, tan decaída hallábase por la civil discordia, quien se opusiera al cumplimiento de esta dura medida sino la heroica marquesa de Falces D.^a Ana de Velasco, que viendo desfilar bajo los muros de su fortaleza de Marcilla al ejército castellano, asió la bandera de la patria y la mantuvo enhiesta en sus femeniles manos, arrostrando las iras de sus implacables enemigos. 1516

El mismo año en que el cardenal Jiménez de Cisneros dictó medidas tan crueles para asegurar á Castilla la posesión del reino de Navarra, recordó D.^a Catalina al Monarca francés su promesa de restituírle en el trono. Este Monarca, en las conferencias celebradas en Noyon, logró que el emperador Carlos I de Castilla se obligara á devolver á D.^a Catalina y á su hijo D. Enrique, en el término de seis meses, el reino de Navarra; mas no se llevó á la práctica lo convenido, por la oposición del consejo de Castilla y del cardenal Cisneros.

1521

Algunos años más tarde y después de muerta la reina D.^a Catalina, su hijo D. Enrique de Labrit auxiliado por el rey Francisco I intentó reconquistar á Navarra. A este fin atravesaron la frontera numerosas fuerzas á las órdenes del caudillo francés Asparrot, las que, unidas con las que D. Enrique había sacado de sus dominios, apoderándose de todo el Reino en breve plazo.

Excitado contra la dominación castellana, saqueó el pueblo de Pamplona la casa del virey D. Antonio Manrique, el que ante la efervescencia nacional huido precipitadamente; y es hecho digno de mencionarse que en la fortaleza de esta población cayó herido combatiendo por Castilla el caballero guipuzcoano D. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

El general Asparrot ilusionado con el triunfo obtenido, en vez de fortificarse y esperar refuerzos en Navarra, pasó á Castilla, puso cerco á Logroño y licenció por avaricia parte de sus tropas en la esperanza de que los rebeldes comuneros entretendrían los ejércitos de Castilla; pero en la rota de Villalar dieron fin las comunidades. Cayeron sobre Asparrot todas las fuerzas del ejército imperial, vióse obligado á repasar el Ebro, y en los campos de Noáin el día 30 de Junio del año 1521 tuvo lugar la última y sangrienta jornada, en que perecieron cinco mil navarros combatiendo con tanto valor como desgracia por la independencia del Reino.

Volvió D. Enrique á intentar la reconquista de sus Estados cuando se renovó la guerra entre el Emperador y Francisco I; mas esta nueva campaña sólo dió por resultado que el Emperador abandonase la merindad de Ultra-puertos ó Baja-Navarra, que vivió algún tiempo como Estado independiente, hasta que D. Enrique tomó posesión de ella. En cuanto la Alta-Navarra quedó en poder de Carlos I de Castilla, siendo el hecho más notable de aquella postrera lucha la heroica defensa del castillo de Maya, llevada á cabo por el valeroso capitán D. Jaime Vélaz de Medrano, quien con doscientos caballeros, entre los que se hallaba el nobilísimo padre de San Francisco Javier D. Juan de Jaso, resistió largo tiempo el empuje de numerosos enemigos y precisado al fin á capitular, fué, conducido con su hijo al castillo de Pamplona, donde quizá envenenados, murieron ambos, á los pocos días.

Desde esta época no volvió á hacer tentativa el reino de Navarra por recobrar su independencia. Desapareció la dinastía de sus Reyes, y aunque incorporado á los demás Estados españoles, quedó siendo Reino de por sí, é independiente en territorio, jurisdicción y leyes. Así lo consigna el Fuero jurado por todos los Soberanos anteriores á D.^a Isabel de Borbón, II de Castilla y I de Navarra.

FIN